EDUARDO PINO ZAPATA

HISTORIA DE TEMUCO

Biografía de la capital de La Frontera

ESCUELAS UNIVERSITARIAS
TEMUCO — CHILE

EDUARDO PINO ZAPATA, autor de esta historia, nació el 23 de diciembre de 1927 en Santiago y reside en nuestra ciudad, Temuco, desde el mes de marzo de 1959 cuando inició su docencia como profesor de Historia y Artes Plásticas en el Liceo de Hombres Nº 1 de nuestra ciudad. Se tituló en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y su Memoria sobre el **Juicio de Residencia del Gobernador Francisco Meneses** mereció la máxima calificación de los profesores Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Pereira Salas y además su publicación parcial en el **Boletín de la Academia Chilena de la Historia** (1958). Durante cinco años fue secretario del Fondo Histórico y Bibliográfico "José Toribio Medina", trabajando en varias reediciones de obras pertenecientes al acerbo del ilustre polígrafo nacional.

Desde ese lugar vino a Temuco donde pronto se hizo cargo de la dirección del Museo Araucano que, bajo su responsabilidad, adquirió una vitalidad hasta entonces inédita, que colocó a la institución en un marco de gran actividad. Publicó allí numerosas monografías y artículos de prensa sobre aspectos arqueológicos y prehistóricos que tan escasos cultores han tenido en nuestra región.

Buen pintor aficionado, inquieto e imaginativo, su cariño por la zona de La Frontera le ha llevado a investigar y escribir esta **Historia de Temuco** que mereciera el premio único en un certamen propuesto por la Ilustre Municipalidad local. Sin embargo, este premio no quita ni agrega nada a esta obra que refleja claramente la personalidad de su autor sin desfigurar en absoluto la imagen de nuestra ciudad. Sin duda alguna es ésta una obra que será leída con interés, y que viene a llenar una necesidad muy sentida que hasta el momento había quedado inexplicablemente insatisfecha. Nuestro sello editor se complace en entregarla a Uds. en la confianza de que ella será bien recibida por sus lectores.

★ ★ ★

Ediciones Universitarias de la Frontera

Colección "Documentos de la Frontera" Nº 1.

Segundo Semestre 1969

TEMUCO - CHILE

Composición y diseños tipográficos del autor.-

EDITA LA SECRETARIA GENERAL

Derechos reservados
(c) Eduardo Pino — 1969.-
Inscripción Nº 37276.-

EDUARDO PINO ZAPATA

HISTORIA DE TEMUCO

Biografía de la capital de La Frontera

ESCUELAS UNIVERSITARIAS DE LA FRONTERA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
— TEMUCO MCMLXIX —

Indice

CAPITULO I — LOS ORIGENES FUNDACION DE LA CIUDAD

Concepto de La Frontera. La Araucanía y La Conquista. La Frontera durante el período de la Independencia. El Reino de la Araucanía Patagonia. Pacificación y Fundación de Temuco. Ultimo levantamiento indígena. Primeros colonos.

CAPITULO II — TEMUCO CAPITAL DE LA FRONTERA

Años de violencia. Trizano, los cuatreros, la Policía. Los primeros periódicos, desarrollo del periodismo. Temuco es capital de provincia. Primeros servicios públicos. Las tribulaciones de un juez y de un párroco. El primer municipio. Desarrollo de la enseñanza.

CAPITULO III — LA VIDA URBANA, VIDA SOCIAL, ENTRETENIMIENTOS

Primeros espectáculos públicos, los primitivos biógrafos. Las fiestas del Centenario de la Independencia. El monumento a La Araucanía. El cerro Chaimahuida y el Ñielol. La Banda del Regimiento, la confitería Ianisewski.
Opera, Zarzuelas y Teatro. La Sofo y el Deporte. El Mercado.
La Vida nocturna: Pichileos, Casas de Cena, La calle de las canoas.

CAPITULO IV — HORAS DE PRUEBA. LOS DESHEREDADOS DE LA FRONTERA

El Hospital de Caridad. Meicos y Curanderas. La Miseria, la Crisis y el Tifus. Inestabilidad social. Rebelión de Ranquil. El Gran incendio de 1908. ¿Progreso

o desarrollo? La gran inundación de 1922. Erupciones volcánicas e incendios de bosques. Terremoto de 1960.

CAPITULO V — EL PROGRESO MATERIAL

Edificios públicos. El primer ferrocarril.
El fonógrafo, la fotografía, la luz eléctrica.
Los primeros automóviles. Tranvías y Microbuses.
Una competencia automovilística en 1928.
La Aviación y sus pioneros. El primer viaje LAN.
La Radiodifusión.

EPILOGO — FUENTES PARA LA HISTORIA DE TEMUCO

Criterio historiográfico de esta obra. Brevedad y destino de una historia. Fuentes para la Historia de la capital de La Frontera. Dimensión cronológica y geográfica del relato.

"¿Qué recursos utiliza el historiador para saber si un hecho es notable? Juzga arbitrariamente, según sus gustos y su carácter, con arreglo a sus convicciones; en realidad, como juzga un artista. Porque los hechos no se dividen por su naturaleza en acontecimientos históricos y acontecimientos que no pertenecen a la Historia."

ANATOLE FRANCE, en "Crónicas y Artículos".-

Ilustraciones

1.— **Manuel Recabarren,** fundador de Temuco. (Foto Museo Araucano).

2.— **Hernán Trizano.** (Foto Museo Araucano de Temuco).

3.— **"La Mañana"** y sus redactores, año 1906.
(Fotografía, Museo Araucano de Temuco).

4.— **Facsímil** de la primera página del periódico **"La Igualdad"** en marzo de 1892. (Fotocopia; Sección Periódicos Chilenos. Bibl. Nacional).

5.— **Iglesia de La Providencia** a principios de siglo.
(Fotografía, gentileza del Sr. Hugo Rasmussen. Casa Hans Frey).

6.— **Mercado Modelo de Temuco,** inaugurado en 1928.
(Fotografía, gentileza del Sr. Hugo Rasmussen. Casa Hans Frey).

7.— **Banda del Regimiento Tucapel** a fines de siglo, en el recinto del antiguo Cuartel de Temuco y vistiendo aún sus uniformes de estilo francés. (Fotografía, gentileza de don Hugo Rasmussen).

8.— **Teatro Temuco y calle Bulnes** en 1930.
(Tarjeta Postal editada por la Librería "Excelsior", de Letelier Hnos. Temuco, 1930).

9.— **Club de Canto "Harmonía",** de Temuco, a principios de siglo.

10.— **Erupción volcánica** y restos de bosque quemado.
(Fotografía de Optica Henzi — Valdivia).

11.— **Folleto impreso** por la 3ª Compañía de Bomberos en 1901, con instrucciones para los ejercicios de sus voluntarios. (Gentileza de Hans Kühne).

12.— **Antigua Compañía Alemana de Bomberos.** (Gentileza de Hans Kühne).

13.— **Plano de la ciudad de Temuco en 1908,** señalando la zona afectada por el gran incendio del 18 de enero.
(Fotocopia de la Revista Zig-Zag; Archivo Matta Vial, sección Periódicos Chilenos, de la Biblioteca Nacional, Santiago).

14.— **Detalles del Incendio de 1908** (idem).

15.— **Detalles del Incendio de 1908** (idem).

16.— **Plano del crecimiento urbano** de la ciudad de Temuco, (dibujo del autor).

17.— **Gráfico Estadístico** del crecimiento de la población de Temuco (según informaciones proporcionadas por la Dirección General de Estadística y Censos, Temuco). Dibujo del autor.

18.— **Antigua Intendencia y Palacio de los Tribunales,** construída durante el Gobierno de don José Manuel Balmaceda y destruída por los sismos de mayo de 1960.
(Según una fotografía proporcionada por don Hugo Rasmussen).

19.— **Primera Estación de Ferrocarriles de Temuco.**
(Tarjeta Postal editada por la Librería "Excelsior", de Letelier Hnos. Temuco, 1930).

20.— **Primera locomotora a vapor** llegada a Temuco, "La Choca".
(Fotografía de Jorge Méndez, Museo Araucano, 1967).

21.— **Ema Laiseca de Adams,** antigua dama de la ciudad en una foto de época.
(Foto Museo Araucano de Temuco, 1968).

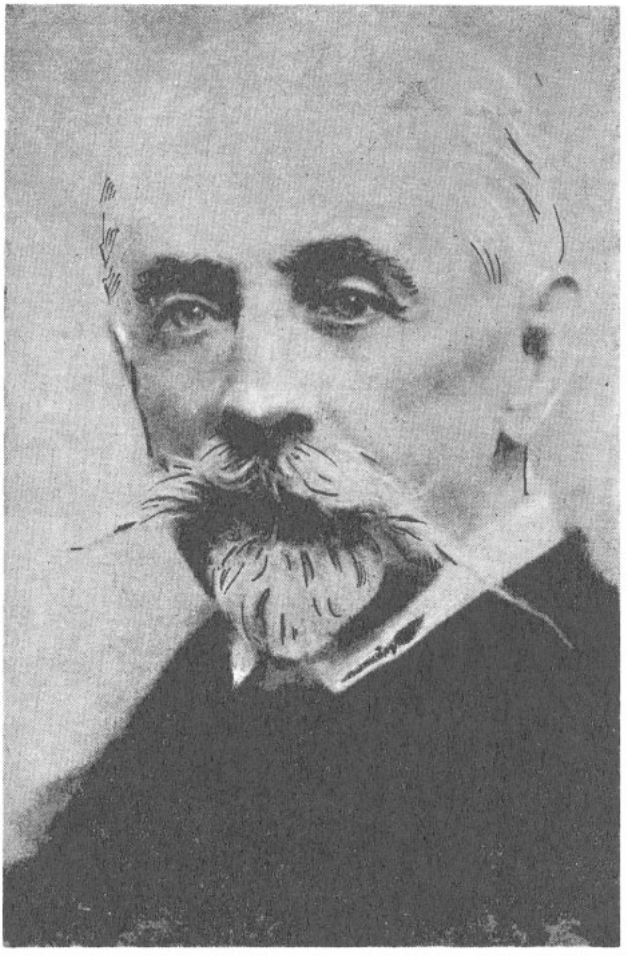
22.— **Tranvías en la esquina de las calles Montt y Prat.**
(Fotografía proporcionada por don Hugo Rasmussen).

23.— **Caza Whippet,** en el recién inaugurado aeródromo Maquehue.

24.— **Aeroplano Falcon** en vuelo sobre el Llaima.
(Fotografía del Archivo fotográfico del Grupo de Aviación Maquehue Nº 3. Gentileza del Capitán Manuel Vilaboa).

25.— **Aeroplano Falcon Nº 23** en vuelo sobre la región.
(Fotografía del Archivo fotográfico del Grupo de Aviación Maquehue Nº 3. Gentileza del Capitán Manuel Vilaboa).

24 de Febrero de 1881



Manuel Recabarren

Fundador del fuerte de Temuco, junto al cual nació esta ciudad

Historia de Temuco

Capítulo I – Los orígenes y la fundación de Temuco

- ☆ **Concepto de La Frontera**
- ☆ **La Araucanía**
- ☆ **Conquista Española**
- ☆ **La Frontera en el período de la Independencia**
- ☆ **El Reino de la Araucanía Patagonia**
- ☆ **Pacificación y Fundación de Temuco**
- ☆ **Rebelión de 1882**

LA REGION DE LA FRONTERA ejerció siempre un extraño atractivo sobre los hombres. En la perdida prehistoria y aun antes de la presencia araucana, una cultura matriarcal alcanzó en ella un interesante desarrollo agroalfarero. Eran los premapuches, o **kofqueches** que en alguna fecha cercana, o anterior al primer milenio de la era cristiana fueron dominados por grupos migratorios de indios "pampas" que penetraron en la zona por los desfiladeros andinos. Eran éstos, grupos seminómades de pastores y cazadores que vencieron con facilidad a los pacíficos premapuches, aunque su nomadismo dejó de tener vigencia en un paisaje cerrado y, por otra parte, la cultura del grupo dominado pasó a ser patrimonio del conquistador que terminó por adoptar los usos y costumbres del vencido. Se empezaba a formar así la realidad humana que más tarde sería conocida como araucana y en la cual tuvo parte sustantiva la presencia de aquellas mujeres aborígenes que, siendo presa y botín del invasor, por su natural sedentarismo al cual se agregó la condición de núcleo estable del grupo familiar; provocó la existencia de un

puente de continuidad cultural que permitió la conservación del idioma, la magia y el "shamanismo" femenino, la religión, los cultivos, los animales domésticos y ciertas formas rituales que mantuvieron su vigencia sobre los vencedores.

La expansión incásica no alcanzó a superar la barrera del Maule y sus vestigios culturales en la Araucanía son insignificantes. En cuanto a la dominación española en la región de La Frontera, como entonces empezó a llamársela, duró apenas el tiempo necesario para demostrar la imposibilidad de todos esos esfuerzos. Siete ciudades en ruinas fueron el mudo testimonio que a lo largo de tres siglos mostraron la inutilidad de los sacrificios hispánicos.

El indígena había recobrado su señorío en estas tierras y los había rechazado más allá del Bío Bío que pasó a ser frontera de la hispanidad en una especie de "limes" de la cristiandad ante los paganos y bárbaros. Frontera Araucana y Frontera Española, pero, indudablemente para el Imperio Español era ésta una línea profundamente significativa ya que aquí se había detenido un esfuerzo de conquista en el cual las huestes castellanas habían comprometido su razón de ser histórica.

Esa empresa que definía a la hispanidad, desde Pelayo en los desfiladeros de Covadonga, en la Reconquista.

Desde allí, en esa primera y lejana frontera de la cristiandad arrinconada por el Islam, una generación tras otra fue pasando las espadas de mano en mano casi como una herencia que recorría los siglos y creaba un vínculo unitario de lo español enfrentado a lo musulmán que lo había vencido en el Lago de Janda con el primer Rodrigo visigodo. Después, "polvo, sudor y hierro" cabalgó con el Cid en sucesivas campeadas, cada vez más profundas, adelantando los pendones de Castilla y llevando la Frontera en la punta de sus lanzas.

La herencia germánica de los visigodos, ahora castellanos y españoles, estaba presente incluso en la forma y en la táctica que hacía uso de la audaz, juvenil y somera "banda de guerra" armada con los recursos de los propios combatientes que debían subsistir sólo del botín recogido en tierra adversaria.

España empezaba a caminar y llegó a Valencia, Almería y Granada, la tierra mora que era la última frontera peninsular. Pero ahora el empecinamiento colombino abría más allá del mar un Nuevo Mundo y fronteras desconocidas en tierras infieles que recibieron a los apóstoles y a los conquistadores en reiteradas jornadas de ensueño, evangelio y botín. Cada horizonte fue entonces otra frontera abierta en una tierra siempre más ancha, siempre inagotable. Un día era Sebastián Ocampo, en tierras de Siboney, después la pertinaz empresa cortesiana en México y aún más allá otro mar inmenso ante los ojos de Balboa. El horizonte parecía infinito y ofrecía después un nuevo imperio a Pizarro y Almagro y al fin "Non Plus Ultra" en las Islas Filipinas para una monarquía cuyas fronteras se confundían con el mundo mismo.

¿Non Plus Ultra? Aquí quedaba una última frontera abierta como una increíble herida que se enfrentaba en rudo y cobrizo desafío, resuelto a defender lo suyo. No fue ya una frontera como otras y desde entonces pasó a ser La Frontera del Reino de Chile donde se estrellaron

una y otra vez los poderosos tercios del más poderoso imperio de esos tiempos: La Hispanidad.

Siete ciudades en ruinas que la selva iba cubriendo en húmedo y silencioso testimonio de la inutilidad de esos esfuerzos.

Pedro de Valdivia, al fundar Imperial, había soñado con hacer de ella la capital del Reino de Chile y el escudo de armas de esa ciudad, con doble muro almenado y airosas torres en sus esquinas, con puertas, campos y cuarteles en cruz, con águila bicéfala central, coronada por el águila imperial, yelmo, gules y espada; señala el rango heráldico y la prestancia de esa ciudad en el ensueño valdiviano. Pero todo ello quedó destruído en Tucapel y ni siquiera tuvo su sepultura. Como un epílogo, años más tarde la heroica defensa de Boroa y el regreso de sus tercios a la ciudad de Concepción, después de una gesta inolvidable.

Después, en los sucesivos parlamentos realizados durante los siglos coloniales, la corona española terminó por reconocer la soberanía de los araucanos y el derecho que tenían a gobernar sus tierras, firmando con ellos una sucesión de tratados que son verdaderos acuerdos entre naciones soberanas.

1810 rompió la continuidad de este trato, y la existencia de Chile como nación independiente creó una situación "de jure" que era en cierto modo imprevista para los patriotas, que advirtieron con cierta sorpresa que la Araucanía ponía sus simpatías al lado de los ejércitos de la monarquía. Muy explicable; en los parlamentos una de las cláusulas permanentes señalaba que la nación araucana lucharía al lado del Rey de España y en contra de sus enemigos y aunque, ciertamente, en el momento de esos tratados se aludiese a los enemigos tradicionales de España: Francia e Inglaterra, lo cierto del caso es que en virtud de ello Chile se encontró en el momento mismo de conquistar su independencia conque la Araucanía, fiel a la palabra empeñada con España, se erigía como entidad aliada de ella y, desde luego como una realidad distinta a esta nueva nación entre las cuales se erigía porfiadamente una frontera, el Bío Bío.

El transcurso de nuestra historia republicana no logró afirmar la situación de la Frontera de acuerdo con las aspiraciones chilenas que habrían deseado incorporarla a su soberanía y la guerra con España en 1856 planteó la necesidad de afirmar la soberanía de Chile en estos territorios. Por ello, Gregorio Urrutia avanzó desde la costa, fundando los fuertes de Queule y Toltén, aunque no logró penetrar seriamente en el paisaje. El hecho final significaba que no se lograba superar la línea del Bío Bío y este esfuerzo no alcanzaba éxitos de consideración.

Peor aún, durante el gobierno de José Joaquín Pérez un audaz movimiento de independencia logró una incipiente institucionalidad gracias a las hábiles gestiones y maniobras de Orelie Antoine, M. Tounens. Parece indiscutible que la presencia de Orelie Antoine tenía una sospechosa intención colonialista, que había comprometido fuertes inversiones europeas para "guayanizar" el extremo sur del continente americano en el Reino de la Araucanía Patagonia en los mismos momentos en que Napoleón III intervenía desembozadamente en México con el Imperio de Maximiliano. Todo estaba perfectamente planificado: una capital en Perquenco, un ministerio compuesto principalmente por

indígenas, un Pabellón Nacional y Escudo de Armas, una serie de condecoraciones que fueron profusamente distribuídos en ceremonias oficiales en el mundo diplomático y de la alta banca europea, títulos de nobleza y gestiones de reconocimiento diplomático ante los gobiernos de la Restauración, que podían ver un soberano católico en estas tierras americanas, especialmente en Chile que vivía enfrentado a "temibles enemigos de la Iglesia", como Domingo Santa María y otros presidentes liberales de Chile.

Ciertamente era ésta una gestión bien encaminada y bastante bien vista en los pintorescos saraos de la "Belle Epoque". Felizmente para nuestra nación, esta maniobra encontró en el camino dos factores imprevistos: el primero había de ser la derrota de 1870, que puso término a los ensueños imperiales de Napoleón el Pequeño y el otro la prontitud con que procedió el gobierno de Chile y su audaz medida de poner a buen recaudo al novel soberano Orelie Antoine, declarándole loco y remitiéndole sin mayor trámite a su tierra de origen. Con ello se puso término a posteriores conflictos, cortando de inmediato, y de raíz, una aventura que podría habernos traído más de algún mal rato.

Un nuevo intervalo durante la Guerra del Pacífico, y una vez terminado este conflicto, nuestra Patria resolvió enfrentar en forma definitiva el término de este paréntesis en su territorialidad, designando a Gregorio Urrutia para esta tarea y proporcionándole los recursos en hombres y armas que posibilitaran el éxito.

Hasta ese momento la penetración chilena en la Araucanía, o La Frontera, alcanzaba las márgenes del río Traiguén, desde la costa hasta esa ciudad, Angol y Victoria. La expedición Pacificadora partió desde Traiguén los primeros días de febrero de 1881.

ERA LA PACIFICACION definitiva que avanzaba lentamente en un largo convoy de 336 carretas con dos mil hombres de infantería, caballería y artillería. Cada jornada iba mostrando la retirada araucana que abandonaba sus campos dejando sus rucas en llamas y sus cultivos arrasados. El día 16 se fundaba el fuerte de Quillem y al día siguiente fueron atacados por los indígenas que previamente habían comunicado con un mensajero, su voluntad de impedir que se fundaran nuevos pueblos y defender sus tierras con la fuerza de las armas. Al llegar a Perquenco un nuevo ataque hizo ver que no eran simples advertencias porque en la refriega quedaron algunos muertos y heridos.

Inútil empeño. Las hachas iban abriendo una senda en medio de la selva y como una lenta bayoneta el Ejército iba buscando el corazón de la Araucanía. Al fin, el 23 de febrero llegaban al paso del río Cautín, en el desfiladero existente entre los cerros Ñielol y Conunhuenu, frente al hermoso bosque de Chaimahuida.

En una terraza al norte del río, entre éste y el estero Temuco, residían varios caciques que habían abandonado sus campos e incendiado sus rucas. Allí, en lo que es hoy la Casa de Máquinas de Ferrocarriles se estableció ese día un campamento y al día siguiente, un poco más al surponiente se fundaba la ciudad. ¿La ciudad?

EL FUERTE TEMUCO SE FUNDO el 24 de febrero de 1881 y sus fundadores fueron Manuel Recabarren, Ministro del Interior, y aquella fuerza expedicionaria a sus órdenes. Junto a él estaban: el General

Gregorio Urrutia, veterano soldado de la Araucanía y el mejor conocedor de La Frontera, que dirigió la expedición misma; su Secretario Pedro Mathieu; Matías Rioseco, Intendente del cuerpo Expedicionario; y junto a ellos el cirujano Pedro Barrios, primer médico de la ciudad; el Proveedor José Bunster, que después fuera afamado y próspero industrial y molinero de la zona junto con su hijo José Onofre; el Ingeniero Teodoro Schmidt, el Coronel Pedro Cartes, y el Coronel Evaristo Marín y finalmente, junto a los soldados muchas nobles y leales mujeres que quisieron compartir junto a sus compañeros los azares de la jornada: eran las queridas cantineras o como les llamaban entonces "las camaradas" que pusieron una nota de cordial ternura en las duras horas de ese amanecer.

Un fortín de quinchas, un muro de troncos y un foso fueron la placenta y la cuna germinal de este Temuco que estaba llamado a ser un pecho de chilenidad en el desnudo paisaje de La Frontera.

La ciudad empezaba a gestarse así como consecuencia de una tarea militar y su asentamiento tuvo las características de un campamento en el cual los civiles estaban sujetos a la vida marcial que exigía una jurisdicción castrense, a sus ordenanzas y a su disciplina.

En ese ambiente y después de un duro invierno de frío y lluvia, con cielos color estaño, lejanía, miedo y resolución, los chilenos sabían que se preparaba el último desquite y al amanecer del 3 de noviembre llegaron las noticias de la gran rebelión postrera que recorría los campos rodeando los fuertes cercanos y el día 5 Temuco amaneció rodeado de 1.800 lanzas amenazantes que al mando de Marinao estaban bloqueando el fuerte para impedir que se enviasen refuerzos a otros sitios. Al fin llegaba el momento de la prueba definitiva y decididos a todo, también los chilenos salieron resueltos a romper el cerco, el día 10 un cuerpo armado al mando de José Manuel Garzo rompía el cerco en temible carga de caballería y salía por la brecha hacia el norte. ¿Era una estratagema de los sitiadores? Así parece, porque cuando Garzo y sus batallones se habían alejado lo suficiente hacia el norte, el grueso de los indígenas atacaba el recinto militar donde felizmente los rechazó el Mayor de Carabineros Bonifacio Burgos que inmediatamente los persiguió hasta la bajada de Santa Rosa, dándoles alcance en un sitio cercano, entre el antiguo campamento y lo que es hoy día la Quinta Pomona. Allí quedaron como resultado de la refriega 75 indígenas muertos y tres caciques venidos desde Llaima a las órdenes de Cotar. Desde entonces y antes de la existencia del barrio Santa Rosa ese sector se conoció como el barrio de **La Matanza** o de **La Mortandad.**

En estas circunstancias, la guarnición recibió la ayuda de algunos indios amigos que se unieron a los sitiados y salieron en persecución de los rebeldes al mando de Coñuepán y el cacique Antonio Painemal. Eran cien mocetones que junto a cien soldados del Bío Bío y setenta y cinco carabineros hicieron una campeada contra las reducciones de Cholchol, Ranquilco y Cudihue. En esta salida recuperaron 800 vacunos y otras tantas ovejas.

Entretanto, desde Concepción y Valdivia se enviaban apresuradamente refuerzos en los vapores **Villarrica** e **Imperial.** En Queule desembarcaron cincuenta hombres de infantería venidos de Valdivia, y posteriormente llegó un cuerpo de artillería aunque en esos momentos la

sublevación ya estaba dominada y el general Gregorio Urrutia se reunía con los caciques, recibiendo la adhesión de la gran mayoría de ellos, aún de algunos que no estaban comprometidos como los de Huilío, Allipén, Pitrufquén y Villarrica.

Los principales caudillos del levantamiento habían sido: Melín, de Ñielol; Millapán, de Cholchol; Necul Painal, de Carrirriñe; Licanqueo, de Tromén; Cayupi, de Imperial; Marimán, de Cudihue; Neculmán, de Boroa; Romero, de Truf-Truf; Carimán, de Quepe; Cotar, de Trumpullu; Coliqueo, de Allipén y Huete Rucan, de Catrimalal, que salvó su vida en el momento de enfrentar el pelotón de los fusileros gracias a las lágrimas de su mujer, la chilena "cautiva" Panchita Ferreira.

Era Panchita Ferreira, como otras mujeres de caciques, una niña que había sido robada en una maloca y "conchaviada" por Huete Rucan, que la hizo su esposa. Creció entre los mapuches y terminó por identificarse con ellos y amarlos entrañablemente siendo correspondida por sus dueños y familiares. Años más tarde del episodio relatado, vivió en Temuco en medio del respeto de todos.

Junto a Panchita tuvo un destacado papel en las primeras conversaciones con los chilenos la cautiva Magdalena Hidalgo, que hizo el papel de lenguaraz. Dicen que era "alta, maciza y buena moza" y en los primeros años de vida de la ciudad tanto los indígenas como los chilenos tenían necesidad de sus servicios, de modo que tuvo su vivienda en las cercanías del fuerte en la calle Bulnes, entre las de O'Higgins y San Martín. Hasta su puerta llegaban diariamente muchos nativos a representarle sus quejas contra los "huincas" que les despojaban de sus ganados, les robaban sus tierras o cometían atropellos con sus familiares. Héla ahí diariamente con un acompañamiento de rostros oscuros que no entendían bien lo que estaba sucediendo y como un cortejo silencioso trasponían las puertas del Regimiento con ella, la primera Defensora de Indígenas, que más tarde y con resultados que a veces eran bastante discutibles, fuera reemplazada por los tinterillos. Junto a ella, y gran amiga de los nuevos conquistadores, lo que no logró impedir que acompañara lealmente a su dueño y marido en defensa de su nación adoptiva, estuvo la chillaneja Simona Sandoval, mujer de Jerónimo Melillán, cacique de Tromén.

Finalmente, Trinidad González, cautiva de Quepe y mujer de Tracamán Manquilef, uno de cuyos hijos fuera el primer diputado indígena, Manuel Manquilef.

Entre los mestizos que se establecieron en Temuco y dejaron distinguida descendencia, estuvieron los hermanos Bartolo y Domingo Coloma, caciques de "El Guindo" y "Chivilcán".

No sólo hubo cautivas y mestizos precursores del entendimiento recíproco y en verdad los araucanos habían recibido fraternalmente a algunos chilenos que vivían desde hacía muchos años en cordial vecindad en sus reducciones. Entre ellos estaba Manuel Antonio Osses, que se dedicaba al comercio en Maquehua, del mismo modo que Rosario Quiroz y prontamente ambos se avecindaron junto al fortín.

Y bien, una vez dominado el golpe de rebeldía, Gregorio Urrutia comprendió la necesidad de adelantar aún más la dominación de sus

fuerzas ocupando militarmente toda la Araucanía y al año siguiente, en 1882, estableció la línea del Toltén que culminó con un impresionante parlamento en las ruinas de Villarrica que nuevamente fue ocupada e inició su reconstrucción el 31 de diciembre de 1882.

Temuco entretanto, se aventuraba tímidamente en las afueras de la empalizada y ya la actual Plaza Recabarren era una Plaza de Armas destinada a ejercicios militares y en cuyas poco acogedoras, pero algo más seguras vecindades, empezaban a insinuarse las calles Prat, Vicuña Mackenna, Bulnes, San Martín y O'Higgins con la residencia de algunos comerciantes, la casa del correo, y los vecinos que hemos mencionado.

(NOTA).— Respecto a la fundación de la ciudad misma, el vecino de ella y testigo de sus primeros días, que fue sorprendido cuando recorría los campos cercanos comprando ganado entre los indígenas, don Ricardo Galindo, sostiene en sus "Memorias": "Temuco no se fundó, **se hizo.** Esta ciudad es hija de los hombres y no un accidente caprichoso. Cuando se distribuyeron los solares en 1882, a los primeros habitantes de Temuco, éstos tenían un plazo de treinta días para **descampar** la parcela de terreno que les había sido asignada, hacer una rancha miserable y dejar limpio el terreno que a éste circundaba. Como ciudad ninguna, ésta fue hecha por sus hijos... Temuco se hizo, no se fundó". (EL SUR de Concepción, 24 de febrero de 1931).

LA COLONIZACION

El destino del oscuro caserío junto al fuerte Temuco era aún incierto, cuando llegaron a sumar sus esfuerzos civilizadores los primeros colonos alemanes que se sumaron a los chilenos y a algunos franceses llegados desde Traiguén.

Corría el año 1885 cuando llegaron a Talcahuano, después de tres meses de dura travesía marítima que por la ruta del Estrecho de Magallanes los traía a la última frontera del Nuevo Mundo, generalmente gracias a reiteradas y entusiastas cartas de familiares o amigos que los animaban a emprender la aventura. No eran muchos. La corriente migratoria alcanzaba límites de consideración sólo hacia los Estados Unidos de Norteamérica o hacia las playas argentinas que ofrecían una posibilidad de acceso inmediato y por supuesto con pasajes más baratos para aquellos que huían de la pobreza. A Chile y a La Frontera por ello no llegaron multitudes proletarias y quienes resolvieron dejar en el camino los atractivos del menor precio y la distancia más amable eran por lo general personas que ya tenían una situación aceptable en su tierra de origen. Por ello, en el primer grupo hubo sólo diez y seis familias que seguramente más de alguna vez pensaron en regresar por la dureza de los primeros y más difíciles años. Quizás si los detuvo esa misma distancia y el amor propio que incluso les negó el derecho a regresar vencidos.

Estos alemanes habían llegado en el vapor **Aconcagua** que los embarcó en Liverpool, haciendo escala después en Bordeaux, Santan-

der, La Coruña y Lisboa hasta que el pasaje enteró la impresionante cifra de 1.300 personas. Las distintas nacionalidades se fueron desgranando en los puertos americanos del itinerario: Lusitanos en Brasil, españoles en Uruguay y Argentina y hasta el final en obligada compañía alemanes y franceses. La prolongada travesía y la forzosa vecindad hizo que en ellos revivieran las recientes rivalidades y los rencores de 1870, cuyas heridas aún no cicatrizaban, provocando una serie de incidentes que mostraban poco ánimo de silenciarse en la tierra de promisión que les esperaba. Gestos hoscos y actitudes agresivas al desembarcar, nuevas provocaciones en el ferrocarril que los llevaba hasta Angol y, en salomónico fallo, las autoridades cuando organizaron la caravana de carretas que los llevaría a su destino final, resolvieron que los franceses quedasen en Lautaro y los alemanes siguiesen hasta Temuco separándolos de algún modo.

Al llegar los colonos recibían una yunta de bueyes y algunas tablas para levantar un refugio de emergencia y dedicarse a las tareas agrícolas en los campos cercanos a la ciudad. La Vega Larga, en Los Tres Robles, hacia el Poniente del cerro Ñielol, en los campos de La Labranza, ya camino de Nueva Imperial y cerca de Temuco hacia el Norte en lo que más tarde fuera Pueblo Nuevo. Allí aserraron los troncos y levantaron viviendas más dignas y sólidas que pronto reemplazaron a su primer refugio improvisado. En los primeros años tuvieron que trabajar muy duramente todos los miembros de la familia, sin excepciones incluso cortando el trigo a la luz de la luna en apretada gavilla de padre e hijos, de hombres y mujeres que evitaban así los calores estivales o apresuraban la siega ante el peligro de una lluvia traicionera.

En la ciudad, entretanto, quisiéranlo o no, debieron aprender a vivir junto a sus tradicionales adversarios, a los que encontraron ya establecidos en el comercio local, compitiendo con los primeros comerciantes criollos. Por entonces y junto a los recién llegados, en la esquina de San Martín y O'Higgins estaba la conocida "tienda de los franceses" de los vecinos Domingo Saint Jean y Juan Bautista Decasseau; Amadeo Collín, comerciante e industrioso curtidor y el hotelero Emilio Mococain, propietario del **Hotel de France**, en una de las esquinas inmediatas al cuartel del Regimiento. No mucho más tarde, las tiendas "La Confianza" y "La Llapa", de Ignacio, Pedro y Francisco Lataste, abastecían las crecientes necesidades locales. Junto a ellos estaban Carlos Voissenant, Guillermo Bastingorry, Dantiac, Andurandeguy, Mainguyague, Martín Hiriart y otros que después se dedicaron a la industria maderera y a la agricultura.

Los hoteles exhibían cierto señorío galo con Próspero Gilbert en el **Grand Hotel Central**, y don Camilo Alzuget en el **Grand Hotel Continental**; relacionado con ellos, don Cecilio Lavayrú estableció en abril de 1888 la primera línea de coches para pasajeros entre Temuco y Traiguén, con un servicio regular que salía con destino a esa ciudad los lunes y jueves a las 6 A. M. para regresar los miércoles y sábados a la misma hora. El valor del pasaje era:

Temuco a Pillanlelbún $ 2; a Lautaro, $ 4; a Quillem, $ 6; a Quino, $ 7 y a Traiguén $ 8.-

Algunos hicieron fortuna. Otros perdieron la que traían. Hubo quien perdió la vida y otros que debieron ver convertidos en cenizas los

esfuerzos de muchos años, para empezar de nuevo reconstruyendo primero las perdidas esperanzas. Y al final todos cual más y cual menos, se han ido incorporando a la nacionalidad y no puede dejarse de relatar la actitud de sus hijos que aún en nuestros días expresan su chilenidad hablando de otros recién llegados, que son de figura tan inconfundiblemente alemana como ellos, referirse a los nuevos con la expresión "gringos" porque ya la segunda generación empieza a sentirse diferente y manifiesta así su deseo de expresar esta distinción.

Lentamente, y al paso de los años ellos mismos se sintieron parte de esto que estaban creando y justamente algunos barrios y calles de la ciudad han ido fijando sus nombres progenitores: Ziem, Patzke, Dreves, Hochstetter.

Junto a ellos, en el primer grupo colonizador llegaron las familias Porath, Bayer, Schaeffer, Stepke, Schmidt, Sachs, Menzel, Daubert, Appelt, Toth, Borke, Ottestein y Tepper.

En 1887 el aporte germánico enteraba casi el medio centenar de familias gracias a la llegada de los Mosler, Kauer, Opplinger, Wichmann, Wassom, Lippe, Matz, Hornish y los hermanos Perlwitz, que se establecieron en el camino a Imperial.

De Victoria, Traiguén y Valdivia se sumaron a los recién llegados los molineros Krause y Dreves, que elaboraron la primera harina consumida por la ciudad; el hotelero Mickelssen en cuyo local seguramente la comunidad alemana hizo las primeras reuniones de convivencia, canto, recuerdos, tristezas y alegrías; el panadero Heilig; Enrique Greve, comerciante de Cañete que vino a establecerse y trajo junto a él a su familia; Walper, que fabricó la irreprochable cerveza tan grata al germánico beber; Fiebig, que abrió un garaje y taller mecánico; el topógrafo Sommermeyer, que concibió las diagonales que hoy dan su característica más propia al plano de la ciudad, colaborando con el topógrafo del Ejército Teodoro Schmidt; Pfeil y Klein con un taller eléctrico; la fundición de Hoffmann y no podía faltar en el grupo un discípulo de Gutemberg, don Federico Hemke, que instaló la imprenta "Phoenix".

Verdaderamente, la ciudad empezaba a mostrar otra fisonomía y una creciente actividad atraía animosos nuevos vecinos que dieron a sus calles un incipiente rasgo de vida urbana que proyectaba sus calles extendiéndola algo más al norte. Empezó a destroncarse entonces el sitio que ocuparía la Plaza Pinto y se echaron los árboles como relleno de una laguna allí existente. Posteriormente, las hachas continuaron abriendo claros en el bosque y derribaron el robledal y los temos que cerraban el camino hacia la calle del Canal, donde se instaló el molino de Krausse insinuándose la que pronto sería la calle Montt, destinada a ser el centro nervioso del comercio local.

Algo más tarde, en los alrededores de la ciudad y en los arrabales de ella destinados a ser con el tiempo la Población Dreves, se abrió la cervecería Walper que fue obligado centro de vida social porque en esa bodega había un recinto destinado a atender la clientela, que bebía y cantaba con el buen acompañamiento de una orquesta que acompañaba con su melodía los cantos y las libaciones.

Uno de los últimos grupos familiares de colonos llegados a la zona, aunque no propiamente a la ciudad de Temuco sino que a la vecina Gorbea fueron los Boers que emigraron de Africa del Sur viniendo a establecerse en nuestra región el año 1903. Como siempre, desembarcaron en Talcahuano y desde allí se dirigieron en ferrocarril hasta Pitrufquén donde dejaron a sus familias, embarcándose los varones en un tren lastrero hasta Gorbea, sitio hasta donde llegaba entonces la línea ferroviaria que estaba en construcción. Desembarcaron resueltos a derribar el bosque e iniciaron de inmediato la tarea con el más airoso "hualle" que se levantaba ante sus ojos. El entusiasmo de sus golpes tuvo un tragicómico final, porque descuidaron la caída del árbol que cayó pesadamente sobre sus vituallas en una última protesta forestal ante estos hombres que invadían sus dominios.

La ciudad iba presentando otra fisonomía, que cada año se enriquecía con nuevos y entusiastas grupos, resueltos a hacer de ella un nuevo hogar. Hasta 1885 era un caserío que se apretujaba junto al Cuartel del Regimiento, como parte de una jornada castrense que reunía, en un primer recuento a tres mil cuatrocientos cuarenta y cinco personas cuyo centro administrativo y político estaba sujeto a las resoluciones del territorio de Colonización de Angol. Diez años después, un censo realizado en 1895 señalaba una población de 7.708 personas y al crearse la provincia de Cautín, cuando Temuco tuvo rango de capital una marejada de personas vino a entonar aún más estas cifras que al empezar el siglo XX, en 1907 mostraba ya una pequeña ciudad de 16.037 habitantes con una cantidad de casi 60,000 para todo el Departamento. Entre ellos, como vecinos de la ciudad se contaban 374 alemanes, 231 franceses, 187 españoles, 158 italianos, 114 suizos y algunos ingleses, armenios, austríacos, israelitas, sefardíes y holandeses.

En 1920 el censo señalaba 28.546 habitantes y en 1930, 35.478 (*).

● ☆ ●

* Véase gráfico de crecimiento demográfico de la ciudad 1885 - 1966.

Capítulo II – Temuco, capital de La Frontera

☆ **Años de violencia.**

☆ **Trizano, los cuatreros, la Policía.**

☆ **Los primeros periódicos.**

☆ **Nace El Diario Austral.**

☆ **La provincia se organiza.**

☆ **Nacen los servicios públicos.**

☆ **Las tribulaciones de un juez ...y del primer párroco.**

☆ **El primer municipio.**

Todo parto tiene algo de milagro, cierto misterio esperanzado y una violenta ruptura donde el dolor está presente y hay un peligro que acecha en cada instante. La Frontera tiene nombre y atractivo de mujer y en ella no podía ser de otro modo cuando nacía, desde su mismo corazón, esto que fue caserío, villorrio, pueblo y hoy día ciudad de Temuco. Cada paso de su progreso tuvo su momento de duda, su dolor y su hora desesperada. Hubo caídas infernales y después la denodada resolución de continuar. Hubo la cobardía del silencio frente a los atropellos y hubo personas privilegiadas dispuestas a morir...y a veces murieron en defensa de la dignidad humana.

Las primeras luchas fueron contra los indígenas, la soledad, el barro y las enfermedades. A veces contra las arbitrariedades de una autoridad complaciente y venal. Años más tarde, y no fueron muchos,

se vivieron las primeras pasiones políticas y las enconadas luchas entre creyentes y anticlericales, el balmacedismo y los enemigos de la "dictadura", radicales, democráticos y otros. Todos, a su vez, se enfrentaron en causa común contra el bandidaje y el cuatrerismo.

A las violencias de la Pacificación, con sus rucas en llamas, sus campos calcinados y fusilamiento de rebeldes después de juicios sumarios a poca distancia del cuartel y bajando por la quebrada hacia el río, deben sumarse los episodios naturales en la formación de la nueva sociedad con sus grupos incipientes que rivalizaban por controlar las tierras prometidas, en una serie de conflictos donde era fácil confundir las pasiones políticas o doctrinarias con las ambiciones de hombres duros, resueltos a todo. Aquí podía triunfar cualquier recurso concedido por la ley, la influencia, la audacia, la impunidad o la falta de escrúpulos. Realmente, la virtud predominante en los primeros años de la capital de la Frontera y en toda la región, no era la Piedad.

El tiempo pasó rápidamente en el caserío colono junto al fortín militar, e insensiblemente pudieron apreciarse los esfuerzos oficiales para dar a Temuco una administración que la hiciera digna capital de la provincia.

Ya en 1885 el primer oficial del Registro Civil, don Gabriel Victorino Sepúlveda llega a la ciudad e inicia sus labores el 12 de marzo de 1887, aunque las estadísticas de ese momento debieron ser francamente desoladoras porque en 1888, su primer año de trabajo y hasta 1895 esto parece haber sido un matadero humano sin ninguna perspectiva. En ese período habían nacido en la ciudad 2.102 personas y habían muerto 2.757. Los matrimonios llegaban a 490. Este desastre tenía algo de aparente y alguna justificación. En esos años una epidemia de viruelas y otra de cólera habían dejado una amplia brecha en los hogares recientemente formados y muchos otros no se tomaban la molestia de inscribir sus uniones legalmente ni de pasar por el Civil a sus hijos. Si a ello agregamos que muchos creyentes estimaban indecoroso el vínculo civil, como opuesto a lo religioso se comprenderá que las estadísticas exhibieran tan lastimosos índices. Claro que no todo eran razones sanitarias o doctrinarias ni los temucanos tan inocentes en la catástrofe demográfica que daba dimensiones crecientes al cementerio local, que seguramente ya tenía más habitantes que la misma ciudad y a juzgar por una noticia del periódico **La Igualdad**, también había que agregar otras razones ya que en 1892, decía "No hai día que no se dé cuenta de robos i salteos tanto en los campos como en el centro de la ciudad".

Días sombríos, durante los cuales una vida humana valía muy poco y había que tener una vigorosa dosis de valor y audacia para sobrevivir e imponerse en una tierra en que todos querían enriquecerse de un modo u otro.

En ese convulsionado génesis, junto al silencioso y honesto esfuerzo del colono se levantaba frecuentemente la sombra siniestra del cuatrero, cuya audacia temeraria tuvo en jaque a la ciudad durante casi todo el primer medio siglo de su existencia.

Quien mantuvo a raya sus tropelías fue un inquieto aventurero, nacido accidentalmente en nuestra Patria y que había regresado a

ella para luchar como soldado en la Guerra del Pacífico. Era Hernán Trizano Avezzano, que poco después de retirarse de las filas en 1881, fue llamado nuevamente en 1882 y recibió el grado de Comandante de la Policía Rural, con una reducida tropa a sus órdenes: un sargento, cuatro cabos, y dieciséis soldados. Sólo una aguerrida patrulla para hacer frente a la varonil arrogancia de los recios cuatreros que dominaban los campos.

Profundo conocedor de la zona, bajo su mando los Rurales gozaron de la gratitud de la ciudad que apreció su disciplina militar formada en el Regimiento de Húsares de Angol. Cinco años implacables persiguiendo sin tregua a los cuatreros devolvieron parte de la tranquilidad esperada a la ciudad que les miraba con gratitud y orgullo. Durante algún tiempo fueron la única policía existente y sólo en 1887 hubo en Temuco Policía Urbana, pero la imagen que de ellos se tuvo no llegó a ser admirable, ni conquistaron sentimientos de respeto y gratitud. Frecuentemente merecían sólo temor y desprecio ya que eran incultos, violentos e incluso venales. Sólo en 1929, al crearse el Cuerpo de Carabineros de Chile la Policía empezó a ser objeto del respeto y la consideración pública, gracias a su conducta ejemplar.

Pero, es un hecho que la responsabilidad del desprestigio de la fuerza policial, antes de la existencia del Cuerpo de Carabineros, tenía como explicación algunos motivos que podían justificarles. No deja de producir cierta sorpresa comprobar que poco antes de desaparecer ese cuerpo policial urbano, sus guardias se quejaban a las autoridades por el abandono en que se encontraban, y especialmente por la falta de cabalgaduras cuya ausencia les llevaba al oprobio de tener que soportar diariamente los insultos de cuatreros, que magníficamente montados, llegaban hasta las mismas puertas del cuartel en Padre Las Casas para injuriarlos y huír cuando las cosas se ponían difíciles. Por su parte, sus compañeros de Temuco hacían llegar a la Municipalidad una trágica y grotesca advertencia en la que, a fines de 1927, manifestaban que no podían recibir más cadáveres en la Policía porque ya tenían suficientes y los deudos no los retiraban desde hacía varios días, con las consecuencias que era de esperar en cuanto a impertinentes hedores de tan tranquilas visitas.

Para mayor abundamiento, en esos mismos días las diligencias de búsqueda de un desaparecido vecino de Padre Las Casas habían terminado por aumentar la estadística de cadáveres con tres nuevos ejemplares que sucesivamente habían sido reconocidos como el esposo de una atribulada viuda que, seguramente con los ojos velados por las lágrimas nunca pudo distinguir con claridad en el abundante y trágico muestrario de la policía urbana.

Los balazos no causaban alarma en la población que había tenido tiempo sobrado para habituarse a ellos. En 1896, el periódico **"La Libertad"**, anotaba que "casi todas las noches se hoyen detonaciones de armas de fuego en las calles apartadas de la población i principalmente en el barrio cerca del cementerio, cosa que además de ser estrictamente prohibido es peligroso en alto grado". Como se advierte, algo se progresaba porque en 1896 ya no era todos los días sino que solamente "casi todas las noches" y la cosa era ardua sólo en las vecindades del cementerio lo que podía ser ventajoso en cierto modo para

Hernán Trizano Avezzano

los familiares de los protagonistas de los lances. El cadáver de "un desconocido" en la Vega Larga, en el Pichi Cautín, o en las aguas del río, no inquietaban mayormente ni constituían una noticia digna de ser destacada, mucho menos aún si se trataba de un indígena.

De acuerdo con esto, un periodista tenía bastante material informativo y en este clima humano vino a sumergirse el pionero de la prensa periódica en La Frontera, don José Santos Sepúlveda, que "dando tumbos entre las huellas y los troncos de la selva recién talada traía" en sus carretas la preciosa carga de la primera imprenta. Era el 18 de abril de 1887 y veinte días más tarde salía a circular el primer ejemplar de **El Cautín** que los temucanos leyeron el 8 de marzo de ese año. Tuvo corta vida este semanario y pronto se le reemplazó por **La Conquista,** seguramente para evitar los problemas que su celo noticioso le había provocado con algunos vecinos porque la ira de los aludidos le hacía aparecer muy pronto con páginas mutiladas y apresuradamente impresas, con advertencias de haber trasladado las instalaciones de la imprenta a piezas interiores "a fin de evitar que se vuelva a repetir el atentado contra nuestra humilde existencia o contra alguno de nuestros pobres hijos, frustrado en la noche del 14 de julio". Terminaba su nota editorial expresando sus temores y señalando que "no estamos a salvo de un incendio o de otro crimen pues de todo son capaces los de la raza de hiena del calumniador público de Temuco".

El periodismo de Temuco vivía entonces días heroicos que le exigían denunciar atropellos y señalar injusticias pero a condición de estar dispuesto a sufrir él mismo los atropellos y violencias que había denunciado, sin que existiera fuerza humana capaz de levantarse en defensa de la dignidad humana fuera de la prensa.

No obstante los peligros, otros soñadores se sumaron a esta cruzada, aún conociendo de antemano lo que les esperaba. Casi junto con **El Cautín** y **La Conquista,** los hermanos Urrutia y Nemesio Sánchez editaban **El Colono.** Había en todos ellos algo de apóstoles e iluminados dispuestos a enfrentar el martirio ¡Y vaya si lo enfrentaron! La figura más destacada y que tuvo un trágico final fue la de un valeroso radical editor del periódico **La Voz Libre,** que terminó sus días acribillado a balazos en una inmunda celada tendida ex profeso cuando se le invitó a una fiesta en Pancul, cerca de Ranquilco y en 1889 sin que nadie encontrase jamás a los asesinos o se atreviese a enfrentarlos. Tras el cadáver de Francisco de Paula Rivas, quedaron, en un sórdido abandono, una esposa y varios hijos que vivieron rodeados de la silenciosa indiferencia de una ciudad temerosa de señalar a los culpables.

En 1892 parecía lo más natural que una denuncia periodística fuera respondida con un asalto de los aludidos. En el mes de abril, **La Igualdad** denunciaba robos y asaltos en plena ciudad, protagonizados incluso por las autoridades. Las consecuencias no tardaron en llegar pues pocos días más tarde los afectados asaltaron la imprenta "abriendo un portalón y penetraron al fondo, por donde con la sutileza a que están acostumbrados y cual hambrientos chacales, arrasaron y destruyeron cuanto hallaron a mano robándose el título que encabezaba el semanario", dos cajas de composición, siete y media columnas de tipos ya preparados, componedores y tinta. En la sección crónica decía con breve párrafo: "En esta imprenta existe un fierro de catre que los ladrones dejaron olvidado la noche del robo de los tipos. Al parecer

pertenece a un catre de propiedad de Ricardo Galindo. Si este sujeto, u otro, se cree con derecho a él, puede pasar a retirarlo".

¿Cómo dormiría el señor Galindo en su catre desarbolado?

Los incidentes y demasías contra los periodistas corrían el riesgo de pasar a ser algo tan común y desprovisto de interés como un asesinato cuando llegó a la ciudad el joven Juez Letrado Juan de Dios Ibar. Corrían los primeros días de 1893 y hélo aquí resuelto a poner atajo a la violencia desatada en la ciudad y poniendo un poco de paz y esperanza en los corazones de los atribulados habitantes de ella. Pronto el animoso juez conocería en carne propia las dimensiones de la tarea que debía emprender y supo el significado de aquello "del ladrón detrás del juez" porque al hacer causa común con los Paula Rivas y los Trizano algunos influyentes vecinos al sentirse amenazados en sus posiciones y sintiéndose aludidos en algunos procesos, lograron movilizar a los soldados de la policía y henos ahí que la sorprendida multitud pudo observar estupefacta como un piquete de soldados armados lo llevaba a la Cárcel para cumplir prisión sin causa ni condena.

El periódico **"El Constitucional"** de inmediato asumió la defensa de Ibar y en su número 90 decía "ni una sola persona decente es enemiga del señor Juez Letrado de Temuco, con esepción de los defensores del bandolerismo y de sus enemigos políticos y personales".

A las páginas de **El Constitucional** se sumó pronto la combativa presencia del diputado radical Francisco Pleiteado, cuyos empeños sacaron al público de su apatía y de esa tenaz indiferencia de costumbre, logrando con sus denuncias que se designara desde Concepción un Ministro en Visita para que conociese de este atropello y, si bien la causa fue prolongada porque el referido Ministro hizo buenas amistades entre los enemigos del Juez Ibar; el hecho es que nuestro acusado y prisionero recuperó la libertad en medio de una entusiasta muchedumbre que lo esperaba en las puertas de la Cárcel, en la Plaza Recabarren, y haciéndole objeto de cálidas muestras de simpatía mientras un improvisado desfile le acompañaba hasta su casa.

Los motivos del ataque al Juez parecen haber sido de carácter político porque **La Discusión** de Chillán tomó partido en este conflicto, señalando que todo el problema había sido provocado por "un cachorro del monttvarismo, el diputado por Lebu, don Alberto Montt".

Un nuevo elemento venía a sumarse al cuadro de violencia, pues el apasionamiento político tampoco se detenía ante ningún obstáculo y a raíz del incidentado proceso el parlamentario Pleiteado, si bien se ganó una merecida popularidad y la gratitud de los atribulados vecinos, tuvo que sumarse a aquellos que arriesgaban su existencia en homenaje a una causa. En efecto, poco después y cuando se desarrollaba una campaña electoral un grupo de jinetes armados cerraba el camino a quienes se dirigían a Imperial. Una cortante y breve entrevista entre jinetes y viajeros servía para comprobar la identidad de éstos que no acertaban a explicarse si se enfrentaban a un salteo o si esta original aduana tenía otro propósito porque varios fusiles les apuntaban por entre los mantos de Castilla y porque los rostros estaban cubiertos por un embozo. Quienes dieron a conocer el hecho fueron los colonos Enrique Greve y Niels Mickelsen que iban a Imperial con unos

amigos y que fueron autorizados para continuar su viaje sólo una vez que se comprobó que con ellos no iba el diputado que estaban esperando...y no precisamente para servirle de guardia de honor.

Todavía en 1916 las cosas mantenían su ardiente tradición fronteriza y el periodismo continuaba en su denodada lucha de vigilante centinela de todas las causas que podían terminar en una paliza o algo peor. En ese año, la imprenta de **La Epoca** fue asaltada por tres enmascarados armados que dejaron mal herido al prensista y su esposa, mientras procedían a destruír todo cuanto hallaron a su paso, empastelando sin misericordia las páginas del periódico, que no obstante salía al día siguiente ennoblecido y maltrecho por grandes vacíos que señalaban la muda protesta de su denuncia.

Ese mismo año nacía **El Diario Austral,** matutino que incorporó varios adelantos de la técnica al trabajar con linotipias y con un buen servicio de cables del exterior. En lo nacional, el Telégrafo y el Teléfono dieron abundante material informativo que permitieron un periodismo de gran agilidad e interés noticioso.

"En Febrero de 1916 se advirtió inusitado movimiento y trabajo en la casa número 356 de calle General Mackenna. Con base dada por materiales de composición e impresión de la fenecida "La Opinión del Sur" y una moderna prensa "Marinoni" más nuevas colecciones de tipos, estaba produciendo sus primeros movimientos vitales "El Diario Austral de Temuco".

☆ *"La Mañana" y sus redactores, año 1906.*

"En lo humano actuaba un equipo integrado por Nicolás González como organizador, Pedro J. Barrientos como administrador y el profesor liceano José María Alvarado como Director. Como redactor se desempeñaba Romualdo Silva Cortés y había un equipo técnico compuesto por cinco tipógrafos, dos compaginadores y un prensista" que a las cuatro de la tarde entregaban a los suplementeros el primer ejemplar del diario. La suscripción anual costaba veinte pesos y el número suelto diez centavos.

En su primer editorial señalaba los propósitos que lo animarían y que fueron su razón de ser durante muchos años que le hicieron conquistar el corazón de la Frontera y el derecho a perdurar en la historia del periodismo nacional. Decía ese editorial:

> "En territorios como los de las provincias australes chilenas en "que todavía están en formación las ciudades; la organización "del trabajo industrial, las vías de comunicación, las muy va- "riadas formas de explotación de las riquezas naturales y hasta "la propiedad o dominio particular del suelo, fácil es compren- "der la importancia incontestable de una buena acción perio- "dística". Agregaba que "en su redacción dominará un criterio "invariable e inflexible de severidad para censurar lo malo y de "entusiasmo, estudio y esperanza para fomentar el bienestar "moral y el progreso material del pueblo".

Abriendo el fuego de sus baterías progresistas señalaba dolorido que "lo avanzado del verano nos hace pensar que ya es imposible que este año tengamos puente carretero sobre el río Cautín en la parte que une a esta ciudad con la población de Padre Las Casas...", los vecinos que ciertamente estaban muy interesados en la construcción de este puente y que desde hacía varios años venían reuniendo dinero para este propósito señalaban su preocupación porque "la llegada del invierno hará imposible la construcción de él y este año nuevamente tendremos que batirnos con la lancha fiscal... y lamentarnos por las desgracias que la lancha y sus accidentes provocaron el año pasado".

Desde entonces es posible seguir en sus páginas cada uno de los pasos que la ciudad va dando en su desarrollo, constituyéndose en su mejor archivo documental. Infortunadamente tampoco El Diario Austral ha podido sustraerse del sino de la ciudad y un incendio ocurrido en mayo de 1945 destruyó su archivo dejando truncas sus colecciones que perdieron un período completo desde 1916 a 1926. Pudiera decirse que allí donde este archivo está incompleto la historia de la ciudad se hace difícil de conocer porque él es El Diario de Vida de la ciudad.

Así, desde sus primeros días, la prensa era reflejo fiel de la existencia local y compartía el destino de ella, tratando de ser orientadora de las buenas causas y defensora de sus habitantes.

Con estos episodios iba terminando la Pacificación. ¿Terminaba realmente? En realidad ellos iban conjugándose lentamente con el término del mandato del Ejército porque al crearse la Provincia de Cautín y señalarse a Temuco como su capital, sólo se ponía término a la existencia de una subdelegación dependiente del Territorio de Colonización de Angol, finalizando la misión progenitora del Ejército y

LA IGUAL-DAD.

ÓRGANO DE LOS INTERESES DE LA PROVINCIA I DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO.

AÑO I. TEMUCO, MARZO 20 DE 1892. NÚM. 1

LA IGUALDAD.

TEMUCO, MARZO 20 DE 1892.

Crónica

Facsímil de la primera página del periódico "La Igualdad" en marzo de 1892.-

con ello el "Estado de Asamblea" que caracterizaba su presencia conquistadora que ahora entregaba la autoridad a los mandatarios civiles que tan intensa tarea tenían por delante.

Ya no era sólo un fortín militar.

Temuco era una ciudad. La habían hecho sus hijos.

La administración urbana adquirió autonomía de inmediato con la elección del primer municipio, el día 15 de abril de 1888. En ese primer cuerpo edilicio participaron las siguientes personas:

Alcalde — José del Rosario Muñoz.

2º Alcalde — Regidor Pedro Cartes, Comandante de la Plaza y Jefe del Escuadrón de Carabineros de La Frontera.

3er. Alcalde — Regidor Víctor Manuel Estay.

Regidores — Julio César Muñoz, Amador Marín, Rafael García Huidobro, Pascual Manríquez, Teodoro Schmidt, Rosauro de la Cruz, Miguel de los Santos, Diego Correa, Eduardo Gerlach, Luis Westermeyer y Faustino Monsálvez.

El primer Intendente sería don Alejandro Gorostiaga, a quien correspondió organizar el territorio, designar autoridades y establecer los principales servicios públicos: Juzgado, al cual esperaban intensos trajines; Registro Civil, cuyos primeros pasos ya conocemos; Correos y Telégrafos, con sus caballos de Posta; Tesorería, Notarios, Médicos, Policías, Profesores y Empleados Públicos.

El Primer Juzgado estuvo en manos del abogado Miguel A. Urrutia y funcionó en casa de don Rosauro de la Cruz, al cual se pagó un arriendo de doscientos cuarenta pesos anuales. El servicio de Correos se entregó a don Rafael García Huidobro y estuvo en la calle Andrés Bello esquina de Aldunate, desde donde salían los jinetes o estafetas con la correspondencia al Norte los días martes, viernes y domingos, para regresar a Temuco los jueves, sábados y lunes. A la costa, destino Nueva Imperial, el servicio se hacía en esos mismos días y finalmente, con rumbo a Pucón, Villarrica, Llaima y Freire, semanalmente en días domingos.

La atención médica estuvo a cargo del Dr. Joaquín Chávez Luco, que desempeñaba el cargo de Cirujano 1º del Ejército y que en comunicación al Intendente Gorostiaga, decía al ofrecer sus servicios "mientras el Supremo Gobierno provee el puesto de médico de la ciudad de Temuco, siendo yo el único cirujano titulado residente y creyendo que mis servicios pueden ser de oportunidad, me hago un deber en ponerme por completo a la disposición de Uds., a fin de desempeñar las funciones de tal. Mi única aspiración es ser útil en la medida de mis fuerzas a la localidad, y me consideraré con usura recompensado si Uds. aceptan mi ofrecimiento". (1).

---

(1) Citado por Oscar Arellano. *Guía del Cincuentenario.* Temuco. 1931.

Junto a él y conjugando esfuerzos con otros médicos llegados posteriormente, Augusto Hochstetter revalidaba sus títulos académicos de químico farmacéutico obtenidos en Tubingen, su ciudad natal, y regresaba junto a los suyos en la ciudad de Temuco para establecerse con su familia y fundar la Botica "Alemania" después de haber adquirido las de César Kluese y Germán Guericke. Era el año 1892.

El cuadro de la vida urbana se completó cuando, casi recién fundada la ciudad empezaron a funcionar algunos colegios que venían a recoger el sentir de numerosas familias, cuyos hijos eran vivo testimonio de que los colonos no sólo venían dispuestos a enriquecerse en La Frontera, sino que también a poblarla. Uno de los primeros maestros fue don Celedonio Romero que en 1887 tenía la respetable matrícula de 107 turbulentos niños criollos, ante los cuales se estrellaban los esfuerzos de su entusiasta y empecinada pedagogía. Las limitaciones personales y las dificultades de todo orden que enfrentaba don Celedonio para sus tareas sólo tenían como contrapartida una capacidad de trabajo realmente imponderable y un cariño excepcional por su magisterio. Por lo demás estos eran los únicos elementos con que contaba para superar las deficiencias del local y la pobreza de medios.

Al dirigirse al Intendente Gorostiaga, para solicitar recursos en beneficio de su escuela, el buen maestro Romero puso de manifiesto que su propia ortografía estaba tan a mal traer como el local de la escuela y que tanto las deficiencias del local como las propias conspirarían para dejar a mal traer los resultados de los exámenes finales, sin que hubiese que hacerse muchas ilusiones al respecto. En efecto, al término del período 1887, los rapazuelos se enfrentaron a una Comisión Examinadora integrada por los señores Navarro, Gerlach y Correa que, posteriormente, en un desolador informe final manifestaron al Intendente que los alumnos tenían un aprovechamiento lastimoso y que "se expidieron con mediocres conocimientos, no encontrando ninguno "que estuviese suficientemente preparado para dejar una impresión "favorable de conocer los ramos que se cursan. En el ramo de Cali-"grafía hemos encontrado muy buena disposición; se nos presentaron "buenas muestras de letra cursiva y elegante y hecho escribir a los "mismos alumnos que lo hicieron con toda espedición.

"Las demás secciones son por demás elementales, teniendo úni-"camente **Hideas** (sic) muy generales de los citados ramos".

Claro que los examinadores a su vez tampoco parecían estar muy enterados en cuanto a las virtudes de la ortografía, pero es evidente que en los primeros años de vida nuestra ciudad necesitaba otros méritos personales con mayor urgencia. (1).

Es de imaginar como quedaría el ánimo del señor Romero después de este informe, donde se terminaba por señalar que "el resultado general no ha sido nada satisfactorio y que esta escuela tanto por lo deficiente del local, carencia de bancos, mapas, libros, etc., no está a la

(1) **Cincuenta años más tarde todavía la Municipalidad, al aprobar un Reglamento para avisos en las calles, exigía que ellos se redactasen de acuerdo con las exigencias de la Academia, con buena ortografía, en castellano y sin sátiras que ofendiesen a la moral y las buenas costumbres.**

altura de la capital de la provincia" motivos que les hacían recomendar la introducción de algunas mejoras.

Casi junto a esta escuela, en enero de 1888 empezó a funcionar el Colegio Alemán, cuya organización había sido el fruto de los desvelos de "un honrado carpintero", el colono Cristian Kohler, que puso a disposición de sus compañeros de emigrante ruta algunos bancos para que sus hijos recibieran las lecciones del profesor Alberto Kleinknecht.

Al abrir sus puertas este Colegio tenía una pequeña matrícula de doce alumnos, que muy pronto aumentaban a 30, cuando se enteraron de la feliz noticia aquellos colonos que vivían algo alejados de la ciudad.

Otro de los sacrificados profesores de esos tiempos fue don Manuel Neculmán, normalista que se hizo cargo de la primera escuela fiscal de Temuco.

En esos mismos años funcionó el Liceo de la Alta Frontera, gracias a los desvelos del periodista José H. Santos Sepúlveda que a su vocación de hombre de prensa sumaba la de educador. En sus "Recuerdos de Temuco" (1) Luis Schmidt hace un retrato de los muchachos que acudían a esos colegios, y de acuerdo con la imagen que de ellos nos entrega es muy explicable el desastroso resultado final de los exámenes porque en el Liceo de la Alta Frontera el profesor hacía de todo: inspector, director, profesor, redactor e impresor del periódico local. Por esta causa "los muchachos pasaban horas enteras solos y, por supuesto, hacían de las suyas. En los pasos de estudio solían tirarse a la chuña bolitas y pastillas que traían del almacén de Calazans Muñoz; corrían los empujones y las bancas rodaban por el suelo. En el invierno el estero separaba la casa del resto del sitio y entonces los muchachos hacían balsas para cruzarlo y al otro lado solían hacer hoyos que llenaban con pólvora traída por el mismo Muñoz, los taconeaban bien y con una mecha de mina los hacían estallar después de ponerse a salvo en el lado opuesto".

Naturalmente que estos estampidos contribuirían no poco al nerviosismo de nuestro periodista profesor, que como hemos visto vivía con el alma en un hilo por su celo noticioso que frecuentemente le ponía en conflicto con algún vecino de poca paciencia y armas tomar. En otras ocasiones los colegiales salían a cazar "con un viejo fusil que amunicionaban en el inagotable almacén del popular Muñoz y alguna vez que faltaron las municiones, sirvieron de tales unos puñados de tipos de imprenta, sustraídos al pasar" y con ellos cargaron sus armas.

Sin embargo, estos estruendos eran insuficientes para arredrar el ánimo del señor Sepúlveda, o para empequeñecer el cariño que sentía por estos rapazuelos que eran recordados con cariño y aun cuando habían pasado los años, al encontrarlos en la calle les saludaba con un emocionado abrazo llamándoles cariñosamente "mis chiquillos".

Ese liceo tuvo fugaz existencia porque muy pronto el Decreto de 6 de abril de 1888, que creaba el Liceo de Hombres de Temuco venía

(1) "El Diario Austral" 5 de mayo de 1951.

a extender realmente el acta de defunción de ese convulsionado establecimiento.

La creación del Liceo de Hombres de Temuco, desde luego, no era una medida aislada, con ella venía a completarse la prestancia de la ciudad como cabecera de la nueva provincia, y de acuerdo con el rango que deseaba darle el Presidente don José Manuel Balmaceda.

Después de los trajines del caso, en el mes de marzo del año siguiente el establecimiento empezó a funcionar ocupando la antigua casa donde había estado la Notaría de don Eduardo Muñoz, vecina a la Plaza Pinto. El primer día de labores, el Rector Plácido Briones "de imponente silueta y con sus patillas españolas plateadas..." esperaba rodeado de sus profesores en la puerta del liceo y saludaba a los padres, apoderados y vecinos que ese día habían vestido sus mejores galas para ir a dejar a sus muchachos y solemnizar tan importante paso que daba el progreso de la ciudad.

Varios cambios de domicilio señalaron después las etapas de su crecimiento, hasta llegar en 1932 al edificio que ocupa actualmente y en el cual, en los primeros años pudo revivir los olvidados recuerdos de su natalicio, porque entonces la vecindad de la Avenida Balmaceda era sólo un conjunto de soledad, barriales, lagunas, matorrales y botaderos de basura. En esos momentos asumió la dirección del establecimiento don Lorenzo Sazié, quien reemplazó a Lorenzo Carvacho, que abandonaba el cargo después de una prolongada trayectoria de 35 años de labor.

Desde 1905, el Liceo de Niñas era juvenil compañía estudiantil de los muchachos liceanos y desde entonces ambos establecimientos fueron el tibio hogar donde se refugió y adquirió vida el desarrollo de las actividades del espíritu.

La primera Directora del Liceo de Niñas fue la señorita Amalia Espinoza y en su liceo prestó servicios más tarde Lucila Godoy Alcayaga cuyo nombre poético, "Gabriela Mistral" timbra hoy día, como un sello de distinción al establecimiento.

Por alguna razón misteriosa, surgida en ignorado rincón del alma de La Frontera, ésta ha sido una tierra de poetas: Gabriela Mistral, que iba tendiendo el hilo de esos versos que tejían su inmortalidad; Pablo Neruda, en un rincón del cerro Ñielol; Juvencio Valle, impregnado de viento, lluvia, bosque y Araucanía; Daniel Belmar en su "Roble Huacho" que destila el horizonte humano del pueblo que se hunde en los campos, sin mayor expectativa que el ensueño inútil. Casi perdidos en algunos recuerdos destinados al olvido surgen los nombres de otros hombres que las aulas liceanas vieron pasar como un fermento creador:

"Como la quilla de un barco viejo
"mi alma está cansada
"de partir horizontes..." escribía Gerardo Seguel, allá por el año 20.

Compañeros de olvido y ensueños eran los hermanos Tomás y Enrique Santander Pereira; o Julio Dumont Barra con sus inquietudes de dibujante, escultor, músico y pintor devoradas por la necesidad de

vivir y heredar los afanes del comercio. Más afortunado fue Rudecindo Ortega Masson que trocó sus versos de adolescente por la tribuna del político. Por las salas liceanas también pasó Manuel Acevedo, seguramente el último de aquellos desdichados pintores de la "Generación Trágica" que consumieron su desvelo viviendo y muriendo en medio de la ceguera ambiente, que vino a reconocerlos tardíamente sólo en la víspera de la sepultura.

En los liceos también nacieron las primeras inquietudes indigenistas, tan propias de la región y que sólo excepcionalmente han merecido una actitud seria y objetiva. En el Liceo de Hombres se destaca el nombre de uno de sus rectores, Tomás Guevara, araucanista distinguido y uno de los más serios investigadores de la prehistoria regional. En el Liceo de Niñas nació humildemente la idea de crear un Museo Histórico Aborigen. En 1927 empezó a tomar forma y después de los primeros esfuerzos fue adquiriendo categoría hasta que pocos años antes de 1940 el gobierno comisionó a Domingo Amunátegui y a Carlos Oliver Schneider quienes lograron organizarlo definitivamente, fundándose el Museo Araucano de Temuco el 12 de marzo de ese año y abriendo sus puertas a fines de él.

En 1922, se fundó la Biblioteca Municipal que funcionó primero en el propio recinto de la corporación y que en 1928 empezó a prestar atención al público en un local del Mercado Modelo. Una afortunada donación del vecino y benefactor don Francisco Hebert facilitó su traslado a Prat con Balmaceda, pero su director, don Galo Sepúlveda que la dirigía desde su fundación siguió desarrollando su labor en el recinto del mercado, haciendo caso omiso de las protestas de quienes deseaban ver la biblioteca en su propio edificio porque, a su juicio la casa donada por el señor Hebert estaba muy alejada del centro. Todavía en 1933 insistía en su actitud porque encontraba muy poco conveniente exponer a "la mujer a ir a buscar libros a lugares apartados que, aunque estuvieran en parte iluminados ofrecían graves peligros a la juventud". Sólo después de 1944 y cuando el alcalde Zenobio Gutiérrez destinó los primeros fondos para construír el edificio actual, que estaría dedicado a Biblioteca y Museo, se contó con un local apropiado, que sucesivos municipios se han esmerado en enriquecer hasta que hoy constituye uno de los orgullos de la ciudad y que aún se mantiene bajo la celosa administración de su fundador, don Galo Sepúlveda.

La actividad docente del Estado completó sus esfuerzos docentes incorporando nuevos establecimientos de enseñanza. En 1906 se fundó la Escuela Técnica Femenina, que entonces se llamó Escuela Profesional de Niñas y que fuera dirigida por la señora Virginia Valdés Fuenzalida; en 1918 se fundó la Escuela Industrial que posteriormente pasó a ser la Universidad Técnica del Estado y en 1923 el Instituto Superior de Comercio empezó a proporcionar los profesionales que exigía el creciente desarrollo mercantil e industrial de la ciudad.

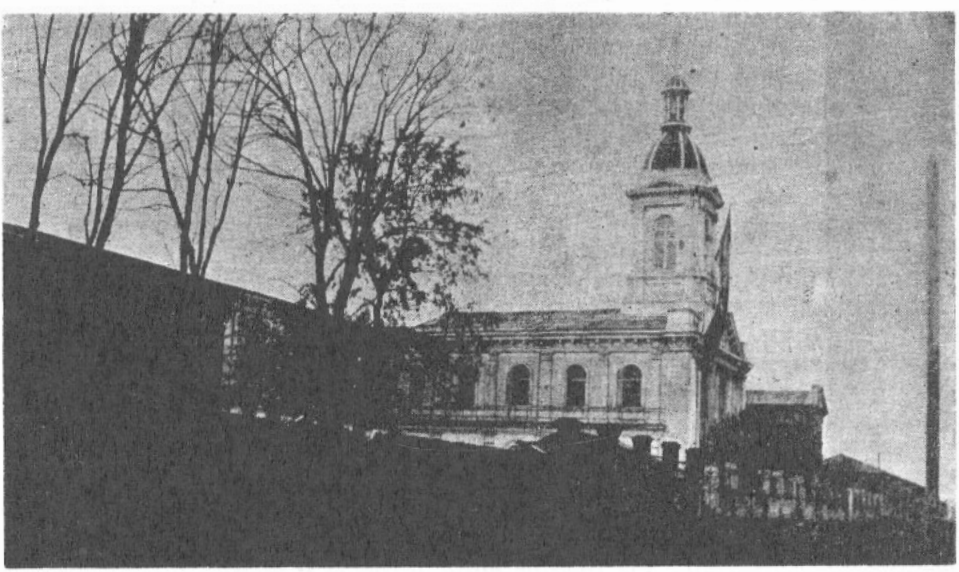
La región de La Frontera, por su carácter de tal, fue finalmente campo propicio para que muchas congregaciones cristianas mirasen favorablemente la posibilidad de crear colegios que facilitasen su apostolado y que se pusiera un atajo al cauce por donde la enseñanza laica impregnaba de positivismo el desarrollo cultural de la ciudad. Si bien es cierto que este deseo vino a permitir la existencia de muchos colegios congregacionistas, también es cierto que por muchos años una fría ri-

validad entre ambos campos enturbió en cierto modo las aguas y contribuyó a incrementar la hoguera de las luchas doctrinarias.

Las primeras en llegar fueron las Monjas de la Providencia, impulsadas por una visionaria promesa de la fundadora de la Orden, que en sus últimos años de vida resolvió enviar a sus misioneras a Temuco para que fundasen un colegio destinado a la educación de las niñas indígenas.

Llegaron a la ciudad en 1894 y se les concedieron dos hectáreas en los extramuros de ella para que construyeran allí su convento, su iglesia y su escuela. Pero los vecinos que hasta entonces carecían de un establecimiento de enseñanza adecuado para sus hijas les resolvieron a fundar un Colegio para Señoritas que empezó a funcionar en 1907. Con ello las jovencitas ya no estuvieron obligadas a ir a los Sagrados Corazones de Chillán o a otros colegios de Concepción. El crecimiento de La Providencia, eso sí les obligó a extender sus dominios y en 1927 las dos hectáreas primitivas aumentaban a más de doscientas gracias a una nueva concesión fiscal que les otorgaba la propiedad de gran parte de los terrenos ubicados al norte de la calle Bilbao y parte del Cerro Ñielol.

En todos estos trajines la nota curiosa la pone un establecimiento que originalmente debía haber tenido una importancia decisiva en la vida local: la Escuela Agrícola. Para ella se habían destinado más de 400 hectáreas al norte de Temuco, entre la ciudad y el cerro Ñielol, pero lentamente fue descendiendo de categoría y mirando inerme los sucesivos despojos de otras instituciones que terminaron por reducirla a nada. La Providencia, el Liceo de Hombres, el Parque Nacional Cerro Ñielol, la Escuela Industrial, y ahora la cancha de fútbol del Instituto Comercial la sepultaron definitivamente entre las cosas que la ciudad ha perdido.



☆ *Iglesia de la Providencia a principios de siglo.*

En esos años azarosos y como un símbolo de la tan anhelada y esquiva tranquilidad, hubo un lugar destinado desde temprano a la futura catedral que durante muchos años fuera sólo sombrío arrabal donde se levantaba como un símbolo destinado a orientar las esperanzas temucanas, una enorme cruz de madera que era el recuerdo dejado cerca de la plaza por la primera misión, que se había realizado en el Cuartel del Regimiento en 1884. Desde allí, hasta esa Cruz había llegado en impresionante ceremonia de clausura una procesión de los fieles después de varios días de oración y penitencia.

Pero, como una contradicción, al pie de esa misma cruz se cometió el primer asesinato conocido en la ciudad.

Junto al recogimiento, el crimen.

Símbolo de la ciudad que nacía.

En ese ambiente hacía falta elementos capaces de traer alguna moderación en la alterada convivencia local y en 1892, el 15 de mayo el periódico "La Igualdad" informaba a sus lectores que llegaba a la ciudad el Presbítero don Ricardo Sepúlveda, el primer párroco de Temuco. He ahí a nuestro buen sacerdote dispuesto a poner algo de paz y tranquilidad en los turbulentos ánimos de esta Sodoma y Gomorra de La Frontera, hirviente de pasiones, donde con el correr del tiempo dejaría un recuerdo imborrable por su bondad.

Su primera misa la ofició en casa de Amadeo Collín, en la calle Manuel Montt y pronto empezó a levantar la capilla parroquial, modesto barracón de madera que estuvo en la calle Prat entre las de Claro Solar y Montt.

No duró mucho la paz ni pudo el buen sacerdote dedicar todo su tiempo a las tareas de su ministerio, ni muy de acuerdo con sus buenos y pacíficos propósitos. Pronto el aguerrido y militante laicismo de la ciudad resolvió emprenderlas contra este representante del clericalismo, que como un trapo rojo paseaba sus oscuras sotanas frente a sus endurecidas y librepensadoras convicciones. El fuego lo abrieron al llegar el mes de noviembre, irrumpiendo durante el mes de María con un desaforado concierto de tarros para acallar las piadosas pláticas de "este bello mes" con un demoníaco estruendo que llenaba de pavor a las buenas feligresas.

En otra oportunidad, y por motivos que no quedaron muy claros, tuvo que enfrentarse a las provocaciones del populacho, que se juntó frente a sus habitaciones profiriendo gritos e injurias que le hicieron acudir al Regimiento en demanda de socorro y junto a los señores Lacroix e Iribarren "solicitó el auxilio de la fuerza pública porque el populacho en número de doscientos a trescientos individuos atacó a pedradas las casas referidas. Inmediatamente de tener conocimiento de esto el infrascrito con una escuadra (sin munición) ocupó el frente de la Casa Francesa, siendo luego reforzado por otra escuadra amunicionada y como la población no hiciera caso de las palabras dichas... y después de usar todos los medios conciliatorios y viendo que luego de moderarse cargaron a piedras con la tropa, me encontré obligado de

ordenar despejar el frente de dichas casas usando de las culatas de los fusiles" (1).

Felizmente para nuestro párroco, pronto recibió los refuerzos de Felipe Oyarzún, más conocido por "El Padre Chaqueta", que venía precedido de justa fama de resuelto luchador, que no se amedrentaba ante peligro alguno, según lo afirmaban quienes lo habían conocido en Chiloé desde donde traía el sobrenombre que era la consecuencia de un encuentro de criollas alternativas, en el cual había derrotado en buena lid y de una sola trompada, al más temido de los lancheros de Achao, al cual despojó de todo su prestigio y lo que es peor, del apodo.

Los paganos contrincantes que le esperaban en Temuco advirtieron luego que el nuevo curita era hombre de armas tomar, porque muchos hombres humildes simpatizaron con él y los campesinos estrecharon filas en torno a su persona.

Es de imaginar la sorpresa de los desaforados enemigos del clericalismo cuando, al llegar un nuevo Mes de María vieron que los creyentes se atrevían a salir en pública procesión por las calles de la ciudad, vivando a Cristo Rey y con sus cánticos marianos, mientras llevaban con solemne gesto de piedad unos enormes cirios encendidos que, según se supo más tarde, de cirios tenían sólo lo indispensable siendo el resto un descomunal garrote presto a romper la dura cerviz de los enemigos del Señor, si acaso surgían algunos incidentes.

Se alejó el Padre Chaqueta de la ciudad durante algunos años, y cuando regresó se hizo cargo de la Parroquia de San Francisco donde fundó una escuela que todavía existe. Pero no sería la escuela la que alimentaría su fama y el recuerdo de quienes lo conocieron. Ello se debe más bien a ciertos criterios no muy eucarísticos que puso en práctica para hacer su apostolado y que en un principio causaron cierta extrañeza en su feligresía, aunque terminaron por ser aceptados contando con el entusiasta apoyo de todos y no poca popularidad de su parroquia.

Hasta entonces, para obtener algún dinero, las iniciativas de los creyentes se reducían a inefables veladas en el salón de actos de algún hotel local, donde lo mejorcito de la sociedad concurría a escuchar poesías, cantos e interpretaciones musicales de algunas distinguidas damitas. Es de imaginar la sorpresa que recorrió como un escalofrío la espalda de más de alguno cuando nuestro buen amigo Oyarzún propuso renovar aquel principio de que no se puede predicar a estómagos vacíos; agregando con criolla malicia de huaso, que tampoco se trataba de llenarlos de cualquier modo y en parte por su celo apostólico y/ o por las añoranzas que debía tener de sus días vividos en Chiloé, propuso organizar los primeros **Pulmai** y **Curantos** en beneficio de sus obras parroquiales. Pronto se advirtió la beneficiosa influencia de esta iniciativa que vino a darle a su feligresía una popularidad imbatible y un fortalecido ánimo militante.

Todo ello, desde luego, significó que las esperanzas nacidas en torno a las posibilidades de que el cristianismo trajese algo de paz a los espíritus y vigorizase la hermandad entre los hombres pasaran a ser

(1) **Archivo de la Comandancia General de Armas, Regimiento Tucapel. Temuco.**

otro de los sueños inalcanzables en la vida temucana; sobre todo porque los intereses políticos se confundían con las convicciones de la fe obligando a los hombres a enfrentar sus aceradas convicciones e irreductibles argumentos con episodios que difícilmente podrían haberse estimado como una contribución a un trato algo más amable entre gentes adversarias.

Eran aquellos los primeros años de las Leyes Laicas y hubo momentos en que más de alguno pensaba que el país se encontraba al borde de una guerra civil que repetiría las escenas de 1891. Por ello, las posiciones ideológicas tuvieron una ruda y constante violencia siempre dispuesta a imponer un criterio, especialmente en ardorosas campañas electorales donde todo era dar y recibir sin reparar en las consecuencias que ello pudiera significar a partidarios o adversarios.

Alguna vez, eso sí, existió algo de picardía y buen humor para enfrentar los hechos y no podemos menos que reproducir los versos de un inspirado racionalista y ateo que, justamente conmovido, expresaba su admiración por las devotas y bellas damas de la ciudad en un fino dardo de intencionada rima cuyos versos decían:

"Esas beatas de hoi día
de guantes i polizón
el mismo demonio son
con ojos de picardía
i labios de tentación.
Cuando pasan a mi lado
del cielo paciencia invoco
con ese andar tan salado
uno se queda pasmado
cuando no se vuelve loco.
Siempre exhibe zalamera
un macizo escapulario
donde, por cierto quisiera
en tan hermoso Calvario
morir de gozo cualquiera.
I hasta yo que soi masón
en mi continuo desvelo
se me salta el corazón
i pido la conversión
para alcanzar ese cielo" (1)

Sin embargo, la creciente importancia de la ciudad hizo que todos mirasen con beneplácito que la primitiva parroquia fuera elevada a la categoría de Sede de una Gobernación Eclesiástica y que don Ricardo Sepúlveda mereciese el honor de ser designado primer Gobernador, ahora con el título de Obispo de Sófene. Corría ya el año 1909 y ejercería el cargo hasta 1920 fecha en la cual se hizo cargo de la iglesia don Prudencio Contardo en cuyo tiempo se creó el Obispado de San José de Temuco y en virtud de la Bula de S. S. Pío XI "Notabziliter aucto..." de 18 de octubre de 1924.

(1) Publicado en *La Libertad*, del miércoles 26 de febrero de 1896.

Sólo en 1926, siendo ya Gobernador Eclesiástico y después Administrador Apostólico, el Obispo Contardo tomó posesión de esta nueva Sede el 2 de mayo de 1926.

Por entonces ya se construía el Palacio Arzobispal y la nueva Iglesia Catedral en medio de las indudables protestas de algunos luchadores parlamentarios que no concebían que se construyese "un palacio para los obispos" mientras existiesen otros problemas más urgentes en la ciudad.

De todas maneras durante muchos años la Iglesia Catedral y el discutido "palacio" congregaron a multitud de creyentes, aunque nunca llegaron a terminarse a pesar de los esfuerzos del Vicario General Miguel Angel Alvear, que soñaba con levantar una airosa torre y campanario como símbolo de su entusiasmo y de la fe ciudadana. Allí quedó inconclusa Catedral y Palacio hasta que los sismos de 1960 y un incendio posterior redujeron a ruinas lo que se había construido.

Don Ricardo, entretanto se había alejado de la ciudad y regresó por última vez en 1931 y para celebrar una misa de campaña en homenaje a la ciudad en su primer cincuentenario. Después partió definitivamente para morir lejos de aquí dos años más tarde.

● ☆ ●

Capítulo III – La vida urbana

- ☆ **Vida Social, Entretenimientos**
- ☆ **Primeros espectáculos públicos**
- ☆ **Los primeros cinematógrafos**
- ☆ **Las Fiestas del Centenario**
- ☆ **El Monumento a la Araucanía**
- ☆ **El Cerro Chaimahuida y el Ñielol**
- ☆ **La Banda del Regimiento**
- ☆ **La Confitería Ianisewski**
- ☆ **Opera, Zarzuela, Teatro**
- ☆ **La Sofo**
- ☆ **El deporte**
- ☆ **La vida nocturna. "Pichileos" casas de cena y la Calle de las Canoas.**
- ☆ **El Mercado y el Matadero.**

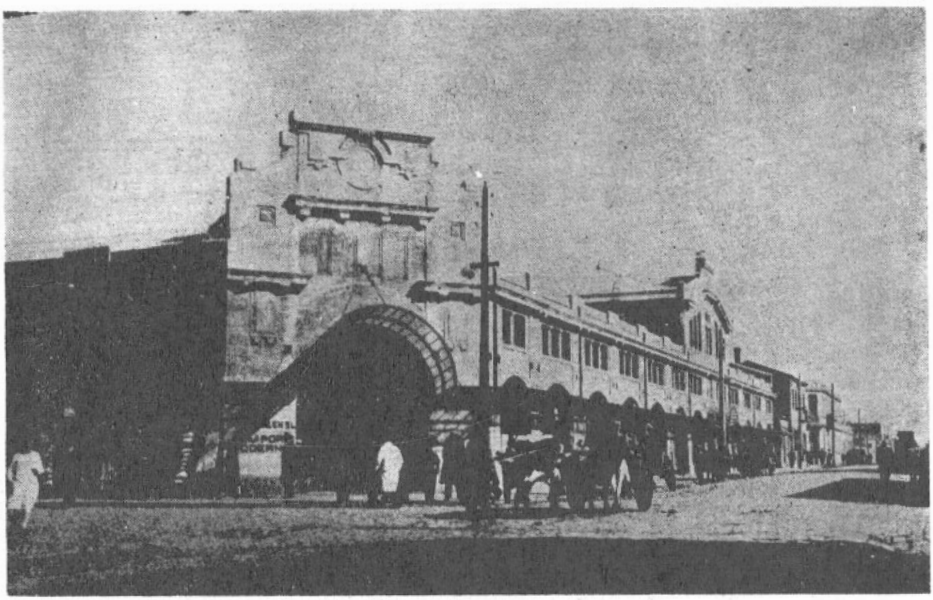
La vida diaria de una ciudad, frecuentemente, es anónima y difícilmente llega a significar un lugar de importancia en las páginas de su historia quizás si porque sus protagonistas nunca han pretendido un sitial de privilegio en ese escenario y porque generalmente se prefiere hablar de ella en corrillos sin mayor significado. Sin embargo, esta vida diaria es la sal de la historia y refleja realmente los intereses de una comunidad humana, motivo por el cual no es posible ni legítimo silenciar algunos

detalles, en los cuales está reflejándose algo del carácter y la personalidad de una época.

Temuco, como hemos visto, fue durante mucho tiempo una ciudad violenta y a menudo arbitraria. No era fácil vivir en ella y por ello era fácil morir. El crimen aleve, la violación, el robo, el incendio y otros excesos forman elementos constantes en el suceder cuotidiano. Evidentemente, la existencia necesitaba una contrapartida capaz de equilibrar el miedo de vivir con alguna alegría de vivir.

En los primeros años de vida, que significaron poco más que un atribulado caserío que se apretujaba buscando la protección del recinto militar, la única entretención debió ser la diaria retreta de la Banda del Regimiento en la Plaza de Armas, donde los soldados hacían sus ejercicios. Era ésta la Plaza Recabarren, primer centro de la vida urbana local. Allí un Galpón de madera servía de mercado, o **Recova** en la esquina que hoy ocupa el Gimnasio Municipal, y en la misma cuadra, al lado opuesto, funcionaba la primera Intendencia. No muy lejos una bodega abría sus puertas para atender la interminable hilera de carretas que aun antes del amanecer esperaban turno para vender su trigo y otros productos de los campos cercanos. Colorido conjunto de indígenas junto a sus fogatas, tomando mate o tocando sus instrumentos musicales mientras esperaban su turno y entibiaban el frío amanecer frente a la plaza.

Este mercado, que aún es recordado por algunos, terminó por ser insuficiente para las necesidades de la ciudad y en 1928, después de laboriosas gestiones del Alcalde Eduardo Solano, se aceptaba una propuesta por un millón sesenta y nueve mil pesos para construir el Mercado Modelo cuyas obras se iniciaron de inmediato ante la admiración de los vecinos que veían levantarse la estructura del edificio de mayor costo hasta entonces construido en Temuco.



☆ *Mercado Municipal 1928.-*

La fiesta inaugural se hizo en abril de ese mismo año en presencia de todas las autoridades y con un inolvidable banquete oficial amenizado por la banda de nuestro regimiento y por un sabroso y criollo "menu" en el cual no faltaron las que entonces eran "las afamadas empanadas de doña Nicolasa".

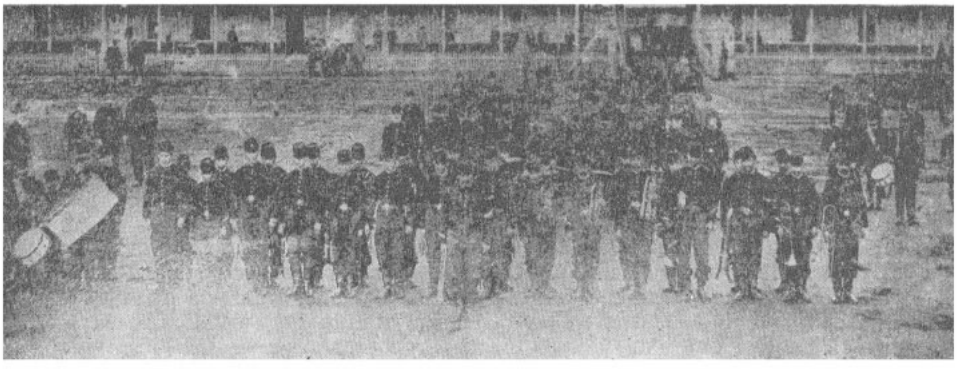
No habría de pasar mucho tiempo sin que el Mercado tuviese sus primeros problemas y ellos fueron provocados por el entusiasmo de quienes habían arrendado locales pues cada uno sintió la imperiosa necesidad de distinguirse del vecino lo que amenazaba convertir la fachada en un muestrario de colores, nacido de la paleta de un alucinado pintor. Ello exigió severas medidas para controlar esos excesos precursores de un arte Pop... ular. Más, después del entusiasmo inicial una andanada de críticas lo calificaron de "enorme galpón" desprovisto de toda estética. Contradictorios signos que han sido sus más fieles compañeros en una larga vida que ya llega a los cuarenta años.

En 1855, la llegada de los primeros colonos alemanes vino a poner una nota de alegría en la espartana vida del caserío porque pronto algunos acordeones y violines alegraron las veladas nocturnas, alumbradas con candiles de cera y lámparas de gas o querosene. Luego, el Club Alemán organizó las primeras fiestas, que contaron con la entusiasta presencia de algunos chilenos que empezaron a gustar las "delikatessen" preparadas por la destreza culinaria de las recién llegadas, de su amable sentido de la convivencia y de las atenciones de las "gringuitas" de azul mirada y rubia aureola dorada, que se presentaban muy donositas con sus vestidos de seda y sus zapatillas de raso... ofreciendo en un inédito y enrevesado castellano, dulces, tortas y licores, con la misma sencillez con que en la víspera recorrían las calles de Temuco en sus carricoches y vestidas de percal, con suecas de madera, para pregonar los productos de sus granjas de la Vega Larga y otros aledaños, o la afamada y fragante mantequilla de tan preciada fama local.

Temuco careció mucho tiempo de una sala de espectáculos permanentes, pero no por eso se carecía de oportunidades para distrarse. Luis Schmidt Quezada cuenta (1) que "aunque los habitantes eran poco numerosos... la gente se divertía bastante". En los inviernos se acostumbraba celebrar los días de "santo" y los festejados recibían numerosos regalos que "en general consistían en tortas, licores y objetos comestibles" con cuyo inventario la fiesta no demoraba mucho en adquirir entusiastas contornos. En esos saraos la presencia de los militares era dominante. En los veranos se hacían paseos campestres a la "Isla Cautín" y se bailaba desde las dos de la tarde hasta el anochecer con el acompañamiento de la Banda del Regimiento que interpretaba valses de Strauss, Waldteuffel y Lucero, polcas, mazurcas y cuadrillas de honor. Naturalmente que como fin de fiestas no podían faltar entusiastas cuecas que se iban repitiendo incluso en el camino de regreso a la ciudad.

Los paseos a la Isla se alternaban con paseos a caballo y picnics al cerro Ñielol. "Para los primeros era un problema conseguir sillas de montar de mujer y los muchachos con gran satisfacción nos dirigíamos a

(1) "Recuerdos de Temuco hace cincuenta años".- "El Diario Austral" - 5 de mayo de 1951.



☆ *Banda del Regimiento Tucapel a fines de siglo.-*

cuanta persona en el pueblo tenía alguna, para nuestras hermanas y sus amigas. Otro tanto ocurría con los caballos, entre los cuales el "Paciente" y el "Charol" de don Victoriano Sepúlveda eran los más codiciados por lo bonitos y lo mansos. En cuanto a los hombres y los muchachos, sobraban las cabalgaduras y sillas del regimiento. Eso sí que había caballos que eran dados a largarse a todo full a la primera galopada y no faltó algunos que llegaron con sus jinetes al galpón de la caballada en Temuco".

En cuanto a espectáculos, estos se reducían a la ocasional visita de alguna compañía de Sainetes o Zarzuelas, que ofrecían sus programas en los salones de los hoteles. Un lugar de privilegio en este sentido ocupó el Hotel Continental, que reunía a lo más selecto de nuestra incipiente sociedad y ya en 1893 podía informar a su clientela que había llegado la Compañía de Juan Salaverry, que hizo las delicias de la concurrencia con las obritas "La Niña Pancha", "Colegio de Señoritas" y "El Teniente Cura".

Pocos días más tarde llegaba a Temuco el Circo **Continental** que provocó una agradable impresión con una pequeña trapecista, un conjunto de perros sabios y las gracias de los infaltables payasos.

En 1897 aún no había una sala de espectáculos y cuando llegó "el sin par ilusionista, transformista, danzante de bailes españoles, primer ventrílocuo y prestidigitador admirable, señor Guillermo Marini" tuvo que hacer su representación en la bodega del vecino comerciante Martín Arostegui. "El Cautín", en su edición del 7 de noviembre advertía al público que "la ejecución de los cuadros anunciados no dejaron nada que desear."

La primera sala de espectáculos permanentes estuvo en la esquina que hoy ocupa El Diario Austral, donde tras un par de columnas neoclásicas y con un pretencioso frontón triangular abrió sus puertas el **Teatro Edén**, en cuya pantalla se proyectaron escenas del primitivo biógrafo con la presencia protagonista de Max Linder, Sánchez y la Pinelli, que regocijaron al maravillado público de principios de siglo. Allí también, además, algún fogoso orador estudiantil y algún político de inflamada oratoria fulminó sus protestas o encendió las esperanzas de la multitud porque en ese recinto se hicieran las primeras concentraciones públicas.

Más, esa sala cayó lentamente en el olvido, sobre todo cuando se fundaba el teatro Tepper poco antes de 1908, en la esquina que hoy ocupa el Correo en las calles Portales y Prat. En el incendio de este último año, quedó convertido en cenizas pero pronto fue reconstruido y pasó a ser uno de los sitios que conservarían un largo recuerdo en la tradición local. Era ésta una sala amplia, que se prestaba apropiadamente para toda clase de espectáculos gracias a su gran escenario y cómodas aposentadurías con palcos y lunetas. Allí, en 1908, se presentó la Compañía Dell'Acqua, que por carecer de orquesta, debió recurrir a la colaboración musical de la Banda del Regimiento Tucapel.

En 1916 el público ya definía claramente sus preferencias por el cine y aplaudía a Psilander, en la cinta "El Amigo de los niños" o a Madamme Robinne en los "monumentales estrenos" "Lágrimas del Perdón y "El Hijo de la Cárcel" o bien "Corazón de Apache",

Los años de 1910, al llegar al Centenario de la Independencia, hicieron ver que la ciudad carecía de monumentos, obras de arte y paseos públicos de cierta categoría y calidad. Por ello, la idea de un monumento a la Araucanía despertó un entusiasta apoyo popular y pronto las erogaciones del público alcanzaron la suma de veinte mil pesos; cifra que en esos tiempos era más que suficiente para representar la generosidad de la ciudadanía, sobre todo si se piensa que una casa costaba poco más de $ 1.500.— Pasó el tiempo y el caluroso entusiasmo de los días del Centenario decayó paulatinamente hasta que otras iniciativas dejaron a ésta en el olvido y ya en 1934 nadie la recordaba ni se preocupaba de ello, salvo un editorial de nuestro Diario, suscrito por Claudio Franco, que decía "Hace 24 años se inició una recolección pública de fondos para fundir y perpetuar en un bronce erigido en nuestra ciudad el símbolo de un pueblo universalmente legendario: Arauco", del dinero reunido entonces quedaban sólo $205 y una primera piedra en la Plaza Pinto, cuyo valor era calculado en tres pesos. Hoy día ni siquiera queda esa primera piedra, sumándose esta idea a muchas otras frustraciones de la ciudad, de las cuales seguramente se mencionará alguna más adelante.

Más afortunada fue la iniciativa de algunos vecinos que junto con el Intendente Garrido propusieron crear un paseo público en "El Cerro de las Monjas", que no era de las monjas y que se había librado del fuego y del hacha gracias a un profético decreto, casi olvidado, del Intendente Valentín del Campo, quien advertía a Temuco en el mes de noviembre de 1890 que "habiendo notado esta Intendencia i el público en general que va desapareciendo el bosque existente en el cerro **Chaimahuida,** situado al norte de esta población, a presente de propiedad fiscal i teniendo en cuenta que dicho bosque está destinado a ser por su belleza el más hermoso ornamento de la ciudad i un lugar de recreo para sus habitantes:

"DECRETO, desde esta fecha queda prohibida en absoluto la corta de árboles, estracción de leñas i montes del sitado bosque..."

Todavía más, en 1926 algunos vecinos y el Intendente Alberto Garrido se reunieron para estudiar la creación de un paseo público en este "cerro de las monjas" para que la ciudad tuviese un lugar destinado al solaz y recreamiento de sus habitantes, que correspondiese a su progreso y población. Sin embargo, en ese momento faltaban aún más de diez años para que los trabajos de hermoseamiento emprendidos por la

Asociación de Turismo y después por la Sociedad de Amigos del Arbol en colaboración con la ciudad toda lograran su fruto cuando en un esfuerzo final desde 1938 a 1944 ya el Cerro Ñielol pasó a ser la joya más preciada de la ciudad. Si bien es cierto que fueron muchos las personas e instituciones que estuvieron presentes en la larga tarea iniciada por el olvidado Valentín del Campo, las figuras de don Luis Picasso y don Cecilio Vargas representaron ante los ojos de la ciudad desde ese momento esta conquista inapreciable. En los días de Navidad de este último año el Cerro Ñielol convertido en Parque Nacional quedaba como un presente, y en él sus caminos, su Mirador y el Casino... más una serie de placas que quisieron dar un significado especial a algunos rincones y árboles cuya leyenda quizás si existió sólo en la enamorada fantasía creadora de quienes convirtieron un bosque intocado en público paseo.

Entretanto y desde fines de la década del 20 el cine ya constituía uno de los entretenimientos preferidos de la ciudad y existían varias salas de espectáculos que alternaban biógrafo, comedias y vaudevilles. En el mes de julio de 1926 Rogel Retes hacía su debut en la sala del teatro Temuco y en el cine, con el acompañamiento de una regia orquesta, Max Gluckmann presentaba "el extraordinario estreno de lujo... uno de aquellos dramas inolvidables que escriben sus páginas en el gran libro de la Humanidad" en la cinta **La Senda Solitaria** que protagonizaban la encantadora rubia Catalina Mac Donald y el galán Oliver Kadwell.

Entonces el teatro Tepper anunciaba también la "película extraordinaria, de lujo principesco," **Demasiadas Mujeres** con el galán Reginald Debry y otro teatro, el Central presentaba a la inolvidable Lily Damita, "la escultural bailarina de veinte abriles" en la película **El Juguete de París.** Al mismo tiempo un breve noticiario exhibía el match de box realizado en el Madison Square de Nueva York entre Phil Mac Grow y el chilenísimo Tani Loayza.

☆ *Teatro Temuco y calle Bulnes en 1930.-*

En 1927 había desaparecido el viejo teatro Edén y los demás cines seguían renovando febrilmente sus carteleras que ofrecían "la extraordinaria producción nacional" **La última trasnochada,** que relataba una "apacionante (sic) historia de amor" protagonizada por Pedro Siena y Adriana Morel con argumento dramático de Rafael Frontaura y producida por la Andes Films. Ese mismo año se proyectaba en el Tepper **La Quimera del Oro** y el teatro Paramount anunciaba **Esposas Prisioneras** "por la actriz ideal" Corina Griffith. Se advertía al público que esta era una película que constituía "una enérgica lección de vida y nobleza con la mujer como víctima de los celos".

El teatro Temuco exhibía **La vida es un charlestón.** ¿Cómo se las arreglaban para un charlestón en el cine mudo? Seguramente Williard Louis, Elena Costello e Irene Rich hacían fe en la destreza improvisatoria de los músicos de acompañamiento que toda sala debía tener para agregar una melodía incidental a la sucesión de imágenes y cuadros del argumento.

El cine chileno vivía días de gran espíritu creador y el Tepper proyectó entonces "la gran película chilena editada por la Casa Hans Frey con un cariño y corrección únicos dignos de todo elogio y protección", **"Todo por la Patria,** en la que actuaban María Padín, Raquel Guillen, Arturo Mario, Luis de Retana, Nicanor de la Sotta, Pedro Siena, Nemesio Martínez y ¡más de tres mil extras!

En algunas oportunidades las salas de cine incluían números vivos en sus programas, contratando barítonos, tenores o cantantes de cierta calidad y prestigio, como un tal Puccini que estuvo presente cuando se proyectó **El Jardín del Edén,** de nuestra ya conocida celebridad Corina Griffith y un noticiario filmado por la Heraldo Films que mostraba al público las dramáticas vistas del terremoto de Talca, de 1928. Ese mismo año surgían en la pantalla las figuras de Tom Mix, Buck Jones y Tarzán cuyo éxito fue rotundo, especialmente en el caso de los primeros que en sus luchas de jovencito y bandido mostraban escenas bastante familiares en la ciudad y la región. Los niños, y los grandes, conocieron además en esa oportunidad las gracias del Gato Félix, en los primeros dibujos animados.

Temuco, entre los cantantes que daban recitales, recibió a no mucho andar la visita de Blanca Hausser, vinculada por lazos familiares a una antigua y prestigiosa familia de la ciudad.

En estos cines, donde no se escuchaba la voz de los actores, existía un conjunto orquestal o un resuelto pianista que acompañaba las proyecciones con melodías que reflejaban el carácter de las escenas exhibidas en la pantalla. La cólera; violento y sombrío; el amor, suave y meloso; la alegría, indudablemente que con un festivo allegro y así, se exigía a estos músicos una destreza y capacidad de improvisación poco comunes. Parece, sin embargo, que todo este entusiasmo no había logrado la resolución de cumplir con los horarios en forma fiel, porque tanto el público como los empresarios actuaban por aproximación: unos llegaban tarde y otros, para iniciar la función esperaban que hubiera público suficiente. Mas, cuando había público suficiente para empezar y no se iniciaba la función, empezaban las protestas con un preludio de zapateos y rechiflas y con versos dedicados al empleado encargado de la máquina. Allí era cuando nuestros músicos tenían que enfrentar las furias desatadas con sus instrumentos y dedicarse a interpretar alguna melodía que tranquilizara los ánimos.

Otros conjuntos musicales acompañaban a la hora del té en la tradicional confitería **Ianisewki,** ubicada donde está hoy día el teatro Bulnes y que era el lugar de reunión preferido por la mocedad que escuchaba el fonógrafo o la orquesta en los aires de moda por los conjuntos de la época: los Anglopersians con el foxtrot **Dalila** y los Castellanos con el One Step **Gitana** o el Shimmy **Aguas Azules** mientras las cándidas damiselas de Temuco exhibían sus vestidos poco más arriba de la rodilla y una sospechosa palidez que era símbolo de una frágil distinción, obtenida gracias a la complicidad de los productos "Jazmín", que estaban preparados sobre "base científica para mantener el cutis indemne a la acción de los vientos y del sol".

En un programa de 1932, la Orquesta de la Confitería anunciaba la interpretación de varias piezas selectas y aires de moda: Marcha Militar de Schubert

Valse, de Popy
La Italiana en Argel, de Rossini
Minueto de Mozart
Condesa Maritza, de Kalmann
y Fantasía de Il Trovatore, de Verdi.

En los meses de primavera y verano, las fiestas, onces y paseos acudían a las acogedoras quintas ubicadas al norte de la ciudad, especialmente a la Quinta Pomona, donde las familias de entonces vieron nacer muchos amores juveniles bajo la paternal vigilancia de los adultos. ¡No fuera cosa que la tibieza de la brisa y el perfume de las flores provocasen algún desaguisado sentimental en medio del verdor de la campiña!

Entretanto, en el centro de la ciudad la Banda del Regimiento continuaba impertérrita sus retretas de la Plaza Pinto y sufriendo los desdenes del público que continuaba impávido frente a sus marciales estruendos. El hecho es que lentamente había ido perdiendo el favor popular lo que no impedía que continuase con espartana resolución, llevando sus instrumentos hasta el lugar acostumbrado, donde carecía de comodidades, de luz... y de público. Mientras ella interpretaba sus programas en tal abandono, los jóvenes parecían preferir "el tradicional paseo diario por la estrecha, incómoda y húmeda acera de la calle Bulnes entre las de Montt y Claro Solar, lejos de la música que se toca en la Plaza". El Comandante don Pedro Barros, francamente fastidiado por la indiferencia de todos, resolvió que la banda dejase de tocar su retreta; aunque años más tarde y cuando la Plaza tuvo cierto encanto, volvieron a tronar los bronces. Pero los jóvenes siguieron por alguna misteriosa razón que nadie acertaba —ni acierta— a explicarse en sus idas y venidas por esa misma cuadra.

Menos mal que los adultos y los niños no eran indiferentes a estas melodías y hasta hace poco, la "gente bien" paseaba por la acera poniente de la plaza, a la salida de la Catedral, y por el sector que enfrenta a la Banda y los otros por la acera que mira a la calle Bulnes.

La sociabilidad local tuvo también oportunidad de asistir a representaciones de algunas aceptables compañías de ópera, zarzuelas y variedades.

El teatro Temuco en los días aciagos de la crisis y del tifus —1930— presentaba a la Compañía Lírica Chilena bajo la dirección del maestro

Dante Betteo, con Berta de la Rivera, Mario Rojo, Aída Cipelli y Antonio Márquez en las obras **I Pagliacci** y **Cavallería Rusticana.** Por esos mismos días en el teatro Tepper, Herrero y Pulido con su compañía de Zarzuela y Operetas ofrecían al público **La Verbena de la Paloma** y **La Rosa del Azafrán,** con el primer actor Fernando Vallejos. Los precios eran los siguientes: Platea $ 6.60

Anfiteatro 3.30

Galería 2.00

Los espectáculos vivos, sin embargo, se vieron seriamente afectados por el renovado impacto del cine que periódicamente traía un nuevo y vigoroso estímulo a la imaginación de los espectadores en un siempre renovado conjunto de temas y personajes de fama. En 1930 aparecía en la pantalla la "genial, inquietante, sublima, única, sensual y divina Greta Garbo" acompañada en su papel estelar por John Gilbert, junto al cual interpretaba la película **Anna Karerina.**

Una nueva batalla victoriosa para conquistar al público fue dirigida por la Empresa Urrutia y Tepper cuando don Querubín Veloso inauguraba el teatro Real con su sistema sonoro que lo convertía en uno de los mejores de la región y que había significado una inversión de doscientos mil pesos.

El encanto de las cintas sonoras se conoció en Temuco con las películas **Inocentes de París** y **Casados en Hollywood,** por Norma Trevis y Harold Murray. En esa oportunidad, y como un agregado un noticiario exhibía algunas escenas en las cuales se podía oír hablar a Von Eckenner, comandante del dirigible Graff Zeppelin, y al nuevo líder del facismo italiano, Benito Mussolini. Los precios de este adelanto no eran excesivos si se les comparaba con los de fechas anteriores: Platea $ 2.50.-, Niños $ 1.60.-, Anfiteatro $ 1.10.-

Estimulado por el desafío, al cabo de tres años el teatro Central inauguraba también sus equipos sonoros con una fiesta social que constituyó el acontecimiento del día. Entonces se proyectó la cinta de la Paramount **El Signo de la Cruz** que interpretaron Frederic March, Elisa Landi, Charles Laughton y Claudette Colbert.

Nuevas estrellas inquietaban a los varones temucanos y sobre todo, una figura que entonces provocaba una apasionada admiración: la "bomba rubia", la platinada Jean Harlow. Las damas de entonces podían elegir entre Maurice Chevalier y sus canciones, o el "rudo galán" que se erigía en prototipo de virilidad, Clark Gable.

Curiosamente, en los mismos días en que el Partido Radical agitaba la cuestión del divorcio, el público del teatro Real tenía motivos para discutir con acalorados argumentos esta materia porque Jackie Cooper, en la película **Después del Divorcio** llenaba de tristeza los corazones femeninos al presentarse como "la víctima inocente, después del derrumbre del hogar, siempre sin culpa y siempre castigado. ¡El Hijo!"

En septiembre de 1933 un acontecimiento cultural hasta entonces desconocido vino a prestigiar la escena del Teatro Central, cuando la Orquesta Sinfónica de Santiago, con un lleno completo de sus aposentadurías, a pesar de los precios y bajo la dirección de Armando Carvajal, se detenía en nuestra ciudad con un programa de gran calidad, que incluía:

Beethoven, Séptima Sinfonía
Borkiewicks, Concierto para piano y orquesta
Debussy, Preludio para la siesta de un fauno
Albeniz, Triana
Wagner Obertura de Tanhausser

El solista en piano era Armando Palacios y el día 14 se repetía la presentación a pedido del público ofreciendo obras de Wagner, Grieg, Debussy y Rimsky Korsakoff. Tan exitosa acogida permitió que al año siguiente regresara a la ciudad, ahora con obras de Ricardo Strauss y Wagner, que no podían menos que despertar románticos ensueños y entusiastas sugerencias en la numerosa colonia alemana, que vibraba con Tanhausser y Los Nibelungos en los mismos días en que Adolfo Hitler reconstruía el Imperio.

Los precios habían sido los siguientes: Platea $ 10.50.
Balcón 5.50
Galería 2.40.-

En la sociabilidad local hay un hecho que, sin ser estrictamente de tono social, todos los años llega a comprometer profundamente a sus habitantes porque ha llegado a ser una tradición imprescindible de su convivencia. Al llegar los primeros días primaverales y los primeros cielos azules empiezan a prepararse los ánimos para el gran encuentro ciudadano, porque Temuco estima que el Invierno termina oficialmente cuando todos se preparan para **ir a la Sofo.** Así, a secas, "La Sofo". En doctrina la Sofo es una exposición agropecuaria, pero en el hecho es la gran cita de Temuco que en esos días renace en un ambiente de feria y alegría del cual es imposible sustraerse. La Sofo es el Carnaval, la Fiesta de la Primavera y la Gran Kermesse de la ciudad, que entonces exhibe sus mejores galas.

Antes que la Sociedad Cooperativa de Fomento Agrícola (Sofo) organizara las primeras exposiciones, en 1910 y con motivo del Centenario de la Independencia, hubo una Exposición de Animales y Productos de Fábricas, que exhibió en el recinto de La Recova, o mercado de entonces, una muestra de la economía regional que entonces enteraba su primer cuarto de siglo de desarrollo.

Al terminar la primera guerra mundial, y preparando el terreno para los duros días que se avecinaban, con certera visión del porvenir y dura pertinacia, el Agrónomo Provincial Ramón Olave unía y organizaba a los agricultores en la Sociedad Cooperativa que tan importante rol tendría en el desarrollo regional. Así, en 1919 ya era posible que Juan R. Cabezas y Francisco Duhart, junto a Ramón Olave organizaran la primera Exposición, que mostró las conquistas logradas y las posibilidades de mejoramiente agropecuario en la zona sur.

En esa oportunidad llamaron poderosamente la atención los productores Durham Shorton, de José Duhalde, y los nuevos ejemplares de selección traídos desde Frisia Oriental por Juan Schleyer, que desde 1895 venía vigilando la línea genética de sus overos colorados que tan reputado prestigio han dado, merecidamente a los criaderos de Santa Ana en Freire.

En el programa de festejos se incluían concursos de tractores, almuerzos y Banquete Oficial, Baile de Gala, Concierto en el Teatro Temuco, Conferencias sobre temas agrícolas, Concursos Hípicos, Partido de Polo, Campeonato Atlético y VOLACIONES que constituyeron la gran novedad, porque se trataba de demostraciones aeronáuticas a cargo de alguno de esos temerarios precursores de la aviación.

Infortunadamente, un repentino y violento temporal de viento y lluvia destruyó gran parte de las improvisadas instalaciones dispuestas para comodidad del público lo que desanimó su concurrencia y restó brillo al certamen.

Posteriormente, el año 1922 se hizo una exposición frutícola con muestras de Frutas, Semillas, Flores, Hortalizas y Apicultura. En esos días se formó en la Sociedad Cooperativa el Club Hípico de Temuco, institución que, si bien dio vida y animación a la ciudad con sus programas semanales de carreras y contribuyó al mejoramiento de los caballares, no tuvo existencia muy prolongada porque varios años con pérdidas en su ejercicio financiero resolvieron que se pusiera término a sus actividades en 1933.

Al acercarse la fecha del Cincuentenario de la ciudad, en 1929, y como un anticipo de esa efeméride, se preparó una exposición cuyo acto inaugural estuvo prestigiado por la asistencia del Presidente de la República don Carlos Ibáñez del Campo. Como de costumbre, y en lo que desde entonces amenaza con ser un contratiempo proverbial, una fuerte lluvia que no estaba contemplada en el programa amenazó con restar brillo a las ceremonias; pero, esta vez las instalaciones eran de mayor solidez y el público e invitados no perdieron su buen ánimo lo que permitió una exitosa exposición cuyo número especial fue la inauguración del servicio telefónico entre Santiago y Temuco. El primer llamado entre ambas ciudades lo hizo el Presidente Ibáñez, que sostuvo una conversación con el Intendente de Santiago señor Salas Romo.

Después de los ingratos días de la crisis y a partir de 1933 la Sofo inició su política de torneos anuales destinados a ofrecer un mercado permanente a los productores regionales y a la vez a facilitar el acceso a las maquinarias, abonos y manufacturas que el agricultor necesita.

Esta exposición se realizó los días 7 al 10 de diciembre y durante ellos el recinto de la Avenida Alemania mostró una animación extraordinaria llegando a adquirir un carácter propio, que ha mantenido hasta el día de hoy y que precisamente han sido su mejor carta de presentación en el afecto local. En esa ocasión empezó a formarse la ciudadela de Quioskos y "Stands" de las instituciones de bien social, que empezaron a vender toda clase de menestras en una sabrosa competencia culinaria, destinada a ofrecer a las visitas las más delicadas y estimulantes muestras de la cocina regional.

Ese mismo año, la Asociación de Turismo de Cautín y la Sociedad Caupolicán Defensora de La Araucanía presentaron un Pabellón Araucano y un partido de **Chuecas** entre **Arribanos** y **Abajinos.**

La vitalidad de la economía regional quedó demostrada también allí y casi como un agregado, que exhibió las siguientes actividades: Jabones y artículos de aseo de Francisco Krausse; Violines y Violoncellos, de los Gudenschawger de Villarrica; La Vidriería y Espejos de Atik; los Ara-

dos de Alberto Pohl, de Loncoche; la Sidra de Hochstetter, que venía precedida de una justa fama ganada en Primer Premio de la Exposición Internacional de Sevilla; Galletas de Giustacori; Leche Pasteurizada y Subproductos de la Cooperativa Agrícola Lechera de Cautín; el Banco Tejuelero de Moissan, la Fundición de Hoffman, las Maquinarias de Hamdorf, Cornelius y Cía. Un Pabellón de la Escuela Industrial y otro de la Asociación de Productores de Madera de Temuco mostrando un Banco Aserrador en funciones, etc. etc.

Deportes.— Las actividades deportivas también han estado presente a lo largo de la vida local. Naturalmente que en los primeros años no hubo tiempo para ellos y la actividad física podía resumirse en la obligada equitación de los colonos y soldados en su actividad diaria, o en los juegos de salón practicados en el recinto de los hoteles. Pero, al fundarse el Liceo de Hombres los recreos fueron testigo de entusiastas encuentros de fútbol entre los muchachos. Infortunadamente este sentimiento no fue compartido por sus maestros que veían en esa actividad un factor de indisciplina y una fuente de desórdenes incontrolables. Resuelto a poner atajo a esos desórdenes, el rector Plácido Briones hizo arar el patio del establecimiento, pero sus esfuerzos se estrellaron contra la decisión de la muchachada que fundó el Club Gimnástico. Pronto los liceanos del Gimnástico tuvieron sus primeros rivales en el Club Centenario escribiendo ambos equipos las primeras e inolvidables páginas en la cancha del Campo de Marte (calle Prieto) en la esquina de la Calle Ancha (más tarde Balmaceda).

En 1910, durante las festividades del Centenario de la Independencia este deporte conquistó el reconocimiento oficial al incluírselo en el programa una competencia con la participación de los deportivos "Manuel Rodríguez", "Temuco" Cóndor Chileno" y "Malvoa". El público, junto con aceptar este deporte empezó a definir sus simpatías por algunos equipos representativos distinguiéndose entre ellos al "Atlético Comercial", en el cual participaban los jóvenes Pedrito Dantiac, Carlos Greve y Carlos Heine. El rival más temido de ellos era el "Juvenil Obrero", Club popular que les enfrentaba con los hermanos Rojas, "Cachaña" Hernández y el "Ñato" Vega; verdaderos héroes de los ardorosos encuentros que tuvieron como escenario la Cancha del Bajo.

Una liga de Fútbol terminó por organizar competencias regularmente desde el año 1918 hasta nuestros días y en ellas la figura más representativa del Deportivo Liceo y el orgullo de los deportistas locales, ha sido indudablemente don Carlos Schneeberger, el más alto ejemplo de cabal deportista que la ciudad y la región han conocido y que, cuando vive sus setenta y cinco años de edad conserva la lozanía de su mocedad recordando aquellos días en que no se recibía dinero por practicar este deporte.

Ahora Temuco participa en el fútbol profesional después de haber hecho un airoso papel en la competencia de fútbol regional y en la Serie de Ascenso gracias a un convenio que oportunamente trajo a la ciudad al viejo club santiaguino del Green Cross, que salvó de una situación insostenible gracias a su fusión con el Club de Deportes Temuco, medida que trajo el profesionalismo a la zona Sur y que ha permitido disponer regularmente de este espectáculo deportivo en un Estadio Municipal que es uno de los orgullos de la ciudad y la región.

La actividad deportiva juvenil ha sido intensa y ha exigido a las autoridades innumerables sitios para desarrollar el deporte de sus preferencias. Así, muchos estadios abiertos y gimnasios cubiertos adornan los barrios y colegios locales.

Entre estos deportes, y rivalizando con el fútbol en las preferencias del público, se encuentra al básquetbol. También empezó a practicarse en los patios del Liceo de Hombres y después de las primeras demostraciones, realizadas en 1933, su desarrollo ha sido creciente al extremo de ser uno de los deportes que mejor ha representado a la ciudad en el orden nacional e internacional. No puede hablarse de él sin mencionar al Instituto San José, cuyo Gimnasio viejo fue el escenario de un Campeonato Nacional que provocó un enorme entusiasmo juvenil y abrió el generoso corazón de la ciudad que se enfrentó a la tarea de levantar el actual Gimnasio cubierto donde posteriormente se desarrollaron algunos encuentros del Campeonato Mundial de Basquet-Ball. Ese campeonato exhibió la mayoría de edad de Temuco en este deporte cuando allí surgieron las figuras de los hermanos Salvadores y del inquieto y nervioso Rufino Bernedo que, más tarde, en la Olimpiadas de Helsinki pulverizó la idea del gigantismo, al ser calificado como el mejor alero derecho del mundo y desesperación de los gigantes de otros equipos y otras naciones.

Club alemán de canto „Harmonía" - Temuc

La juventud, por otra parte, ha estado abierta a instituciones dedicadas a la actividad coral, como éstos que hemos rescatado del olvido y que alguna vez cantaron en una alegre trasnochadas de principios de siglo o en fiestas que entonces parecieron inolvidables. El Grupo Chopin, el Conjunto Palestrina, el Coro Santa Cecilia y la incansable y soñadora Lucía Hernández han sido los testimonios de esta vocación por el canto. A

veces, en las noches todavía se oye en el Club Alemán, el Coro que entona "Lily Marlene" y aires renanos tradicionales.

Hubo Fiestas de los Estudiantes que por alguna razón misteriosa florecieron en los días de crisis, de 1930, con hermosas soberanas y reinas por un día.

Del mismo modo, aunque no tan abierta al público porque tiene un carácter diferente, la Kermesse del Colegio Alemán reúne anualmente, en una sola noche de alegría y en medio de un ambiente de gran categoría a un público seleccionado, en una fiesta que es esperada por quienes han participado en ella y que ha logrado también adquirir un prestigio regional.

Entretenimientos y fiestas anuales, ocasionales o cita diaria de Temuco que vive a la luz del sol o bajo la lluvia que siempre es leal compañera de sus habitantes.

Hay, eso sí otras páginas que empiezan a escribirse cuando ya el sol ha dejado su lugar a la noche en lo que se ha dado en llamar "vida alegre". Ya en 1887 el primer periódico de la ciudad aludía a ella, cuando señalaba la necesidad de pensar "en los mansos dependientes del comercio" cuya sacrificada vida tras los mostradores exigía algún descanso para "estirar un poco las piernas y los huesos, buscando algunos **pichileos**". Estos pichileos parecen aludir a las actividades de algunas mozas amigas de juergas y no muy devotas, dispuestas a alegrar las vidas de aquellos "mansos" varones.

Una de las precursoras en el oficio de hacer que la vida fuera amable con los esforzados soldados, colonos y pioneros fue doña Pancrasia Soto, que trató de alegrar las solitarias y tenebrosas noches de Temuco en una fonda donde ofrecía fragantes sopaipillas y algo de música y canto gracias a sus sobrinas, que tocaban acordeón y guitarra en una choza de crujiente arquitectura que levantaba su silueta allí donde hoy día está el Banco del Estado.

Infortunadamente, para la dueña, las mozuelas parecen haber tenido algunas virtudes que les hicieron merecer la atención de un vecino que terminó por provocar un pequeño drama. Veamos qué nos cuenta uno de los protagonistas:

"Cuando la Pancrasia Soto estaba en su apogeo vinimos con algunos amigos desde el vecino fuerte de Freire a pasar el domingo en la casa de la Pancrasia. Habíamos mandado a hacer una cazuela con sus correspondientes sopaipillas cuando llegaron los milicos, rodean la casa y nos arrastran a todos, incluso al Capitán Rocha que andaba con nosotros. No sabíamos porqué se tomaban aquellas medidas en nuestra contra. Fuimos llevados al Cuartel y pasamos el "Cuarto de Bandera". El Comandante de la Guarnición era amigo mío y me preguntó porqué estaba allí. Le conté lo que pasaba y que no sabía los motivos. Fue grande mi sorpresa cuando, al ponerme en libertad inmediatamente, porque yo era medio paisano y medio militar, me contó que era por el robo de la "cabrita" de la Pancrasia, la nieta.

"Resulta pues, señor, que cuando la fiesta se estaba armando la mocosa desapareció como por encanto. Mucho tiempo después supimos el lío.

"Al lado de la Pancrasia vivía un carpintero norteamericano, creo que de apellido Wander, quien por encargo del Capitán Rocha hizo un cajón grande, lo pusieron en una carreta y Rocha se llevó la chiquilla para Collipulli. Era una manera de "matrimoniarse"... mientras sus amigos estaban en la capacha". (1)

En el año 1902, las autoridades ya tenían motivos de preocupación por las actividades que se desarrollaban en las esquinas cercanas al Cuartel de Policía, en las cercanías de la calle Pinto, donde se expendía licor en forma clandestina, se cantaba y se producían desórdenes descomunales, es de presumir que no tanto por el canto como por los encantos no muy gratuitos ni desinteresados de las mozas que allí atendían a nutrida clientela. Entre esos clientes nunca dejaban de contarse algunos soldados de la policía, cuyos militares arrestos y gallarda presencia quedaban a muy mal traer después de esas libaciones y encuentros, originando faltas contra la disciplina y participando en desórdenes que tenían vivamente preocupados a sus oficiales, a tal grado que el Libro de la Comandancia General de Armas indica que los "individuos de esa unidad cometían faltas que no se habían notado antes de instalarse esos chincheles".

Poco más tarde, en 1916, la vida airada alcanzaba ya cierta categoría y el profesorado del Liceo de Niñas reclamaba por la descarada conducta de algunas "niñas" que no eran precisamente alumnas de ese establecimiento, sino que eran pensionistas de doña Rosa Villagrán, regente de un prostíbulo ubicado en la vecindad del establecimiento, y por cuya puerta debían pasar forzosamente las colegialas que diariamente se veían obligadas a escuchar "las palabras deshonestas y mal intencionadas de las asiladas, que agregaban a sus discursos una serie de gestos y actitudes reñidos con la inocencia de las muchachitas".

No hay más informaciones sobre doña Rosa, aunque las vecindades del Liceo de Niñas durante muchos años no se destacaron precisamente por el afán de estudio existente en algunas casas cercanas. Pero de nuevo encontramos a las nocturnas amigas de desolados varones el año 1922 a propósito de las grandes inundaciones invernales del río Cautín, que las sorprendieron reinando en "La Isla del Regimiento" aproximadamente en las vecindades de lo que hoy es el barrio Pichi Cautín. Las calurosas trasnochadas en la isla tuvieron húmedo y frío epílogo para sus protagonistas cuando la furia fluvial dejó aislado el sector, debiendo las damnificadas ser rescatadas en medio de la noche como trémula doncella de mucho carabinero y soldado que hizo allí su buena obra llevándola a lomo de caballo hasta la salvadora orilla.

Después de algún arrepentimiento muy natural por esto que parecía ser "un castigo del cielo", parece que las riberas del Cautín dejaron de tener uno de sus atractivos más pintorescos y la ciudad se enfrentó a la dispersión de esta nocturna actividad, que, por otra parte varió sus actividades en diversas categorías. En año 1926 don Orlando Masson, Alcalde de Temuco, tuvo necesidad de desarrollar una campaña que culminó con un severo reglamento para las "Casas de Cena". Este reglamento en su artículo 6º exigía que esos establecimientos fueran precisamente para cenar en horas de deshora y no para recibir otras atenciones que no por

(1) Ricardo Galindo. *Memorias*, EL SUR de Concepción, 24 febrero de 1931.

poco digestibles dejaban de ser gratas al paladar del trasnochado temucano que llegaba a ellas. El artículo que nos preocupa exigía que "en el interior de los locales o edificios destinados a casas de cena", no pudiesen mantenerse salones de baile "ni mucho menos dormitorios o piezas para alojados".

En las cercanías de la Estación de Ferrocarriles, la "Calle de las Canoas" era el imperio del más descarado desenfreno. Parece que no era cosa de bromas aventurarse por la vereda de esa calle, desde donde acechaban en sucesivas ventanas sucesivas tentaciones al desaprensivo transeúnte que, a veces de buenas maneras y otras de malas, se introducía en aquellos antros pecaminosos para salir despojados de su dinero y de los restos de una improbable virtud, a cambio de las solícitas atenciones de las agresivas mozas allí vivientes.

En 1916, el regidor Samuel Díaz había denunciado en la Municipalidad que Temuco tenía una existencia de 2.300 cantinas que a juzgar por algunas estadísticas posteriores eran insuficientes para calmar la sed de los habitantes de la ciudad. Algunos años más adelante había ya una cantina por cada ochenta habitantes y un recuento hecho en 1934 señalaba que la ciudad consumía diariamente y a pesar de la crisis, la no despreciable suma de 15.000 litros de vino, sin contar licores. En desigual competencia, en esa misma fecha, el consumo de leche difícilmente se acercaba a los 3.000 litros diarios. En ese decenio pagaban su patente 452 cantinas en Temuco y en los caseríos de Coilaco y Padre Las Casas otras 24.

No todo habría de ser homenajes a Baco y a Venus en estos afanes. También Galeno tenía algo que decir frente a las consecuencias de tanta zamba. En efecto, el joven doctor Enrique Gaona, en el policlínico antivenéreo trataba de poner remedio a las consecuencias de estos afanes y en una entrevista a El Diario Austral declaraba que atendía a más de 850 personas y que tenía anotadas a 120 mujeres, de las cuales se controlaban semanalmente unas 70, existiendo un 80% de hembras clandestinas que eludían todo control sanitario.

Una ciudad prolífica en poetas no podía carecer de alguno que hubiese sentido el llamado de las musas en ese trasnochado ambiente y escribiera sobre sus detalles. El poético panegirista fue el vate Carlos Poblete cuyo primer y único recital provocó un escándalo de proporciones en el Salón de Actos del Liceo de Hombres cuando sus versos, de colores bastantes subidos y encendidas imágenes, que señalaron su "tendencia al más impropio de los erotismos" dejaron estupefactas a las señoritas y al público que reaccionó protestando por su poema "Ausencia Nocturna", pero que terminó por reclamar airadamente cuando el bardo le dedicó, después de la sorpresa unas rimadas "Cópulas" al auditorio.

Después, uno que otro escándalo alimenta los comentarios de los tranquilos vecinos que miran con extrañeza esos excesos que adornan la vida nocturna local. Siguen aderezando la trasnochada las mismas Casas de Cena y en cuanto a otros sitios que no disimulan un carácter más pecaminoso, hay un "Palacio del Cristal" que de palacio y de cristal no tiene más que las palabras del letrero en venal y maloliente vecindad; un "ermitaño" muy poco ascético, con criollas vestales de tarifados ritos y otros centros de diversión donde ingenuas frívolas exhiben una desnudez que pone a prueba la virtud de los concurrentes, aunque la virtud que debe

resistir esos embates es la Caridad, ya que la Castidad no corre peligro alguno.

Finalmente, "El Huevito", o "El Chépica" fueron hasta no hace mucho tiempo animada tertulia semanal donde se reunían conscriptos y jóvenes que ensayaban sus armas en animada estrategia de conquista sabatina. Trinchera de proletarios amores repentinos, que el aire fresco del amanecer disipaba despiadado. Desaparecieron cuando el progreso exigió abrir allí una brecha para el camino Longitudinal y ahora esos lances se libran en pícaros locales de Padre Las Casas, que revive un poco las sospechosas actividades que en sus primeros años de vida le significaron el sugestivo nombre de Villa Alegre.

● ☆ ●

Capítulo IV – Los desheredados de la Frontera, horas de prueba

- ☆ **El Hospital de Caridad, Meicos y Curanderas.**
- ☆ **La miseria, la crisis y el tifus.**
- ☆ **Inestabilidad social, Rebelión de Ranquil.**
- ☆ **El gran incendio de 1908.**
- ☆ **¿Progreso o Desarrollo?**
- ☆ **La gran inundación de 1922.**
- ☆ **Erupciones volcánicas e incendios de bosques.**
- ☆ **Terremoto de 1960.**

No todos los que llegaron a La Frontera hicieron fortuna en ella y es evidente que la gran mayoría terminó vencido y arrinconado en la miseria, el alcohol, el barrial periférico, la ignorancia, la enfermedad y las supersticiones. Sin duda que algunas veces explotaba su sorda rebeldía, pero incluso allí tuvo la suerte del vencido; a veces por el fusil, otras por el asesinato, por los tinterillos o por su propia incapacidad que apenas si había sido un estímulo para hacerlos llegar hasta aquí, pero que no alcanzó a significar energías suficientes como para permitirles triunfar. Ocasiones hubo en que cuando el éxito parecía estar al alcance de la mano, un asalto, un crimen o un incendio terminaban con años de esfuerzo y sacrificio que les hicieron engrosar la larga y ancha multitud de los desheredados de La Frontera.

Los desheredados muchas veces unieron a su desesperación una constante amenaza dispuesta a ofrecer la violencia a la violencia con una temible silueta que siempre estuvo a las puertas de la ciudad, o rodeándola con un brazo silencioso y maloliente que ha ido creciendo día a día y que ocasionalmente llega a inquietar los ánimos de los que triunfaron. Sus próceres son esquemas de personas, que aparecen como relámpagos, hieren y caen. Fue la guerrilla sin doctrina del cuatrero que controla desfiladeros, amo y señor del miedo, y la implacable y cruel desesperación de los comuneros de Lonquimay y Ranquil que cayeron vencidos en medio de la nieve del Alto Bío Bío para llegar derrotados y silenciosos a esta ciudad que los juzgó. Es la multitud que va pasando de una generación a otra, sucesivas esperanzas que renacen porfiadamente tras cada promesa en sucesivas revoluciones que jamás se hacen.

La enfermedad, la ignorancia, la cesantía y el salario insuficiente son su patrimonio, y ello constituye una página de esta historia. Cierto es que no es una página agradable, ni tiene porqué serlo, pero no es lícito prescindirla.

Los primeros rebeldes son aquellos indígenas que fueron los últimos de su raza en defender sus tierras empuñando las armas o murieron en los encuentros con la fuerza "pacificadora", o cayeron prisioneros para ser pasados por las armas tras sumario juicio que precedía a su ejecución en un barranco existente junto a un molino, en la bajada a la isla del Pichi Cautín un poco al oriente del cuartel del Regimiento.

Terminaron vencidos, aunque su gesto les significó mantener la propiedad de las tierras que rodean a Temuco como un cinturón agrario de irreductible personalidad aborigen. "Cinturón maldito" para muchos que desearían apropiárselo, pero último refugio de un pueblo empecinado que allí refugia su pobreza y rasguña una mísera cosecha que alimenta su hambre de todos los años.

Miseria y hambre son sinónimo de enfermedad y ya hemos visto como epidemias de viruelas y cólera devastaron la ciudad en los años del fin de siglo. Cada diez años el alma de los míseros se estremece a lo largo de la historia de la ciudad, llena de aprensiones cuando se deja oír la conseja: "floreció la quila" como un sinónimo de ruina y muerte.

Los pobres de La Frontera, cuando se sentían morir, o cuando habían perdido las esperanzas, se venían —y aún vienen— a la ciudad para buscar remedio a sus dolencias o una esperanza a su miseria. Pero con razón terminaron por suponer que al hospital se venía sólo a morir porque allí era difícil encontrar remedio a sus dolencias.

Cuando corría el año 1916, es decir al cumplir la ciudad sus 35 años, el Hospital de Caridad tenía sólo 35 camas para hombres y 17 camas para mujeres. Temuco alcanzaba a 16.000 habitantes y en ese plazo, al término de esas dos epidemias podía advertirse que sólo había una cama por cada 350 habitantes.

Con razón, diez años más tarde la mortalidad infantil alcanzaba niveles alarmantes porque el 10 de julio se contabilizaban 825 nacimientos y 725 defunciones, de las cuales 434 correspondían a menores

de 7 años. Esto exigía mejorar las condiciones sanitarias de la ciudad y se empezó a exigir la construcción de un Hospital Regional, que a pesar de la urgencia pudo ver su primera piedra algún tiempo después, el 13 de octubre de 1929. Solemne oportunidad que contó con la presencia del Intendente René Reyes, el Obispo Contardo, y el alcalde Eduardo Solano y todas las autoridades locales.

Ese año fue auspicioso para el progreso de la salubridad porque se tomaron algunas medidas que permitían encarar futuras estadísticas con cierto optimismo. Especialmente la terminación de los trabajos de alcantarillado público y la clausura definitiva de un servicio particular que servía en forma deficiente sólo algunas calles del centro hacía unos 15 años y porque la red de agua potable se extendía a los alejados barrios de Pedro de Valdivia, Avenida Alemania, Blanco, Freire, Ziem, Patzke y Maquehua.

No obstante, conspiraban contra estos progresos muchas costumbres populares de largo arraigo regional y en los barrios alejados seguían imponiendo su señorío pintorescos procedimientos nacidos de la "fe" en "meicos" y curanderas de evidente raigambre indígena.

Uno de estos "meicos" que gozaba de indiscutible prestigio en el apartado barrio de Pueblo Nuevo, recitaba la siguiente pócima a los dolientes que llegaban hasta su consultorio:

"Toma para Cotipao"

"Un gómito, un puño de hoja de quilo, un puño de lo verde del culén, un cadejo de cancahue, tres cogollos de toronjil, tomado con agua tibia. Unas fletaciones de pomá de rosa, unas solveciones, tres cogollos de apio, un pedacito de culle, tres cogollos de llogue, polvos de cebadilla y leche de gente".

Y bien, con tan drástico tratamiento que empezaba nada menos que con un "gómito" el doliente no tenía casi alternativa. O se sanaba...o se moría. Pero indudablemente que el "cotipao" pasaba a tener importancia secundaria en su cuadro clínico ya que por lo menos se moriría de otra cosa.

En otros aspectos, todavía el año 1932 no había una Maternidad y diariamente el hospital debía rechazar decenas de casos que, naturalmente irían a caer en las diestras manos de alguna partera. En la ciudad este aspecto era deprimente porque mostraba cuadros de miseria, enfermedad y muerte. El Diario Austral, cuando comentaba esta situación resolvía abrir una erogación popular que la ciudad engrosó día a día hasta enterar la suma de treinta y cinco mil pesos, que correspondían al valor de 50 camas que faltaban en el Hospital y de las cuales se destinaron 20 a la Maternidad. Por fin, el 9 de diciembre de 1933 una niña llegaba al mundo en esa flamante sección. Fue María Clarisa de la Inmaculada Concepción, hija de los campesinos de Quepe Luis Carvallo y Filomena Caamaño.

Breve respiro y amable intervalo porque ya en esos años, junto con la crisis y la revolución socialista, el tifus se había convertido en el compañero inseparable de los pobres y la cesantía hacía estragos en sus filas empujándoles a los albergues donde recibían una mísera ración que les permitiera subsistir. En 1932 el número de cesantes au-

mentaba de dos mil a nueve mil siendo atendidos en los albergues de la calle Pinto, Balmaceda, Claro Solar y en la Providencia. Allí recibían al llegar el mes de septiembre, y cuando los ánimos se preparaban para la próxima elección presidencial:

Ración diaria: Carne, 50 gramos.- Papas o zapallo, 130 gramos.- Porotos, 100 gramos.- Chuchoca, 40 gramos.- Grasa, 10 gramos.- Sal, 10 gramos.- Ají, 2 gramos.

No es de extrañar que la violencia se hiciera presente de nuevo en los campos y en los arrabales urbanos escuchándose en las noches, y más de una vez tiroteos entre Carabineros y Cuatreros en los quilantales de La Isla y en las poblaciones ribereñas. En 1933, y sin alejarse mucho del centro de la ciudad, 200 desesperados asaltaron la bodega de don José Miguel Cerda en la calle Pinto apoderándose de varios sacos de porotos, que a pesar de la diligencia con que actuó la policía nunca se recuperaron, aunque su destino no era difícil suponer.

Los precios aumentaban desenfrenadamente en ese clima de absoluta inseguridad social y la prensa local protestaba porque "la carestía de la vida ha llegado a límites inauditos". Veamos algunos casos: Un Departamento con luz y agua en el centro de la ciudad, valía $ 162. Los cien kilos de frejoles habían subido de $ 63 a $ 95 y los garbanzos de $ 50 a $ 65; el quintal y el saco de papas de $ 13 a $ 49.

Evidentemente existían sobradas razones para que el descontento se expresara de distintos modos y que en algunos casos se superara la simple protesta desenfrenada buscando otros vehículos de lucha, sustentando principios profundos o intuiciones más serias. Desde los últimos años de la década del 20, existieron en Temuco movimientos de vocación sindicalista como los sindicatos blancos inspirados por los cristianos y con fuerte apoyo indígena, o con la propaganda del Obispo Silva Santiago, que inició un vigoroso esfuerzo de divulgación de las Encíclicas **Rerum Novarum** y **Quadragésimo Anno.** Llamó poderosamente la atención de la ciudad que estos esfuerzos culminaran en 1938 —época de intensas luchas populares— con una inmensa asamblea de Obreros Católicos, donde 500 trabajadores recibieron la esmerada oratoria de los jóvenes dirigentes Pedro Lucero y Santiago Cáceres que realzaban la memoria de León XIII y Pío XI.

Después el Vicario General, Monseñor Alvear presidió un impresionante almuerzo popular cuyos pormenores "transcurrieron en un ambiente de franca camaradería ante los delegados, caballeros y obreros presentes" (1).

El peligro comunista aparecía como cosa viva ante los ojos de los satisfechos que no podían mirar con tranquilidad la creciente marea de protesta social y las autoridades estaban preocupadas por "el mal ejemplo brindado por la revolución soviética" lo que les hacía realizar algunas batidas policiales para reprimir cualquiera manifestación sospechosa de simpatías por esa causa. Entre los que recibieron la visita de carabineros, estuvo el hojalatero José Arroyo, que había tenido la debilidad de expresar sus inclinaciones marxistas bautizando a su

(1) Anuario Católico de la Diócesis de San José de Temuco, 1938.

negocio con el nombre de "El Soviet". Se le comunicó que "debía suprimir el letrerito" y le dieron aviso de que en Moscú lo necesitaban de modo "que fuera preparando sus maletitas".

Los comunistas parecían no contar con ninguna simpatía en ciertos medios cultos, ya que en 1929 un periodista de El Diario Austral daba la siguiente noticia: "Policías y comunistas libran una batalla en la que resultan varios facinerosos heridos. Entre los policías hubo sólo tres magullados".

Curiosamente, las figuras más populares en la tradición de la ciudad no han sido las de sus luchadores sociales y quienes han merecido un recuerdo más constante han sido aquellos tipos que enfrentaron el infortunio con buen humor y desdeñoso gesto hacia quienes no participaron de su pobreza, un poco burlándose de sí mismos y otro poco con cierta dignidad distante que no tolera la intromisión de extraños en su mundo. Entre estos prototipos, uno de los que más honda huella dejara en el afecto popular fue el carretonero y cargador del Mercado y la Estación ferroviaria, Lagos Martínez. Recia figura de varón, ingenioso y de un carácter vivo y alegre que recorría las calles en su carromato, siempre con alguna canción en los labios. No lo venció ni la miseria ni el tifus sino que una puñalada recibida el 17 de diciembre de 1933 en una riña a cuchillos con dos compañeros de infortunio "El Cotipao" y "El Rey de Bastos".

Había muerto el "Jeta de Causeo", nombre por el cual era conocido en todos los hogares humildes de la ciudad que de un modo u otro se las ingeniaron para organizarle uno de los "velorios" más criollos que se recuerdan, con abundantes brindis en recuerdo del difunto. Al día siguiente el finado recibió la más impresionante demostración de afecto popular porque un emocionado cortejo de 67 carretones llenos de trasnochados amigos y compañeros, comadres y vecinas, le acompañaba al camposanto. Allí la emoción de la concurrencia se expresó en una competencia oratoria donde todos los gremios empezaron a exaltar la memoria del occiso y en el momento de recordar sus méritos una y otra salva de aplausos señalaba el consentimiento de la multitud, o una carcajada general servía como punto final al relato de alguna de sus aventuras.

Otros harapos humanos han reemplazado al "Jeta de Causeo", porque parece que en las ciudades chilenas debe haber una figura grotesca en la cual el pueblo se caricaturiza a sí mismo. Hasta hace pocos años recorrieron las calles de la ciudad "La Eléutrica" y "El Cayena", que con un burlesco e injurioso buen humor desafiaban la paciencia del vecindario aunque alguna mañana y después de haber llevado cada uno solitaria vida alimentándose de los desperdicios del mercado, amanecieron unidos en particular matrimonio que entibiaba sus ateridos huesos en cualquier rincón alumbrado por el sol naciente en una increíble muestra de ternura y piojos.

La ciudad, sin embargo, ha procurado defenderse proponiendo medidas que permitan terminar con estas lacras y a raíz de la epidemia de tifus exantemático se creó una Casa de Limpieza con baños públicos, pero los resultados fueron muy poco alentadores ya que en el mes de mayo sólo concurrieron a hacer uso de ellos tres mil seiscientos ochen-

ta y siete personas. ¡De cada diez temucanos, sólo uno se bañaba! o al menos hacía uso de ese servicio.

La epidemia no exhibía signos de detenerse, sólo en la cárcel había 24 casos y el Hospital no daba abasto para atender el flagelo, a pesar de haber destinado dos salas y 120 camas sólo para los contagiados. Desde todos los rincones de la provincia llegaban permanentemente nuevas noticias y por ello se tomaron nuevas y urgentes medidas de emergencia como clausura de templos, prohibición de espectáculos públicos, reuniones sociales, comicios y bailes. Incluso, con un criterio de clase muy particular, la autoridad sanitaria y los jefes de ferrocarriles empezaron a exigir un certificado de vacuna a los pasajeros que viajasen en Tercera Clase. Un editorial de El Diario Austral entonces se preguntaba si acaso era posible que un tipo desaseado viajase en Primera Clase sin exhibir su papel de vacuna porque a todas luces esa medida, en la forma que estaba dispuesta no dejaba de ser discriminatoria.

Por supuesto que la epidemia no discriminaba ni parecía respetar situación social, rango ni privilegios porque entre sus víctimas cayó el antiguo y digno vecino don Carlos Massmann Hull.

El último capítulo de estos días de inquietud e inestabilidad social se escribió a fines de junio de 1934 cuando un hecho imprevisto, pero explicable sacudió a la ciudad a través de una noticia estremecedora: un grupo de campesinos armados había iniciado un movimiento revolucionario en los campos del Alto Bío Bío y conducidos por un aguerrido grupo de dirigentes controlaban la situación. El grupo insurgente se había reunido en Quilleime, Ranquil, bajo la férrea dirección de Juan Leiva Tapia, los hermanos Simón y Benito Sagredo y "un tal" Alarcón y desde el primer momento, según el proceso, no ocultaron su intención de apoderarse de las tierras y eliminar a la burguesía, provocando una guerra civil que culminase con un cambio de régimen. Varios asaltos y saqueos a mano armada, y en pleno invierno les hicieron dueños de la situación en esas apartadas regiones. Las fuerzas de Carabineros fueron incapaces en el primer momento de enfrentar los hechos y los guerrilleros procedieron sin contemplaciones de ninguna especie, llegando a excesos que mostraron su resolución de estar dispuestos a todo.

Panfletos y manifiestos sediciosos que empezaron a circular en la zona, y algunas advertencias amenazadoras de una huelga revolucionaria, más las noticias de un movimiento solidario de los universitarios, en apoyo de los rebeldes, apresuraron las medidas policiales que no sin duros esfuerzos y en rápida y sacrificada campaña lograron dominarlos. Nunca se supo con claridad cuantos muertos hubo en las refriegas, y el río Bío Bío, en Mulchén, en Santa Bárbara y otros lugares de su curso arrojaba los restos de algunos de esos últimos e infortunados rebeldes. Los sobrevivientes llegaron a Temuco a mediados de julio y toda la ciudad se despobló para ir a la Estación de Ferrocarriles no para esperarlos a ellos, sino que para mirarlos atemorizada. La tropa de Carabineros, en cambio, fue objeto de una calurosa recepción y de manifestaciones de gratitud que se tradujeron en una generosa contribución de dinero para los familiares de aquellos que habían caído en los encuentros en la montaña de Lonquimay.

Los jefes del conato revolucionario nunca se encontraron y sus compañeros al cabo de un año de prisión y después de un prolongado proceso, pudieron gozar de una ley de amnistía que les permitió retornar a sus soledades montañesas vencidos y con la triste experiencia de una ciudad que fue ajena a sus luchas. Al paso de los años, sin embargo, aún es difícil emitir un juicio sobre esta aventura, pero debido a su interés reproduciremos parte del proceso que permitió favorecerlos con la libertad:

> "si se tiene en consideración que el conato revolucionario que ha originado este proceso tuvo como finalidad principal la de derrocar el gobierno legalmente constituido y de instaurar otro en su lugar, que respondiera al régimen comunista, preconizado por Leiva Tapia y los demás cabecillas del movimiento, como se desprende de las declaraciones de gran parte de las personas aludidas y de las proclamas profusamente repartidas que corren en el cuaderno caratulado: "contra Reginio Godoy Ortega por circulación de impresos subversivos" en que se incita a la huelga y a la revuelta, como medios adecuados para llegar a implantar el gobierno de los obreros, campesinos y soldados; como se deduce también de la exteriorización de esos mismos propósitos, claramente expuestos por el nombrado Leiva Tapia, por Alarcón y por Sagredo, promotores del movimiento en la reunión celebrada en Quilleime el 26 de junio en que se anunció a los circunstantes que la revolución había estallado en todo el país y que el Presidente de la República había abandonado su cargo se planeó el ataque a las pulperías y casas de la zona del Alto Bío Bío y se llegó a la organización de un comando o poder rudimentario, que se arrogó facultades ejecutivas y en cierto modo judiciales según se infiere en la declaración dada por Jorge Valderrama González y que jerarquizó militarmente la dirección revolucionaria, es forzoso inclinarse a reconocer que los homicidios, robos con violencia en las personas y demás desmanes cometidos por los revoltosos, obedeciendo órdenes o sugestiones impartidas por los caudillos, fueron los arbitrios que los subversivos emplearon para conseguir el objetivo ya expresado de procurar un cambio de gobierno pues con ello se trata indudablemente de infundir pánico y terror en la comarca, de aniquilar inmediatamente a los posibles antagonistas más próximos, de suprimir en germen y por sorpresa toda resistencia que pudieran organizar los elementos de orden, de ocupar los lugares más estratégicos y más espectables y de conseguir provisiones para abastecer, avituallar y armar a las bandas o tropa improvisada por los facciosos.
>
> 8º Que para establecer sus características no tiene influencia decisiva determinar si los robos con violencia en las personas perpetrados en el fundo "Contraco" y en las pulperías de Zolezzi, Frau y Ackermann, y el homicidio del carabinero Bascuñán Rodríguez fueron o no absolutamente indispensables para el desarrollo de la sublevación y para los objetivos perseguidos en la revuelta comunista de Ranquil, porque es innegable, y así lo demuestran los datos que arroja el proceso, que esos hechos delictuosos se cometieron con ocasión del alzamiento y dentro

de las directivas de sus jefes para la consecusión del fin colectivo que se proponían los insurrectos, mientras los revolucionarios actuaban en el movimiento subversivo y no habían sido dominados por las fuerzas legales; y esto lo corrobora también la ausencia de antecedentes que acrediten de una manera fehaciente y permitan sostener que los delincuentes, o sea los actuales reos Valenzuela Sagredo, Ortiz Salgado, Orellana Barrera, Ortiz Escobar, Pino Valdebenito y Cartes Jara al participar en esos delitos en las condiciones expresadas en los fundamentos del fallo recurrido hubieran sido impulsados por móviles de odio, rencor, venganza, lucro, codicia, o simplemente egoísmo personal. En ninguno de esos actos vandálicos, depredaciones o de violencia contra las personas se descubre uno solo en que los procesados hubieran obrado por su propia cuenta, independientemente de los demás insurgentes y con miras a un medro personal y ajeno a las finalidades revolucionarias. La única excepción que podría invocarse en contrario sería la del reo Juan Orellana Barrera quien, según las declaraciones de Luisa Seguel Figueroa...y de Sofía Cisternas Ramírez...en unión de otros individuos sacó el dinero de donde Zolezzi lo guardaba, manifestando que eso era lo único que él quería, pero dicho reo, al reconocer la efectividad del hecho de su declaración expone que hizo entrega de ese dinero ascendiente a doscientos pesos, al cabecilla Juan Leiva Tapia quien le dijo que se necesitaba para enviar un delegado fuera de la región; y esto contribuye a confirmar la tesis sustentada más arriba y siendo así no es lícito atribuír la calidad de delitos "particulares" a esos actos que fueron la materialización de la revuelta y que no obedecieron a objetivos individuales, que es la característica inherente a los delitos comunes, arguyendo para ello que esos hechos no fueron absolutamente necesarios para la sublevación.

9º que a lo anterior puede agregarse que desaparecieron los jefes de la insurrección, Leiva Tapia, Alarcón y los hermanos Sagredo, quienes según las actuaciones del proceso referentes a la gestación y desarrollo del movimiento subversivo — fueron hasta los últimos momentos de la revuelta los más firmes sostenedores de ella y los que aparecían como los caudillos más decididos en cuanto delito participaban, ninguno de los cuales ha sido habido, ya sea porque fueron muertos o porque se fugaron cuando las fuerzas de Carabineros llegaron hasta el teatro de los sucesos y sometieron a los rebeldes, se presenta la dificultad insalvable de poder determinar hasta que punto los atentados contra las personas y contra la propiedad cometidos por los sublevados fueron necesarios o inútiles para los fines revolucionarios y hasta donde esas depredaciones y actos de violencia se encuadraron dentro de los planes y propósitos de los dirigentes comunistas o se extralimitaron de las finalidades que los cabecillas se propusieron y que quisieron concretar en hechos materiales para conseguir la realización de sus objetivos sediciosos y de exterminio.

10º Que además existe constancia en los antecedentes reunidos acerca de que los principales caudillos actuaron personal y directamente en algunos de los hechos delictuosos y que también

participaron los reos acusados por el ministerio público y condenados con el fallo de primera instancia, lo cual viene a corroborar la tesis que se está sosteniendo en el sentido de que esos delitos estuvieron comprendidos dentro de las finalidades del alzamiento comunista".

¿Hubo una finalidad política abortada? Los antecedentes del proceso que se ha citado parecen comprobarlo hasta la saciedad, pero para obtener que los campesinos fuesen beneficiados con una Ley de Amnistía política era imprescindible demostrar que ese levantamiento había tenido ese carácter y así lo demostró brillantemente el abogado Picasso; sin embargo, no sería aquella la primera vez que un hombre de leyes busca la hebra torcida para desmadejar un tejido y en el hecho los rebeldes de Lonquimay tenían otros motivos para llevar su desesperación a esos excesos dramáticos; especialmente la apropiación de sus tierras por algunos terratenientes y los abusos que con ellos cometían los dueños de las pulperías. Años más tarde, algunos de ellos conversaban con un ex miliciano y le decían que habían errado su camino y que su principal error había sido enfrentar a los Carabineros.

FUEGO Y NIEVE. LLAMAS Y LLUVIAS

Una ciudad, bien se ve, trasciende su límite urbano y frecuentemente debe hacerse solidaria de hechos que ocurren más allá de su horizonte geográfico. Si en lo humano han existido sucesos que la han hecho estremecerse, forjando su personalidad, en el escenario regional que le es propio, la naturaleza ha hecho lo suyo templándola como se forjan los aceros, entre el fuego y el agua. La lluvia, la inundación, los incendios forestales y a lo lejos la fría silueta de los gallardos volcanes que cada cierto tiempo vomitan un infierno de llamas y rocas donde sale ardiendo la entraña de la tierra.

Como una advertencia, cuando la ciudad nacía el volcán Llaima se mostraba amenazante con gruesas columnas de humo que mostraban su latente peligro.

☆ *Erupción volcánica y restos de bosque quemado.-*

En 1886 y seguramente porque había otras cosas que preocupaban más intensamente a los pioneros, ese peligro se veía muy lejano. En 1927 nuevos estremecimientos de la tierra y ahora sí que la erupción logró preocupar los ánimos porque en el mes de abril expulsaba lava, piedras y cenizas con un impresionante espectáculo de relámpagos, llamaradas y fuertes ruidos subterráneos. Seis años más tarde se iniciaba el año con una intensa actividad eruptiva: en los primeros días de 1933 se inicia para alcanzar su máxima violencia a mediados del mes. El Llaima venía mostrando signos de inquietud desde el año anterior y ahora le acompañaba el volcán Lonquimay expulsando ambos gruesas columnas de espeso humo que oscurecían el horizonte y hacían caer un manto de ceniza que iba cubriéndolo todo. Un calor insoportable llenaba de temor y angustia los pueblos cordilleranos y para completar el cuadro, el aire recalentado provocó una espectacular tormenta eléctrica y una granizada que cubrió los cielos de toda la región, incluso hasta los sectores de la costa. Después una avalancha de lodo y arena con más de veinte metros de altura avanzó por las quebradas arrasando a su paso todo cuanto se le opuso, y cubriendo los campos labrantíos con millones de toneladas de escombros que señalaban a los colonos de Truful Truful y Llaima la temeridad de sus esfuerzos en esos sitios y la precariedad de su dominio frente a las fuerzas de la naturaleza.

Nuevamente en 1957 el mismo espectáculo y la fuga de los hombres, para regresar una vez que los estremecimientos de la tierra se han tranquilizado en un paréntesis que se sabe transitorio. Y allí está la montaña con una nubecilla que a veces es blanca, otras azulada y otras de un gris oscuro sobre la blanca nieve y quienes se detienen a mirar este centinela de la ciudad saben que tarde o temprano se desencadenará un infierno de rocas llameantes que cada cierto tiempo escriben una temible página de la historia de Temuco.

Otro de los compañeros inseparables de la ciudad que ha escrito sus propias páginas de desolación es el fuego de los incendios. Entre ellos hay uno que no puede olvidarse y es el Gran Incendio de 1908. El fuego ha sido siempre un enemigo escondido de las ciudades del sur del país. Sus casas de madera no pueden evitar que la reseca estructura se estremezca en los breves días calurosos del verano y una prolongada sequía es casi siempre la antesala de la tragedia. En 1908 la experiencia de años anteriores había hecho que la ciudad contase con varias compañías de Bomberos voluntarios que ese año tendrían su peor prueba de fuego.

¿Cuándo nació el Cuerpo de Bomberos de Temuco? Realmente no se sabe con certeza y los mismos voluntarios no han querido presumir de esta efeméride haciendo uso del merecido honor de haber sido los primeros en estas tareas voluntarias que con tanto sacrificio y generosidad enorgullecen a nuestra Patria.

Respetando la opinión de ellos mismos, podría decirse que a fines del siglo XIX se comprendió la necesidad de organizar el Cuerpo de Bomberos y adquirir los primeros elementos para luchar contra los incendios "que lamentablemente estaban sucediendo con suma frecuencia en la ciudad", se acordó con el Acta levantada en la sesión a que

☆ *Folleto impreso por la 3ª Compañía de Bomberos en 1901.-*

había invitado el Alcalde Pedro Lagos y a la cual habían concurrido vecinos y comerciantes de ella.

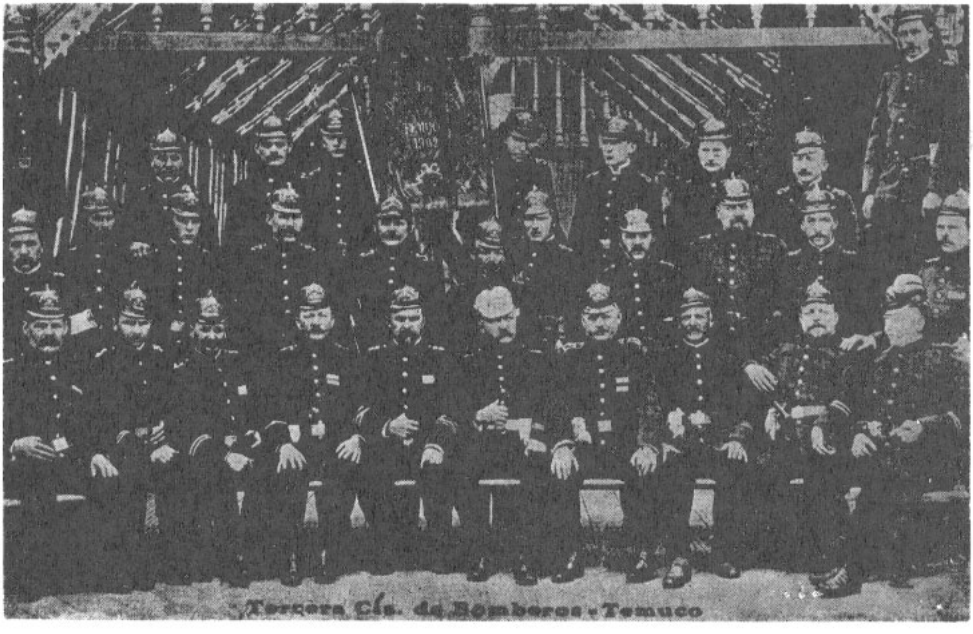
Esta reunión, patrocinada por la Ilustre Municipalidad se realizó el 18 de febrero de 1899 y en el mes de junio se organizaba la Bomba Alemana que pronto contó con algunos materiales y una Banda de músicos, cuyos conciertos permitieron reunir algunos fondos para adquirir más elementos de trabajo. Casi al mismo tiempo se organizaba la I Compañía, el 22 de julio de 1900. Sus integrantes fueron:

BOMBA ALEMANA:

Luis Westermeyer
Enrique Abel
Paul Jensen
Francisco Hebert
Eduardo Menzel
Jorge Vollers.

PRIMERA COMPAÑIA:

Juan Bautista Taito
Juan Bautista Duhart
Juan Aguila
Juan Echevers
Domingo Ibacache

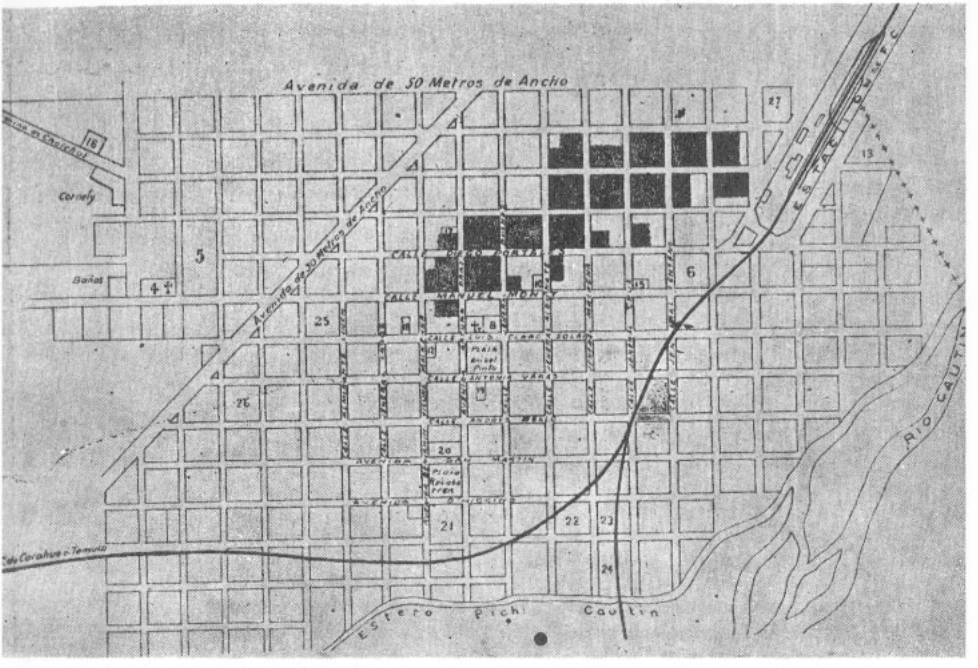


El primer carro fue donado por don José Dellinger en 1904 y la primera Bomba a Vapor fue "La Penquista", adquirida en Concepción por la 3ª Compañía en $ 5.000 el 5 de abril de 1907.

Al año siguiente sería sometida a duro esfuerzo por el gran incendio de la ciudad.

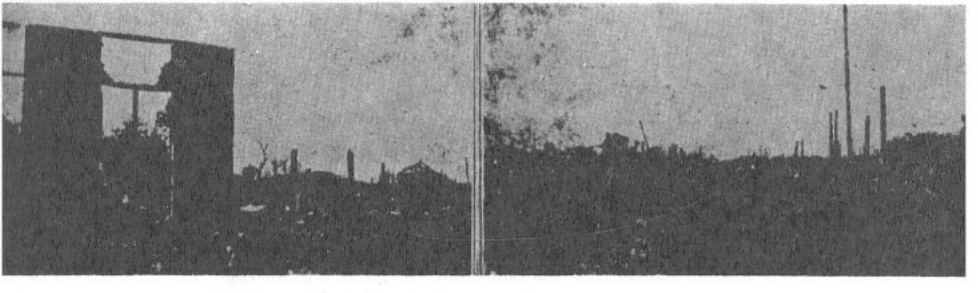
Remitámonos a las páginas de la revista Zig-Zag, que publicaron un completo reportaje del siniestro:

"INCENDIO DE TEMUCO"



★ Plano de la ciudad de Temuco.— La parte marcada de negro corresponde a la incendiada

La floreciente ciudad de Temuco, de la cual hace algún tiempo dimos una serie de vistas fotográficas interesantísimas, ha estado a punto de ser totalmente destruída por un incendio. El fuego principió en un edificio cercano a la Plaza de Armas e impulsado por un fuerte viento del oeste, tomó proporciones tales que llenó a la población de consternación y espanto. Veintiuna manzanas fueron totalmente reducidas a escombros. Las bombas del pueblo y las que pudieron ir de Concepción y otras ciudades de la frontera fueron impotentes para contener la impetuosidad de las llamas y se limitaron a defender de su voracidad las casas que servían de márjen a aquel verdadero torrente de fuego.

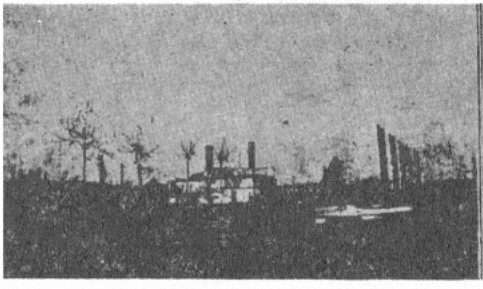


☆ *Calle Portales* ☆ *Calle Lautaro*

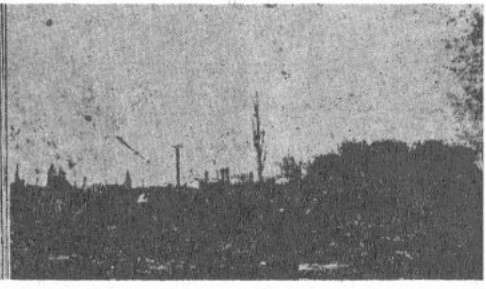
No ménos de 3,500 personas quedaron sin hogar y en la mas absoluta miseria. Las pérdidas avaluables en dinero pasan de 1.500.000 pesos.

El fuego abarcó una estensión de quince cuadras de largo por ocho de ancho y terminó en la noche después que hubo consumido todo el combustible que encontró en su derrotero, en el Hotel Leguas por el sur y la Bodega de Mac Kay por el norte.

Contemplando el plano de la ciudad de Temuco, que publicamos en otra pájina, puede comprenderse la verdadera magnitud del incendio. Descartando las manzanas que se hallan mas allá de la línea férrea, de la Avenida de 30 metros y el rincon formado por ámbas que están despobladas, puede decirse que las llamas consumieron la tercera parte de la ciudad.



☆ *Calle A. Prat*

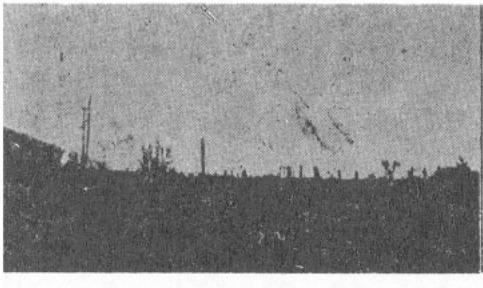


☆ *Escombros.— Hornos de la Panadería Enrique Reinicke*

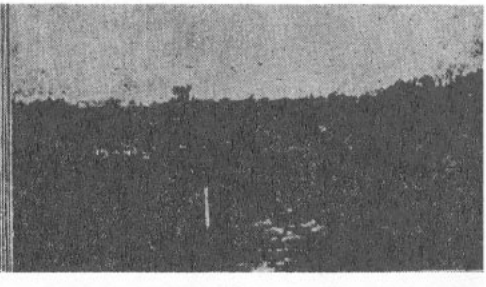
Es, pues, completamente esplicable la consternación que se apoderó de los habitantes ante tamaña desgracia y del eco que ella ha tenido en toda la República.

En la noche la ciudad presentaba un aspecto horrible; la vista abarcaba la enorme estensión comprendida entre la estación y la calle Vicuña, y espantaba ver como en quince cuadras ardian siniestramente miles de montones de fuego en medio de los edificios caidos.

Al día siguiente en la estensa y ancha avenida abierta por el fuego, veíanse palos carbonizados, una que otra chimenea de cal y ladrillo, troncos de árboles quemados, postes de luz eléctrica carbonizados, máquinas, alambres telefónicos por el suelo, montones de zinc quemados, ruinas, desolación y por todas partes escombros humeantes.

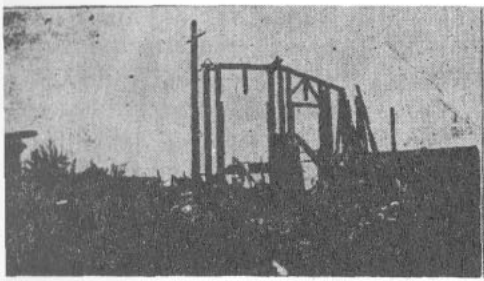


☆ *Calle Manuel Montt*

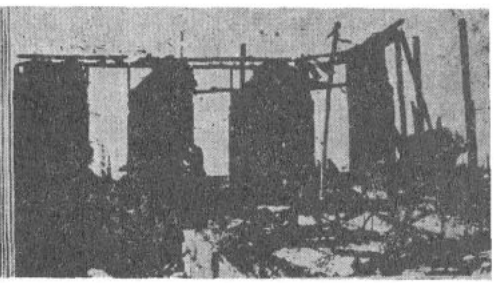


☆ *Parte de la zona quemada*

Desde los primeros momentos del incendio la jente se entregó al pillaje, sin que hubiera la fuerza de policía necesaria para evitarlo. Calcúlase que la tercera parte de la ropa y mobiliario desaparecido es obra de los ladrones. A pretesto de salvamento, la jente llevábase carretonadas y montones enormes de objetos robados. Hubo también casos en que personas aseguradas impidieron que por dentro de sus casas se sacaran muebles de sus vecinos no asegurados.



☆ *Escombros en calles Portales y Prat*

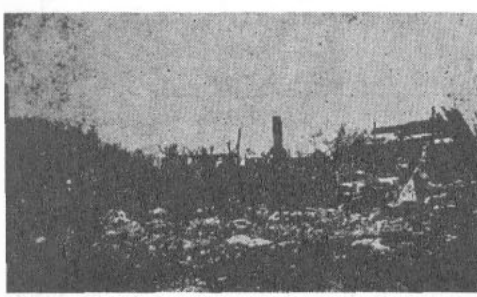


☆ *Casa del doctor Serrano*

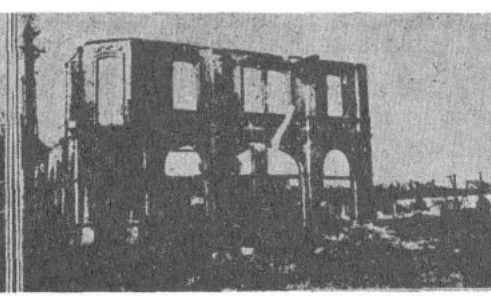
A causa de la caida de los postes desde el primer momento faltó el telégrafo y el teléfono y esparcida esta noticia por la ciudad, contribuyó en no pequeño grado a aumentar el pánico, pues se llegó a creer que en la imposibilidad de poderse comunicar con el norte, de acá no podrian enviársele socorros.

Aprovechando la situación angustiosa en que quedó tanta jente sin hogar, algunos comerciantes poco escrupulosos comenzaron a esplotar el hambre, pidiendo el doble por los artículos de primera necesidad. En esta emerjencia el gobierno impartió instrucciones a los ferrocarriles para movilizar trenes de norte a sur, especiales para los damnificados por el fuego.

En medio de las ruinas se han visto escenas dolorosas. Mujeres pobres llorando al lado de sus pobres viviendas reducidas a cenizas. Según cálculo aproximado se han quemado 25 a 30 manzanas, en su tercera parte las mas importantes de la ciudad, que con este desastre queda arruinada talvez para no volver a levantarse ántes de diez años. El fuego se ramificó en varios brazos, pues dentro del área quemada han quedado pedazos intactos. (1).



☆ *Restos de la fundición Schmidt*



☆ *Sitio en que principió el incendio: "La Proveedora del Hogar"*

La gravedad de la situación hizo que la ciudad reviviera los primeros días de 1881, y que estuviese sujeta a un estricto control militar, según se desprende del lacónico conjunto de instrucciones que el Comandante Alejandro Gacitúa impartía a su tropa para mantener el orden de la convulsionada población:

1º.— El Comandante del Regimiento de Infantería Tucapel Nº 11 reunirá a su regimiento y la tropa del Regimiento Caupoli-

(1) Zig-Zag, enero de 1908.

cán, bien equipados y con munición, repartirá la zona abarcada por el incendio en sectores entre sus oficiales más antiguos; establecerán un puesto en cada sector el que patrullarán toda la noche.

2º.— Se prohibe en absoluto el tráfico dentro de la zona del siniestro después de las 9 p. m., se prohibe vender licores.

3º.— El grupo de Carabineros establecerá durante la noche un servicio de patrullas y observará lo expuesto anteriormente, todo infractor será remitido a la policía.

4º.— Oficiales de ronda para esta noche serán el Capitán Sr. Barría y el Capitán señor Díaz.

Alejandro Gacitúa
Comandante General de Armas

Para terminar con este cuadro desolador, donde parecía existir una maldición dispuesta a echar a la sepultura, ciudad, hombre y esperanza, días más tarde a quince cuadras de la estación se desrielaba un ferrocarril con auxilios para los damnificados y posteriormente el invierno hizo sentir su rigor sobre los habitantes, que debido a las deficientes condiciones sanitarias existentes debió soportar todavía una epidemia de viruelas.

Curiosamente, el ánimo de sus hombres no se dejó vencer y a partir de entonces se mejoró la calidad de las edificaciones en el sector damnificado y se favoreció el desarrollo de la ciudad al iniciarse una política de venta de terrenos en condiciones de gran liberalidad, seguramente porque quienes construyeron precisaron dineros de los cuales carecían.

La lucha contra el fuego había librado su batalla más dura y la ciudad salía remozada de sus cenizas aunque la amenaza seguía latente y no la abandonaría jamás.

Hermanado con la ciudad que había hecho nacer, también el Ejército ha sufrido junto a ella este destino de cenizas y pavor. El antiguo edificio de la primitiva guarnición, que sirviera de amparo y protección al caserío en sus primeros días de vida, quedó reducido a escombros calcinados cinco años después y por algunos años la vida de cuartel tuvo que refugiarse en distintos lugares hasta que el Comandante Rafael Naranjo obtuvo que se reconstruyera el edificio en 1916. Todavía la Comandancia General de Armas continuó con sus archivos y oficinas en la calle Varas, entre Lagos y Lynch, pero otra vez las llamas continuaron su tarea destructora y ese mismo año toda la guarnición pudo al fin trasladarse al local del Regimiento en la Plaza Recabarren.

Por algunos años, el regimiento se llamó Eleuterio Ramírez y la Caballería con la Artillería regresaron a Los Angeles y Angol. Pero, nuevamente el edificio fue pasto de las llamas en 1928, salvándose solamente parte de las instalaciones. El siniestro tuvo proporciones gigantescas que llenaron de pánico a los vecinos que veían desaparecer las instalaciones del hospital y que el agua y la acción de los militares

y bomberos eran insuficientes para detener las llamas que empezaban a consumir la vecindad de los polvorines. El arrojo de los soldados les hizo lanzarse a retirar los proyectiles almacenados y lograron extraer del sector cerca de 200.000 cartuchos cuya explosión habría provocado un desastre absoluto. Sólo cinco mil proyectiles quedaron allí después de un último esfuerzo y su explosión fue el testimonio de la catástrofe que se había evitado.

Pareciera que en Temuco toda institución que pretenda ser auténticamente local debiera tener esta especie de "carta de gran ciudadanía" que la incorpora definitivamente al cuadro de la vida urbana. En 1932, nuevamente otro siniestro consumió el centro comercial en las calles Prat y Montt, dejando más de un millón de pesos en pérdidas que afectaron a numerosos negocios del sector: la Botica Central, la Relojería Henzi, el Taller Fotográfico de Landberg, el depósito de semillas de Reusch, La Maison de Luxe, La Casa Vestal, La Cigarrería Embajadores, la Agencia Kowald, La Casa Meissner, el domicilio del señor Navarro y del dentista Rivadeneira, la casa de don Carlos Della Maggiora, agente de la British American Tobacco, etc.

"El Diario Austral" tuvo este bautismo de fuego el 1º de mayo de 1945, fecha en que se vieron convertidas en cenizas sus oficinas, administración y redacción; desapareciendo en medio de las llamas sus valiosos archivos y las colecciones de sus periódicos antiguos, en la parte que cubría sus diez primeros años de vida y dejando algunos claros en años posteriores. Como resultado final de este revés, SOPESUR resolvió construir el actual edificio que fuera inaugurado en 1948 dándole una nueva y moderna perspectiva a ese rincón del centro de la ciudad.

Finalmente, algunos colegios han tenido, con pocas excepciones, el mismo destino con horas de prueba que agregan otras páginas al desarrollo de la vida de la ciudad, obligándoles a dejar locales de emergencia y construir locales algo más adecuados.

Más que historia, el desarrollo de la vida temucana podría resumirse en una sucesión de horas de prueba que una vez la enfrentaron a la violencia, otra a la miseria, otra a las llamas, en sitios lejanos aunque no demasiado; a las erupciones volcánicas y por último a las tormentas invernales con aguaceros desencadenados en medio de vientos huracanados, el frío y las inundaciones.

El río que rodea la ciudad por el sur no ha sido siempre un compañero fraternal aunque desde muy temprano empezó a ser un refugio donde levantaron sus viviendas aquellos que no lograron obtener un retazo de tierra en la parte alta de Temuco. Allí tuvieron precario asilo muchos desheredados que temerariamente y a medida que aumentaba la necesidad se fueron acercando a las orillas del río. Santa Elena, Santa Rosa, San Antonio. ¿Por qué tanta santería marginal? Seguramente porque se necesitaba más de algún milagro y aun la posibilidad antonina de lograr un imposible para que allí, en esos lugares ribereños existiera un Temuco de especiales caracteres.

Allí estuvo, desde que naciera la ciudad, la amenaza de las inundaciones con su cortejo de calamidades y damnificados. Al principio fue el estero Temuco —hoy desaparecido— que nacía en los aguadales

inmediatos al cerro Ñielol y que corría de noreste a suroeste siguiendo un caprichoso trayecto que en su línea central se aproximaba a lo que es hoy día la Avenida Caupolicán, que cruza diagonalmente la ciudad y ya al término de ella describía una amplia curva hacia el oriente para acercarse al molino de Bunster y en las cercanías del antiguo cementerio se precipitaba hacia el Cautín frente al Lazareto y Camposanto donde habían de sepultarse las víctimas de la epidemia del Cólera.

Otras veces fue la poderosa invasión de las aguas del Cautín, que puso a prueba la entereza de aquellos que se habían atrevido a levantar sus chozas en aquellas inseguras riberas. La primera inundación con caracteres desastrozos se produjo después de un violento temporal de viento y lluvia, a principios de julio de 1904. Hacía dos años que se estaba trabajando en la construcción del puente carretero sobre el río y "en la noche del día 5, se destruyeron completamente 125 metros de los 250 que tenía, dividiéndolo en tres partes" (1).

Los vecinos quedaron descorazonados porque el torrente había arrastrado una obra que se levantaba gracias a sus generosas contribuciones y allí quedaron perdidos más de $ 23.000 en materiales adquiridos gracias a esas erogaciones.

En 1910, al llegar nuevamente el invierno la Intendencia señalaba que el puente estaba aún inconcluso y sólo en los años posteriores a 1918 este viaducto se entregó al servicio público no sin que más tarde nuevamente el río se ensañara con él destruyendo parte de su estructura.

En 1921, y continuando con el recuerdo de las catástrofes que han sometido a prueba la entereza de la ciudad, las poblaciones de Santa Rosa y Santa Elena se vieron cubiertas por las aguas del río Cautín en un invierno de cierta crudeza que pasó a ser casi como una anticipada advertencia de la naturaleza que quiso señalar la precariedad de esos terrenos robados al río. El fenómeno se repitió al año siguiente y la inundación alcanzó tales extremos que mereció ser recordada como la Gran Inundación del año 22.

Era el mes de julio y a medianoche del día 12 el nivel de las aguas ya empezaba a precipitarse sobre las poblaciones, llenando de temores los ánimos que hacía tres días venían asistiendo a un implacable temporal de viento y lluvia. Al amanecer la lluvia arreciaba y la violencia del temporal advirtió que los habitantes de la ciudad debían prepararse para lo peor. Estos temores se afirmaron cuando los primeros y madrugadores vecinos advirtieron que la situación se estaba poniendo grave porque aún la parte alta de la ciudad estaba cubierta por las aguas que desbordaban los canales, especialmente del estero Temuco, y el canal de calle Las Heras cuyas aguas llegaban hasta el mismo centro de ella. Manuel Rodríguez, hasta Lagos, el Barrio "La Puntilla" todo el sector Poniente de la Plaza Recabarren debían evacuar a sus pobladores. Entretanto en las poblaciones ribereñas había llegado el momento del "sálvese quien pueda" en medio de la silenciosa desesperación de la miseria y del heroísmo de los soldados del regimiento y de la policía

(1) **Libro Copiador de Oficios, Intendencia de Cautín, 1904.**

que hacían prodigios de valor lanzando sus cabalgaduras o si carecían de ellas, simplemente a nado, para rescatar de las enfurecidas aguas a familias enteras que no habían tenido tiempo de huir oportunamente; quizás si por pensar que esta vez sería como en otras anteriores.

Pero, esta vez no lo era; desde los campos arribanos la corriente arrastraba troncos, restos de viviendas y animales que iban a estrellarse contra el puente ferroviario donde una cuadrilla de obreros despejaba esos restos con algunas pértigas para evitar que se formara una barrera de contención que terminara por destruir esa estructura. Allí amarrados a los arcos de hierro lograron salvar esa obra de ingeniería que no hacía mucho estaba acompañada por el puente carretero, que no tuvo tanta fortuna. El puente ferroviario resistía impávido la furibunda acometida de las aguas, pero no ocurrió lo mismo con el puente caminero que, al mediar la tarde, empezó a crujir, terminando por ser arrastrado rumbo al mar, volviendo Temuco a quedar separado de Padre Las Casas a los cinco años de haber visto terminado ese viaducto.

Curiosamente, en las poblaciones ribereñas una de las últimas familias que pudo ser salvada fue la que había protagonizado la noche de la víspera un velorio tradicional y cuyos doloridos deudos fueron dificultosamente salvados a lomo de caballo, olvidando los vivos, que los reunía la amistad hacia el difunto; éste, al quedar abandonado en solitaria pieza, fue arrastrado suavemente por las aguas y su ataúd fue entrando lentamente en la correntada y ante los estupefactos ojos de sus familiares emprendió solitario un viaje final, sin brújula ni destino con rumbo a lejana, imprevista y desconocida sepultura.

Nuevamente el aislamiento: caminos cortados y el ferrocarril interrumpido porque la furia de las aguas destruyó los terraplenes y la vía quedó cubierta por el río en largos trechos antes de llegar siquiera a Lautaro. Tres meses más tarde los daños estaban reparados pero, Temuco sabía que no sería esa la última vez ni que allí habían terminado los inviernos crudos. En abril de 1932, nuevamente la expresión popular "llegaron las aguas" volvía a tener el mismo significado tradicional de inundaciones, damnificados, puentes destruidos y caminos cortados. Al año siguiente, a las lluvias se agregaron varios días con fríos polares, inferiores a cinco grados bajo cero mostraban la crudeza de un invierno que cubrió de nieve las serranías del Ñielol y la cumbre del Conunhuenu, mientras, desde el interior, los vagones de ferrocarril traían un testimonio de lo que estaba ocurriendo en Vilcún, Cherquenco, Cunco y Villarrica pues un blanco ropaje los cubría totalmente y las noticias señalaban que la nieve llegaba hasta las mismas orillas del lago y cubría totalmente la ciudad.

La insalubridad de esos terrenos desprovistos de desnivel y la miseria de sus calles recomendaban que esas poblaciones fueran erradicadas. Así, las autoridades después de las inundaciones de 1941 recomendaron abandonarlas y establecer a sus pobladores en sitios más apropiados dedicando esos sectores a parques y áreas verdes, esparcimiento y chacarería. Sin duda alguna que era lo más adecuado pero la miseria no razona ni tuvo posibilidades reales de enfrentar esta alternativa por lo cual siguió allí, para siempre, compañera del río y el drama que no se espera aunque se sepa que algún día debe llegar.

La lista corre el riesgo de hacerse monótona, nuevas inundaciones en 1940 y varias más hasta llegar a 1959, cuando se construyeron las defensas fluviales en Santa Rosa llegando las aguas justo hasta el nivel del enrocado desde donde el Alcalde Ferrando miraba el amanecer y medía centímetro a centímetro el progreso de las aguas y la resistencia de esa obra de la cual estaba orgulloso. Y resistió, pero de todos modos en lo alto sigue el Canal de la Luz inundando a traición las calles y llamando a los hombres para que con chuzo y pala traten de detener su traicionera presencia a espaldas de los pobladores y de la naturaleza.

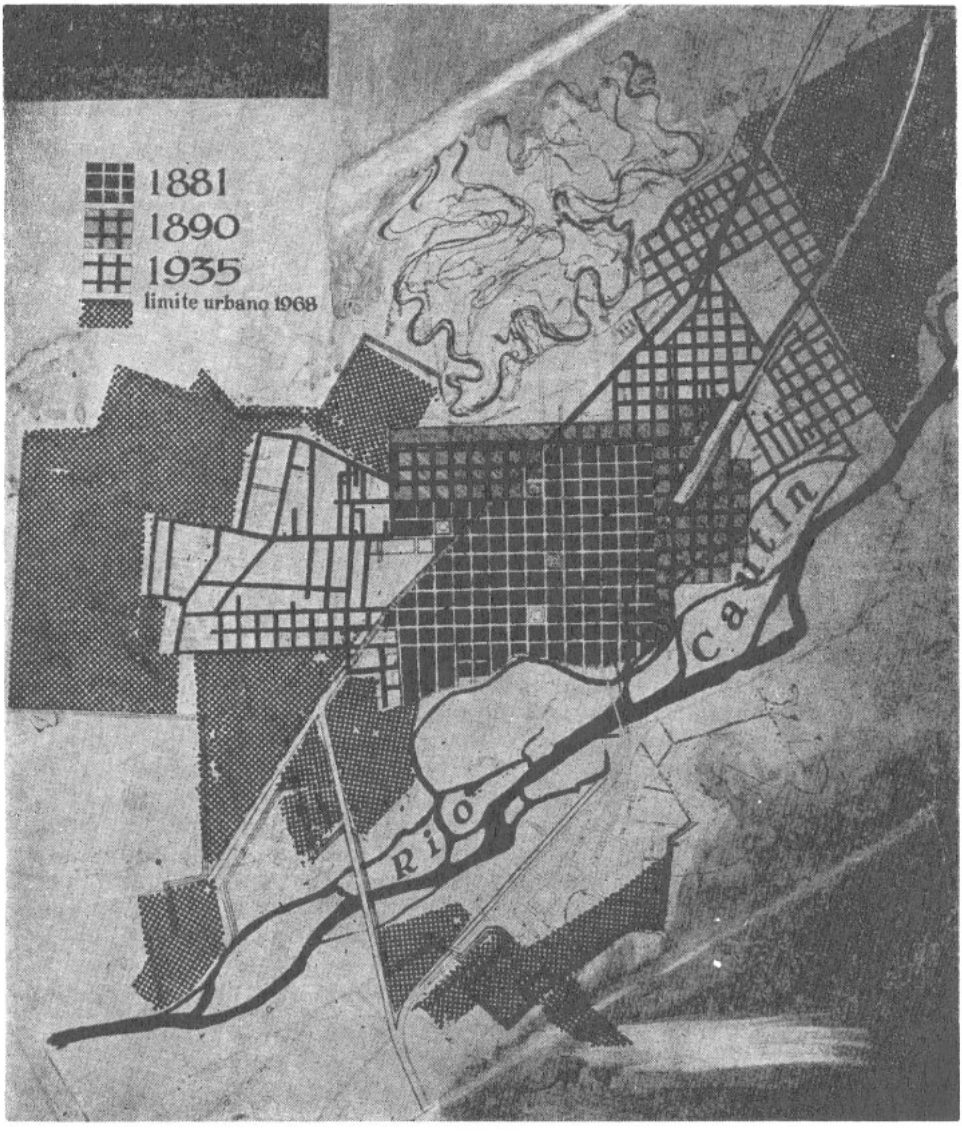
Cuando se recuerdan estos hechos surge una duda y una sospecha que exigen una explicación capaz de justificar cabalmente los motivos que pudieran haber posibilitado una serie de afirmaciones destinadas a hacer creer en lo que se da en llamar "El Progreso de la Ciudad" o, a lo mejor aceptar de una vez por todas que los motivos de orgullo en este progreso no han sido tantos ni tan espectaculares. Si se mira hoy día el conjunto de sus habitaciones, en pleno centro de la ciudad la altura promedio de la superficie edificada difícilmente se eleva sobre un piso o piso y medio y ¿podrían señalarse edificios monumentales? ¡Claro que sí! El Plaza, el Fourcade, el Banco Sur, el Hotel Frontera, el Diario Austral, el de la Inmobiliaria, que son una muestra de Progreso... pero, como se ha dicho altura promedio, al considerar los espacios vacíos del perímetro central, las medidas de la ciudad siguen siendo como en 1929 "esa cosa chata y sin relieve" de la cual hablaba el Director de El Diario Austral en su primer viaje aéreo. Temuco en esos tiempos llegaba dificultosamente hasta la calle Balmaceda y más allá de la línea férrea apenas si existían las poblaciones de Santa Elena y Santa Rosa, sin luz, agua ni veredas. Por el Poniente entonces el plano de la ciudad llegaba precariamente hasta la calle Prieto; que preocupaba a los vecinos porque parecía un paisaje lunar en sus innumerables hoyos y basurales que la hacían intransitable. La Avenida Alemania era "un barrio de gran porvenir" donde se ofrecía una casa quinta en $ 4.500 y la calle Pedro de Valdivia era un oscuro ranchería de tenebrosos contornos.

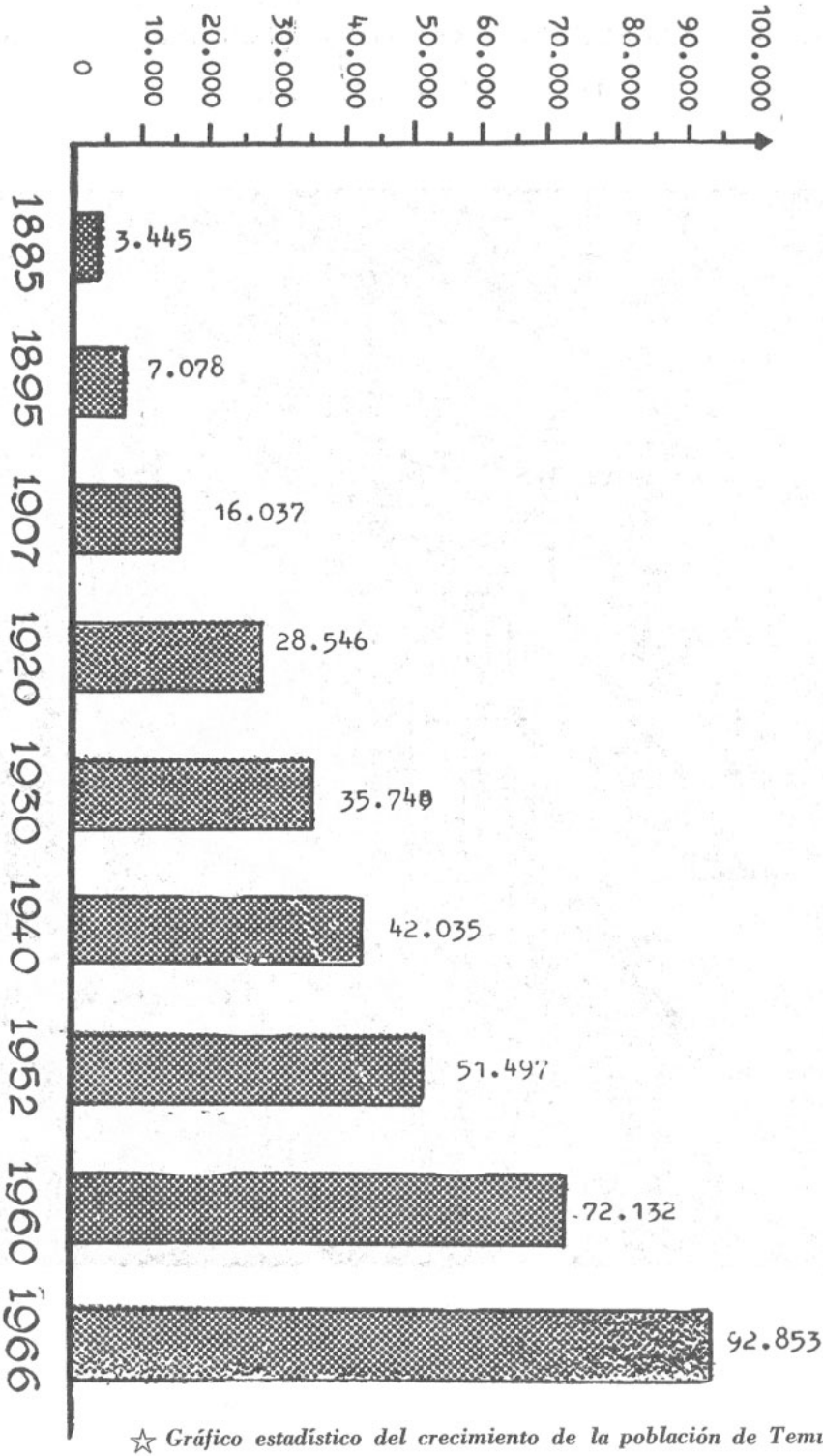
Sólo en 1935 un nuevo Plano de la ciudad extendió sus límites urbanos hasta las calles Pedro de Valdivia, Balmaceda, Caupolicán, Cautín, Esperanza y Pérez Rosales por el Norte; Nahuelbuta, Valparaíso, Ercilla y la orilla del río por el este y por el sur hasta llegar a General Lagos, y cerrándose hacia el oeste con las tierras de don Augusto Hochstetter y desde allí hasta el criadero de árboles Porvenir y la Avenida Alemania hasta la cancha de Tenis y el estero Temuco.

● ☆ ●

PLANO DE CRECIMIENTO URBANO DE LA CIUDAD DE TEMUCO

1881 — 1892 — 1935 — 1960





☆ *Gráfico estadístico del crecimiento de la población de Temuco.-*

Es un hecho que la ciudad ha crecido en extensión mucho más de lo deseado incluso por sus autoridades edilicias porque mientras el progreso urbano avanzaba dificultosamente en la década del 30 alhajando las plazas y pavimentando calles centrales, ya otros barrios que no eran urbanos en derecho, planteaban exigencias que un presupuesto siempre insuficiente no estaba en condiciones de cubrir ya que los reglamentos y ordenanzas legales no estaban, ni están, concebidos con ese criterio de anticipación capaz de enfrentar un desarrollo tan imprevisto.

Finalmente, el cariño que los temucanos sienten por su ciudad quizás si sea el responsable de ese piadoso velo de disimulo que se tiende sobre ella para cubrir sus defectos. Pero, en el hecho es más lícito hablar de su desarrollo explosivo que de su progreso extraordinario ya que ahora, en 1968 los problemas de hace 25, 50 o más años siguen vivos en áreas no tan centrales, donde ya han desaparecido, pero algo más alejadas y bastante más extensas.

Al mismo tiempo, junto a la ciudad el paisaje sigue mostrando su horizonte donde algún día el Llaima y el Villarrica tarde o temprano vomitarán sus zarpazos de roca y lodo hirviente en medio de llamaradas y relámpagos enfurecidos. En 1941, todavía el Llaima tuvo un breve y violento estremecimiento de explosiva advertencia y en 1956 derramó su hirviente vientre sobre los campos vecinos. Su vecino, el Volcán Villarrica ha tenido una intensa actividad y recientemente en 1964 lanzó su lodo hirviente sobre Coñaripe y ahora, 1969 el Llaima empieza a mostrar de nuevo señales de la vida que ruge en sus entrañas para lanzar otro parto de lava y roca. ¿Cuándo?

Pero, no siempre la adversidad y la destrucción han sido resultado de las fuerzas de la naturaleza ni el ciego golpe de lo inesperado. También el hombre ha destruido el paisaje en una torpe ambición e irresponsable tarea destinada a extraer una riqueza fácil. Seguramente las mayores pérdidas de la región han sido provocadas por los roces a fuego que fueron el sistema preferido para abrir campos labrantíos. Año tras año las llamas fueron arrinconando a la selva y ésta en uno de sus postreros días arrinconó a los hombres en una jornada de espanto que tendió un velo de humo y cenizas que arrastradas por el viento sur llevaron la noticia hasta la misma ciudad de Santiago. Aun en San Fernando el humo de los incendios forestales de Valdivia, Malleco y Cautín oscurecía el sol con rojizo color en los ardientes días del verano en 1943 y 1944 cuando ardían los bosques desde Villarrica hasta Victoria en ambas cordilleras. En dos años cerca de doscientas mil hectáreas incendiadas: bosques, campos labrantíos, ganados y viviendas... y sólo en las regiones vecinas a Carahue y Puerto Domínguez 23 personas calcinadas por las llamas.

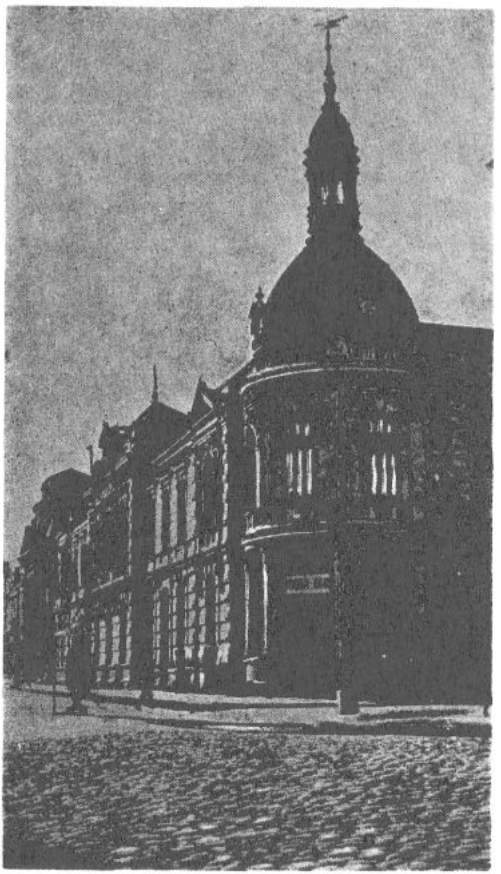
Ya no es como antes, seguramente porque ya no existen los bosques de antes y la madera se ha ido retirando a los últimos contrafuertes cordilleranos o a los valles más abrigados de la montaña. Ciudades que vivieron de ella ahora empiezan a morir irremediablemente porque no quisieron ver el porvenir en esa alegría infernal de fuego y destrucción que no reparaba en los daños que se hacían so pretexto de construir la riqueza de alguno y dar trabajo a otros.

Capítulo V – El Progreso

- ☆ **Edificios Públicos**
- ☆ **El Primer Ferrocarril**
- ☆ **El Fonógrafo, la Fotografía**
- ☆ **La Luz Eléctrica**
- ☆ **Los primeros automóviles**
- ☆ **Tranvías y microbuses**
- ☆ **Competencia automovilística en 1928**
- ☆ **La aviación y sus pioneros**
- ☆ **La Radiodifusión**

Como hemos visto, el gobierno de don José Manuel Balmaceda significó un vigoroso impacto progresista para la ciudad, que una vez instituida en capital de la nueva provincia abandonó el esquema inicial de su desarrollo urbano en la dirección de las calles San Martín y O'Higgins; tímidamente cobijada al amparo del ejército y su cuartel; para proyectarse en la dirección de las avenidas Prat y Vicuña Mackenna hacia el norte, rumbeando hacia la futura plaza Pinto. Un factor de importancia decisiva en este cambio de dirección lo constituyó la construcción del edificio de la Intendencia y de los Tribunales en la esquina de las calles Bulnes y Claro Solar, vecino a la que después sería la Iglesia Catedral.

Habíase iniciado entonces también, la construcción de la Estación de Ferrocarriles, cuyos rieles, superado el problema del viaducto del Malleco, avanzaban rápidamente y llegaban ya a las canteras al sur de Lautaro. Era el año 1891 y la revolución vino a interrumpir el

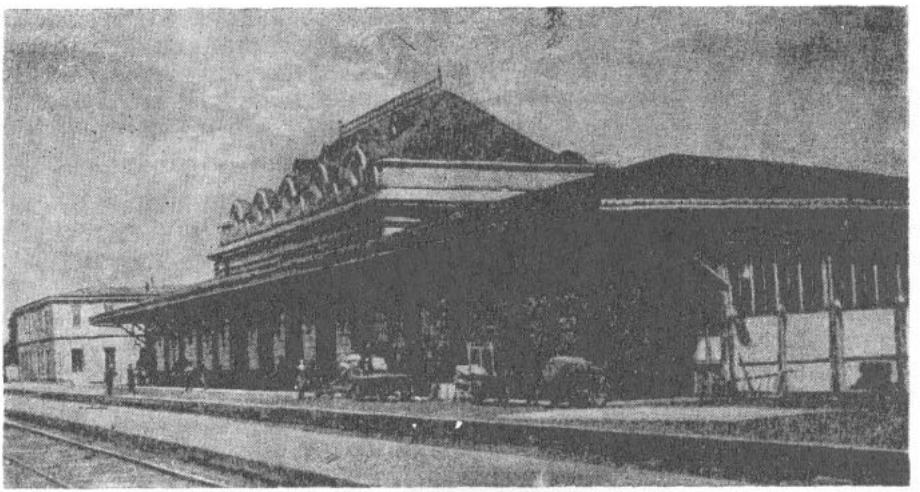


☆ *Antigua Intendencia y Palacio de los Tribunales.-*

esquema de las obras en marcha, de las cuales sólo dos alcanzaron a terminarse y otras quedaron inconclusas o fueron abandonadas. Entre estas últimas estuvo la del ferrocarril a Villarrica, vía Freire-Allipén como continuación de la vía longitudinal cuyos estudios estaban hechos y para el cual ya se había iniciado la limpieza de terrenos y la construcción de terraplenes.

No obstante, después de un breve intervalo de incertidumbre, se continuaron algunas obras ferroviarias siguiéndose el trazado hasta Temuco y finalizando en la estación de esta ciudad, que curiosamente, quedó ubicada bastante lejos del centro de ella, y de acuerdo con el plano elaborado muchos años antes. Quienes así lo habían resuelto originalmente, crearon un vigoroso estímulo para su desarrollo futuro, obligándola a crecer en esa dirección con viviendas y comercio que dieron importancia a callejones que hasta ese momento habían sido arrabales de mal pasar, que separaban a la ciudad de las quintas lejanas donde florecía la colonización de algunos alemanes.

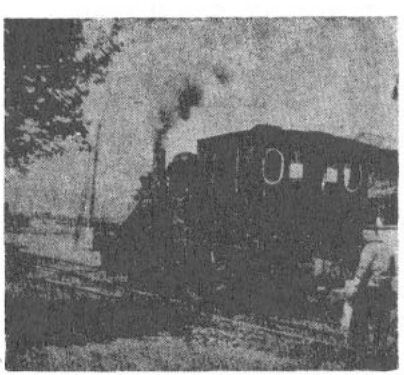
Llegó por último el Año Nuevo de 1893 y entre los abrazos y los buenos augurios, todos se aprontaban para el magno acontecimiento del día siguiente: ¡Al fin llegaba el primer ferrocarril y más de cinco



☆ *Primera Estación de Ferrocarriles de Temuco.-*

mil personas se fueron juntando desde temprano para ver los preparativos de esa memorable fiesta que significaba poner término al alejamiento y la soledad. En las calles inmediatas entretanto largas y silenciosas filas de jinetes indígenas a caballo contribuían a poner una nota de solemnidad al acontecimiento.

El Intendente Valentín del Campo en persona inició la ceremonia oficial tomando con sus puños un mazo con el cual dio los últimos golpes que remachaban el último riel en medio del entusiasmo delirante de la multitud. Después las salvas de artillería atronaron los aires y los músicos del regimiento rompían con los acordes del himno patrio mientras los asombrados ojos de los circunstantes miraban emocionados como avanzaba solemnemente, cubierta de flores y banderas la locomotora "Artesanos", entrando a las páginas de la historia local. Y a la tradición, porque según los obreros ferroviarios la misma máquina prestaría aún humildes servicios en la Casa de Máquina de Ferrocarriles con el sobrenombre de "La Choca".



☆ *Primera locomotora a vapor llegada a Temuco, "La Choca".-*

Temuco fue así punta de riel, situación que se mantuvo hasta el año 1898, fecha en la cual ya se trabajaba intensamente en la construcción del puente ferroviario sobre el río Cautín, que entonces le dejó unido al caserío de Padre Las Casas, conocido ya como Villa Alegre debido a razones fáciles de explicarse y a las cuales nos hemos referido antes.

El fin del siglo y el ferrocarril pusieron término a las caravanas de carretas que venían desde Traiguén y que pasaban por Galvarino y Cholchol en una azarosa travesía que atrevidos comerciantes emprendían exponiendo

vida y fortuna a la codicia de los bandoleros y cuatreros que eran dueños de esas soledades. También entonces iniciaron su agonía los coches de pasajeros y de posta que los hoteles tenían para atender a su clientela y por algunos años más, debieron conformarse por hacer el mismo servicio hacia las ciudades ubicadas al interior o en los sectores costeros.

Pero ello no significaba que los hoteles perdiesen animación y prosperidad. Precisamente gracias al ferrocarril cobraron renovada animación con una nutrida y creciente clientela que ahora se sentía animada a llegar a estas alejadas tierras de La Frontera y los hoteleros se esmeraron en atraerlos ofreciéndoles un renovado buen servicio, con excelentes cocineros franceses, vinos escogidos, salones de juegos y ocasionalmente espectáculos de pulcra categoría que hicieron de ellos el centro de la vida social lugareña.

☆ *Ema Laiseca de Adams, antigua dama de la ciudad.-*

Precisamente, en el Hotel Continental se ofrecía a los maravillados vecinos, a fines de enero de 1898, la exhibición de un fonógrafo; el primero que conoció la ciudad y en el cual era posible oír la voz de algunas personalidades de la época. De acuerdo con una información de **"El Constitucional"** entre ellas "descuella la de León XIII **resitando** el padrenuestro en castellano lo que no deja de ser una gran curiosidad ¡El Papa **resando** en el idioma de **Servante!"**

En esos mismos días dos artistas competían ofreciendo sus servicios de fotógrafos a la ciudad: Un chileno de apellido San Román y un alemán que venía periódicamente desde Traiguén y todos los meses se establecía una semana dedicada a perpetuar la imagen de los más distinguidos vecinos y hermosas damas de la sociedad.

Ambos eran muy elogiados por la fineza y calidad de su trabajo que merecía cálidos comentarios.

En cuanto a otros progresos, como la electricidad, Temuco la conocía desde casi sus primeros años de vida porque en 1890 ya se

contaba con ella en los sectores inmediatos al regimiento gracias a la energía que proporcionaban las instalaciones de uno de los molinos de la vecindad y del mismo modo, el telégrafo era un invento, o progreso que había llegado a Temuco aun antes que se fundara la ciudad porque el ejército de la Pacificación iba tendiendo sus líneas a medida que avanzaba por el territorio.

Indudablemente que las posibilidades proporcionadas por las instalaciones de un molino debían ser muy limitadas y sólo alcanzaban para los servicios públicos de mayor importancia. Por ello en 1893 por iniciativa del Intendente Heriberto Ducoing la ciudadanía se movilizaba para reunir el capital de una sociedad anónima capaz de ampliar las instalaciones de la red eléctrica a toda la ciudad. Se logró reunir la suma de treinta y cinco mil pesos que proporcionó luz a las calles y un completo servicio domiciliario. Por último, en 1905, la Compañía General de Electricidad reemplazaba a esa sociedad anónima y asumía la responsabilidad del servicio, con sus instalaciones termoeléctricas, tomando en arrendamiento el servicio de El Canal de la Luz que tantos sinsabores ha causado a las poblaciones ribereñas y ampliando la red a todos los rincones de Temuco a medida que la ciudad iba creciendo. De esos años aún quedan enhiestos algunos impresionantes postes de pellín, el robusto roble de La Frontera, que en algunas esquinas resisten arrogantes el paso de las tempestades y del tiempo.

Como se ha visto, la estación ferroviaria imprimió una vigorosa actividad al sector oriente de la ciudad, donde se instalaron infinidad de comerciantes de toda laya. Las calles Manuel Montt, Rodríguez, Portales y Lautaro empezaron entonces a tener una presencia protagonista en la vida diaria por lo que la propiedad urbana de esos sitios empezó a cotizarse a buen precio y una casa se ofrecía allí en valores que ya superaban los mil pesos y se inició la construcción de pensiones, posadas y hoteles que dieran acogida al recién llegado. Al lado afuera del recinto ferroviario, los que llegaban a la ciudad se encontraban con un vistoso y colorido trajín de gentes, donde se mezclaban campesinos e indígenas que comían y bebían en una serie de "puestos y quioscos al aire libre donde se ofrecían guisos y licores en mesones improvisados y en cacharros que desconocían las más elementales reglas de la higiene".

Esos comerciantes eran objeto de duras críticas de parte de las autoridades y de la Municipalidad porque no eran muy celosos para comprobar la procedencia de los objetos que adquirían. Quienes iniciaron allí la compraventa de cueros, con la cual hicieron fortuna, eran acusados de favorecer a los cuatreros porque muchas veces hasta allí llegaba la piel de las reses beneficiadas por ese temible gremio. Y otros comerciantes de menor cuantía, recibían las lamparillas del alumbrado público, que los muchachos de las barriadas populares sacaban subrepticiamente de los postes sin mayor dificultad gracias al gratuito entrenamiento obtenido en los tradicionales "palos ensebados" que eran obligado juego en toda festividad local.

Entretanto, la ciudad se extendía desde ese lugar hasta la avenida Prieto, o Campo de Marte y desde el Cuartel del Regimiento hasta la calle Balmaceda lo que significaba la exigencia de un medio de movilización urbana. Hasta 1905 existió un servicio de tracción animal,

los "carros de sangre" y por entonces la Compañía General de Electricidad Industrial inauguró un servicio de tranvías eléctricos con varios recorridos urbanos. Todos los barrios se sentían alejados del "centro" de la ciudad y empezaron a elevar peticiones para que las líneas se extendieran hasta ellos; especialmente los sectores de Pueblo Nuevo y Población Dreves.

☆ *Tranvías en la esquina de la calle Montt y Prat.-*

Desde sus primeros días, los tranvías advirtieron la competencia de los automóviles que empezaron a llegar a la ciudad muy poco después que ellos. Esos vehículos y posteriormente las "góndolas", o microbuses, les fueron reemplazando en popularidad con una lenta e implacable seguridad.

Los primeros automóviles llegaron a Temuco poco antes de 1910 y entre sus osados precursores estuvo don Carlos Ochsenius que provocó la entusiasta admiración del vecindario con un extraño vehículo donde los pasajeros iban sentados en un asiento que les tenía mirando hacia atrás, de espaldas al conductor, tratando de saludar a sus conocidos en medio del polvo, las sacudidas y el rugido demoníaco del motor. Después, Pedro Dantiac trajo un vehículo Ford y el señor Hochstetter, de la botica Alemana un Chandre (?). El Hotel Central maravillaba a sus clientes con un imponente vehículo rojo marca NAG, que los iba a buscar a la Estación de Ferrocarriles a la llegada de los trenes. El servicio de taxis nacía en 1918 cuando el joven Manuel Varela entusiasmaba al público y desesperaba a los policías con sus arriesgadas proezas en un vigoroso Ford que corría por el interior de la Plaza Pinto sin que nadie se arriesgara a detener sus excesos. Hoy día, con algunos años más, y bastante menos bríos, el buen Varela sigue en un moderno vehículo y como decano de los taxistas de Temuco.

Otro pionero del automovilismo fue don Pablo Lavanchy, que en los años posteriores a la Gran Guerra de 1914-1918 adquirió un Chevrolet con el cual corrió el albur de lanzarse a recorrer los airados caminos de la zona. El vehículo le acompañó en una larguísima jornada de abnegado servicio y después de diez años de agitada trayectoria, su dueño aún se atrevía a participar osadamente en la primera carrera automovilística organizada por El Diario Austral en 1928.

Mas, no se crea que la lucha entre automovilistas y carreros, entre el auto y el tranvía, dejó de tener cierto dramatismo porque en 1929 el movimiento de pasajeros en estos últimos aumentaba de 1.504.800 personas a 1.727.386 con respecto al año anterior y ello a pesar del aumento del número de vehículos rivales. Sin embargo: renovarse o morir, al cabo de otros tres años las autoridades advertían a la empresa que "el servicio de tranvías eléctricos tendrá que mejorarse o desaparecer", porque "nunca había tenido un envidiable prestigio". ¡Qué ingratitud! A los venerables tranvías de tan larga y sufrida trayectoria, en 1930 y años siguientes se les enrostraba su lentitud, la demora entre uno y otro carro, su incomodidad y los vidrios rotos, los techos en mal estado que dejaban pasar la lluvia y el frío y la escasa seguridad que ofrecían a los pasajeros, porque continuamente se estaban desrielando. Como una consecuencia, la Ilustre Municipalidad advertía a la Compañía de Electricidad que si no se mejoraba la atención del público la única perjudicada sería ella misma porque la ciudad saldría ganando al reemplazarlos por "cómodos y rápidos autobuses".

Para colmo de escarnio en contra de los vetustos y ruidosos vehículos, una serie de accidentes mostraron al público que, poseído de inanimada cólera, el viejo corazón de acero de los tranvías mostraba que no estaba dispuesto a dejar el campo sin librar resuelta lucha en contra de sus adversarios. Así, uno de ellos, vibrante y denodado, tuvo un formidable encontrón con un flamante seis cilindros en la calle Zenteno al llegar a Portales, pero el Pontiac lo arrancó de sus rieles dejándole en desmedrada situación ante los espectadores. Otro, que corría por la calle Prat hacia el norte, descargó su ira en furibunda embestida contra la "góndola" del Hotel Central, estrellándola contra un poste del alumbrado que por esa furia desencadenada se rompió por su base dejando victorioso al tranvía y en muy mal estado al autobús.

Poco más podían hacer y poco más hicieron. La Compañía General de Electricidad ante los requerimientos de las autoridades respondió que levantaría las líneas en cuanto el gobierno lo dispusiese, porque no tenía interés en renovar la concesión pues sus pérdidas llegaban mensualmente a los seis mil pesos y porque el público no utilizaba el servicio y lo que es peor, cuando llegaba a usarlo se las ingeniaba para no cancelar su pasaje. Agregaban que la misma Municipalidad no era muy celosa en pagar sus deudas con la Compañía pues hacía más de un año que no cancelaba su consumo de electricidad.

La agonía duró hasta 1936 y los últimos tranvías fueron llevados a Concepción donde lentamente cayeron en el olvido y así se cerraba en silencio una página de esta historia, que alguna vez había provocado la orgullosa admiración de todos.

Los precios de los vehículos se estaban poniendo de acuerdo con los nuevos tiempos y con el entusiasmo que despertaban los progresos

de la mecánica y la velocidad. De este modo, en 1927 un flamante "Studebaker" valía $ 7.500 y el chasis de un camión Ford, puesto sobre ferrocarril en Santiago llegaba a los $ 4.800 suma que con toda seguridad daba la exacta dimensión del valor de los ensueños de algún esforzado agricultor de la zona.

Señalando las ventajas de este medio de transporte, el año anterior había llegado a Temuco un automóvil Ford, después de un recorrido de dos mil kilómetros conducido por la experta mano del mismísimo gerente de esa firma, un señor Fanta, que había programado ese "raid" desde Santiago, en compañía de otros ejecutivos; los señores Ponard y Fabres. El esfuerzo realizado, en esos días fue calificado como "una hazaña extraordinaria e importantísima".

Las realizaciones del automovilismo, sin embargo, no preocupaban a los ferrocarriles, que continuaban extendiendo sus líneas en un bien concebido programa, destinado a cubrir toda la región con sus servicios.

1895.— Pitrufquén queda unido a Temuco por ferrocarril.

1902.— Se trabajaba en la línea de Carahue, y de Púa a Curacautín.

1903.— El tren llegaba a Gorbea, llevando como pasajeros a los primeros colonos boers.

1932.— Villarrica vive días de intenso regocijo cuando al terminar el año se inicia la explotación del ferrocarril en forma provisoria y con un servicio excursionista que cobraría un pasaje de diez pesos. El primer tren llegó a esa ciudad el 9 de enero de 1934.

1932.— En el mes de mayo un hundimiento en el túnel de Las Raíces, que llevaba la línea férrea hasta Lonquimay deja sepultados a 42 obreros que dejan sumidos en la desesperación a sus compañeros. Febriles esfuerzos de heroicas cuadrillas logran salvarlos después de cien horas de trabajo ininterrumpido. Se salvaron todos, y con cierto sentido del humor que no les abandonó en ningún momento los obreros pidieron que se les pagaran esas cien horas que habían estado enterrados "como horas extraordinarias". La fiesta de los carrilanos duró tres días.

1934.— Ultima declaración oficial sobre el ferrocarril a Puerto Saavedra. Ante las pretensiones de Nehuentúe, cuyos colonos invocaban la ventaja de tender la línea ferroviaria en la orilla norte del río Imperial, el Presidente Alessandri manifiesta al Senador Figueroa Anguita que "el período de las discusiones ha terminado y que el ferrocarril se hará de Carahue a Puerto Saavedra".

1936.— Se trabaja en la construcción del ferrocarril a Toltén, desde Freire.

El ferrocarril parecía estar en mejores condiciones para enfrentar la competencia de los automóviles, que su vecino urbano, el tranvía. En efecto, el auto no era todavía un riesgo para él porque eran muy es-

casos los que se atrevían a enfrentar los riesgos de esas huellas infernales apenas adecuadas para la caravana y el paso ensoñador de los bueyes o la bucólica silueta del coche de posta.

Pero, en los años inmediatos a 1930 empieza a sentirse la presión de quienes habían quedado abandonados en los barriales después de haber tenido la temeridad de lanzarse fuera de la ciudad confiados en la fortaleza de sus máquinas. En 1926 se inicia la cantilena que hasta hoy repiten quienes pueden hacerse oír y el Intendente Navarrete declaraba a la prensa en el momento de asumir sus funciones "Puedo decir que soy hijo de Temuco y mi programa de trabajo será: caminos, caminos, caminos". Trascendental declaración que es reafirmada por quien le sucedió en el cargo, don Arturo Vidal, al señalar que sus propósitos como autoridad provincial reiteraban el mismo ánimo, afirmando "el mejoramiento de las vías de comunicación es el problema de mayor importancia en la provincia y es por eso que mi mayor preocupación es la de procurar un efectivo adelanto en las obras camineras", era ya 1928.

En estas declaraciones existía cierta conciencia del papel que desempeñarían en el futuro los caminos y, como respuesta al presentimiento, al llegar el mes de octubre de 1927 los vecinos de Pueblo Nuevo comentaban llenos de optimismo la noticia que alimentaba sus esperanzas de poner término a su aislamiento y soledad, porque nada menos que cinco "góndolas", o autobuses, vendrían en viaje terrestre desde Santiago a esta ciudad y harían lo que los tranvías habían dejado en el olvido: unirlos a Temuco con un servicio de movilización propio.

Las "góndolas" eran cinco vehículos Brockway cuyo viaje "había despertado el vivo interés de los aficionados al turismo y el público en general". La prensa de esos días calificaba el hecho como "una audaz proeza automovilística" que motivaba los más diversos comentarios y una de las dudas que alimentaba las discusiones de los habitantes de la ciudad era el tiempo que demorarían en cubrir tan enorme distancia. Quien resolvió en parte el problema fue "la autorizada opinión del señor Vittini —quien expresaba que a su juicio esta— "audaz proeza" exigiría entre 4 y 5 días de viaje". No era un cálculo excesivo, y quizás si pudiera haberse estimado algo optimista porque las carreteras eran fiel espejo de su definición y sólo servían para carretas y no para estos nuevos y raudos vehículos, que desde Chillán al sur y sobre todo más acá del río Bío Bío debieron enfrentarse a una mala senda, tortuosa y aventurera que iba y venía de acuerdo con las necesidades y el capricho de cada caserío y a menudo por los deslindes de los potreros, sorteando quebradas y montañas, o buscando el vado favorable de los ríos; sin señales de ruta, salvo el dato de algún "baqueano" cuya buena voluntad, apreciación de distancia e informaciones de conocedor del lugar, no siempre eran lo suficientemente claras y a menudo terminaban por dejar al automovilista ante un callejón sin salida, que obligaba a regresar para resolverse por la encrucijada que se había dejado atrás, algunas leguas antes.

Así y todo, después de haber llegado los vehículos, en desmadejada caravana, y de haber hecho un viaje a Imperial en el mes de noviembre, los caminos no parecieron tan temibles y en la trayectoria del

progreso automovilístico llegó el momento de la primera competencia deportiva, bajo el patrocinio de El Diario Austral.

La dirección del diario organizaba un certamen deportivo destinado a tener larga vida en la historia de la ciudad y la región, ofreciendo el galardón de una Copa de Plata y un premio en dinero de tres mil pesos al ganador de lo que andando el tiempo llegaría a ser el Premio Sopesur.

En esa carrera participaron numerosos pilotos: Jorge Collins, en **Ford**; Villarroel, en **Special**: Carlos Lavanchy, en **Nash**; Onofre San Martín, en **Ford**; J. Acuña, en **Dodge**; Feliciano Echeverría, en **Whippet**; Feliciano Gandarillas, en **Ford**; y don Pablo Lavanchy, "un respetable anciano de cincuenta años" dispuesto a defender el honor y los colores de la ciudad de Temuco en un antiguo **Chevrolet** del año 1920, que tenía a su haber más de 35.000 kilómetros recorridos ¡nada menos que en los caminos de la zona, habiendo realizado en alguna oportunidad hasta dos viajes diarios a Tolhuaca!

Un público entusiasmado se juntó en la esquina de las calles Prieto y Pedro de Valdivia, desde donde sería la largada de los coches. En medio del estruendo de los motores y el tierral de esas calles, la simpatía de la multitud se volcó en la persona del "viejito" Lavanchy que hizo finalmente un papel bastante airoso, quedando ubicado entre los seis primeros, y entre los que llegaron al final. Alguno volcó en los baches de la partida en la misma salida de la ciudad frente a las últimas casas de Coilaco, otro quedó sepultado en los barriales que llegaron hasta sus ejes, a poco de haber dejado el caserío de Cholchol mientras los indígenas miraban imperturbables a quienes rugían camino de Galvarino a velocidades cercanas a los 60 kilómetros por hora. Traiguén, Victoria, y meta final en Lautaro.

Los vencedores de la jornada fueron:

Feliciano Echeverría con su Whippet, que demoró poco más de tres horas y cuarto en recorrer la distancia de 168 kilómetros con una velocidad media ligeramente superior a los 56 kilómetros y 600 metros por hora. En segundo lugar llegó el Nash de Carlos Lavanchy y en tercer lugar el Ford de Onofre San Martín.

A fines de 1929 se estimaba que en Temuco había un automóvil por cada 80 habitantes y en toda la provincia la cantidad de vehículos llegaba a 1.500.

Como un eco de ello y dando a esto la importancia creciente que tenía, la Ilustre Municipalidad no quiso quedar rezagada en el progreso y a fines de 1929 resolvió adquirir un automóvil de lujo para atender a las visitas de cierta distinción que llegaran a la ciudad y la honrasen con su presencia.

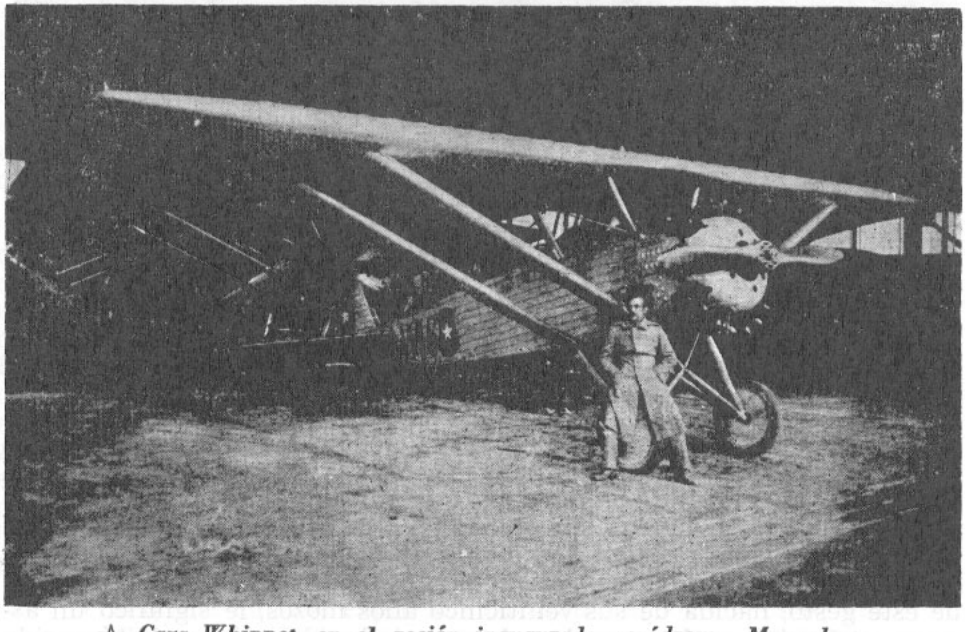
La importancia creciente de este artefacto mecánico se demostraba también al contabilizar el número de coches que formaba parte del acompañamiento de un funeral, y en este sentido el cortejo más impresionante fue el que tuvo don Juan A. Picasso, uno de los más ilustres benefactores de Temuco, en cuyo sepelio participaron doscientos automóviles, cinco mil personas y ¡un avión!

En los primeros tiempos, quienes se dedicaban al automovilismo carecían de estaciones de servicio y lugares apropiados para abastecerse de combustible, aceite y repuestos. Estos elementos podían solicitarse en cualquier lugar y se expendían en tarros o cajones. Pero, al llegar los días críticos de 1930 el combustible llegó a un límite de escasez dramática por lo que muchos vehículos dejaron de circular.

Para solucionar este grave problema, alguien introdujo en Chile el uso de gasógenos a carbón y leña que si bien lograban movilizar los vehículos a una velocidad prudente, nunca lograron obtener la simpatía del público por lo antiestético del espectáculo ofrecido por unos enormes cilindros destinados a la combustión de estos materiales, y a las consiguientes molestias que suponía llevar una carga en lugar de gasolina.

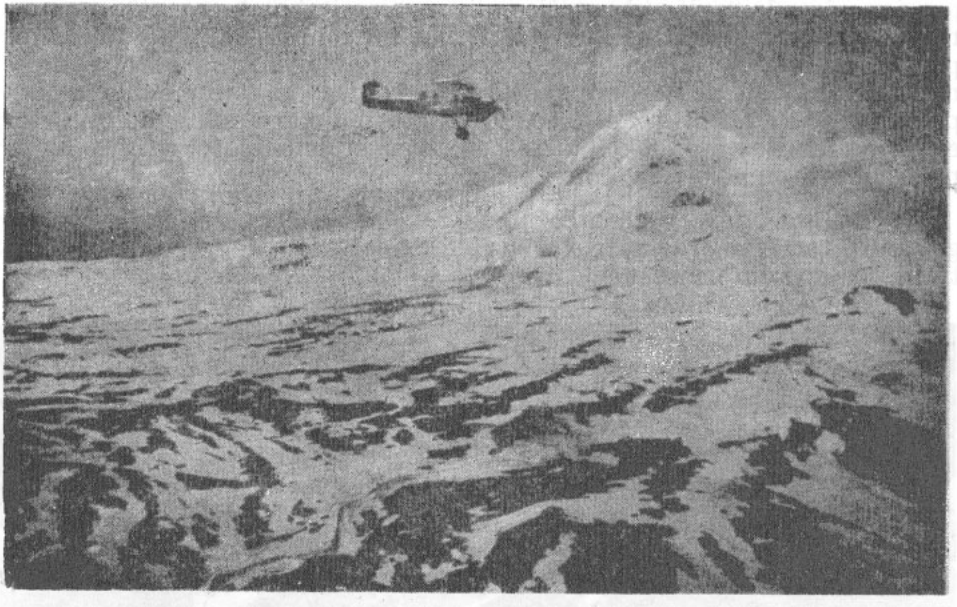
Soñando con una solución más adecuada, que reviviría durante los años de la Segunda Guerra Mundial, se puso de moda entonces uno de los sueños inútiles de la zona y que cada cierto tiempo agitan a la ciudad. Se trata de los Esquistos Bituminosos de Lonquimay que prometían buenos rendimientos en una eventual explotación que proporcionaría a la región el petróleo que se necesitaba. A pesar de una serie de estudios y análisis que prometían un rendimiento de 108 litros por tonelada y no obstante el interés de algunas firmas europeas que manifestaron su deseo de explotar esa reserva de combustible, el Departamento de Minas y Petróleos jamás llegó a convencerse de que esos extensos mantos eran explotables en niveles comerciales y esta alternativa cayó en el olvido, como otras.

En esa crisis, y en otro lugar del país, Tierra del Fuego y Magallanes, también fracasaba la posible exploración de yacimientos petrolíferos con informes negativos.



☆ *Caza Whippet, en el recién inaugurado aeródromo Maquehue.*

La aeronavegación.— Parece que los primeros aeroplanos llegaron a la Frontera en el decenio posterior a 1910 o en los años próximos a la I Guerra Mundial. El primer dato cierto nos indica que antes de esa fecha y en una oportunidad cercana a 1910 un aviador hacía demostraciones en Gorbea, exhibiendo unas arriesgadas "volaciones". Conversando con algunos vecinos de antigua raigambre local, recuerdan que en 1914 o en 1916 llegó a Temuco Clodomiro Figueroa u otro de esos precursores, quizás César Copetta, quien aterrizó en la Cancha de Carreras al principio de la Avenida Alemania. El sólo hecho de llegar a la ciudad una de esas precarias armazones de varillas y telas era ya una hazaña sin precedentes y muchísima gente se aglomeró junto al atrevido astronauta que realizó varios vuelos hacia la costa y hacia la zona precordillerana del volcán Llaima, en medio del asombro de los espectadores que, reloj en mano controlaban atentamente el tiempo que demoraban esas máquinas maravillosas en hacer un viaje de ida y regreso que en Temuco, normalmente exigía una cuidadosa preparación y una buena dosis de valor cuando se hacía por la ruta terrestre.



☆ *Aeroplano Falcon en vuelo sobre el Llaima.-*

Todo ello quedaba aventado por este ingenio mecánico que abría nuevas rutas a los que amaban la aventura.

Un hijo de la ciudad, Dagoberto Godoy, sintió entonces el llamado de los cielos y el desafío de las montañas. Y más tarde la ciudad se llenaba de orgullo cuando supo que un aguilucho nacido en ella había realizado la hazaña sin precedentes de cruzar, en noviembre de 1918, la imponente mole andina a más de 6.000 metros de altura sobre el Tupungato y con un aeroplano Bristol de 110 H. P. La temeridad de este gesto, nacida de sus veinticinco años mozos, le significó un ascenso a Capitán y los emocionados recuerdos de quienes habían sido

sus compañeros en la Escuela Pública y en el Liceo de Hombres de Temuco.

Un año más tarde, el 4 de septiembre de 1919, el aviador Fuentes dejaba estupefactos a los vecinos de Collipulli cuando su avión Bleriot de 80 H. P. se lanzaba como una saeta contra los hierros del Viaducto del Malleco y pasaba entre los arcos, bajo la línea ferroviaria en una arriesgada prueba, que no probaba nada salvo el arrojo sin sentido de su protagonista en un alarde de heroísmo inútil.

Cuando llegaba a su término el año 1926, y poco antes del mediodía del 6 de noviembre, la ciudad se sintió perturbada cuando la sorprendió el ronco rugido de los motores de dos aviones del ejército que pasaron a baja altura y en raudo vuelo en dirección al sur. Se trataba de dos máquinas Vickers piloteadas por los capitanes Andrés Soza y Osvaldo Acuña, a quienes acompañaba el mecánico Arturo Seabook. Mas, no aterrizaron en la ciudad y después de una vuelta sobre ella se alejaron rumbo a Valdivia, donde se detuvieron en la chacra "El Pantano" de Alberto Haverbeck.

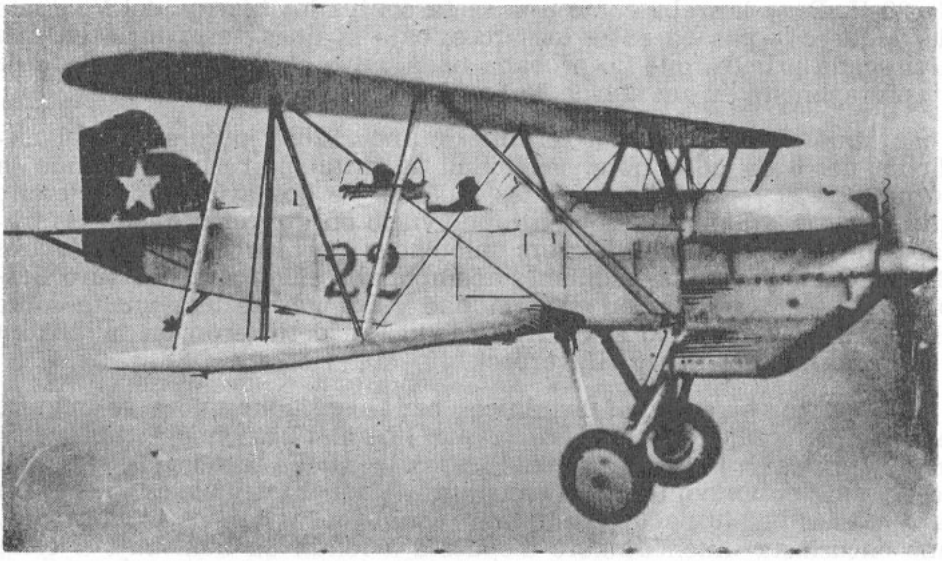
Nerviosos recados telegrágicos para conseguir que a su regreso hicieran otro tanto en Temuco y, por fin, el 12 del mismo mes "momentos antes de la hora indicada", a las tres de la tarde se les vio aparecer sobre el horizonte en los campos de Maquehua, donde les esperaba la oficialidad y tropa del regimiento, junto a la Banda de Músicos y una entusiasta muchedumbre dispuesta a rendir su homenaje a estas aladas visitas y a "presenciar el espectáculo de aterrizaje, que siempre reviste caracteres emocionantes", según la expresión de un periodista presente en esa oportunidad.

La primera máquina que tocó tierra fue el V-18, que conducía el Capitán Soza y llevaba como pasajero al Comandante de la Escuela Militar Coronel Veloso y "por la forma en que tomó tierra fue entusiastamente aplaudido por la multitud" mientras los músicos ponían con sus aires marciales un ambiente adecuado para tan magno acontecimiento. Maquehua era sólo un potrero de gran amplitud, que había sido rápidamente acondicionado como cancha de aterrizaje, dibujando un amplio círculo con tiza para que sirviera de referencia a los pilotos que se acercaban a ese lugar, hasta entonces para ellos desconocido.

Luego, en medio del entusiasmo popular, alguien lanzó la idea de construir allí una Base Aérea y en breves días las erogaciones de la ciudad alcanzaban la increíble cifra de sesenta mil pesos que, seguramente fueron argumento decisivo para resolver que Maquehua fuera desde entonces, y por muchos años, el más importante aeropuerto y Base Aérea de la zona sur de Chile. Los trabajos se iniciaron de inmediato y antes de un año, el 3 de agosto de 1927 la Fuerza Aérea ponía en servicio sus instalaciones y se establecía en Maquehua el Grupo de Aviación Nº 3. La vida local ganó una gran animación y la ciudad se enorgullecía de las audacias de esos pilotos que con sus escuadrillas de combate, con aparatos marca Wibault, se lanzaban a baja altura sobre los techos de las casas, rugiendo y con toda la fuerza de sus motores, aun en medio de una tormenta y en días de viento y lluvia.

Como una natural expresión de simpatía, los civiles se sumaron a esta actividad iniciándose algunos cursos para ellos con voluntariosa

asistencia al cabo de los cuales varios recibieron su título, y entre ellos una entusiasta joven, la buenamoza Viola Blackburn, primera mujer aviadora de la región.



☆ *Aeroplano Falcon Nº 22 en vuelo sobre la región.-*

La existencia de este aeropuerto, por otra parte, facilitó que posteriormente existiera un servicio regular de pasajeros entre Santiago y Puerto Montt, con escala en Temuco. El viaje inaugural fue servido por dos impresionantes trimotores "Yunkers" que al llegar los primeros días de 1930 atrajeron de nuevo a un numeroso público que, al llegar el mediodía observaba las evoluciones de las máquinas que se acercaban a la cancha donde después "los distinguidos pilotos fueron objeto de una clamorosa manifestación" y los pasajeros descendieron de los aviones "en medio de las aclamaciones de la multitud".

Era éste un viaje de promoción y allí estuvo como promotor el Director de El Diario Austral, que fue invitado a incorporarse como pasajero en el "raid" y hacer el viaje hasta Puerto Montt. Hubo de aceptar ese honor entre las bromas y chistes fúnebres de sus amigos. Una nota del viaje, publicada al día siguiente por él, decía: "desde los aires, Temuco tiene una visual desagradable, es una cosa chata y sin colorido, sin contrastes... seguimos nuestro viaje casi desilusionados".

De este modo se iniciaba una jornada de progreso con un viaje semanal y el valor del pasaje a Santiago era de $ 300 y desde Temuco a Puerto Montt $ 200.-

Después de algún tiempo, en pleno invierno los ánimos de Temuco se vieron conmovidos por un hecho increíble: en medio de un temporal de viento y lluvia, el "Yunkers" de la Línea Aérea Nacional pasaba a gran velocidad y a baja altura para aterrizar en medio de la tormenta después de marcar "el fabuloso record de 230 kilómetros por

hora, conducido por el Teniente Lepe y haciendo el recorrido desde Santiago en menos de tres horas".

La radiodifusión.— Para completar el cuadro de los progresos de la técnica, el año 1928 se hicieron las primeras experiencias de radiodifusión en la Escuela Técnica aunque los resultados no lograron conocerse con exactitud, o fueron poco estimulantes sobre todo debido al hecho de que en Temuco no había por entonces receptores de radio en el público. Sólo en 1934 lograban contabilizarse alrededor de 70 "radios" y su presencia provocaba la preocupación de los vecinos y de la Municipalidad; de unos porque sus propietarios hacían uso indiscriminado de su virginal potencia para hacer llegar la música allí donde no era esperada y de la Municipalidad que esperaba cobrar patentes por ellas, a razón de diez pesos a los particulares y veinte pesos a quienes tuvieran el artefacto en sitios de acceso público.

A partir de entonces la radiodifusión pudo presumir alguna perspectiva de éxito. Desde luego, se captaban con facilidad los programas transandinos de LR1 y LR3 Radio El Mundo de Buenos Aires, o Radio Belgrano. Desde Santiago ya se escuchaba Radio Cooperativa Vitalicia y luego fue posible oír Radio El Sur de Valdivia.

En Temuco, algunos aficionados experimentaban sus primeros e ingenuos programas en improvisados "estudios" que se instalaban en alguna pieza del interior de sus casas. Entre ellos se destacaron los hermanos Simón y Daniel del Mayo.

Como es frecuente que las cosas al nacer no tengan pretensiones ni aspiren a gozar de una trascendencia especial, los hermanos del Mayo no imaginaban la trascendencia que tendrían sus inquietudes. Pero ellas dieron nacimiento a la Radio La Frontera de un modo tal que realmente no se sabe cuándo nació y empezó a formar parte de la vida local. De hecho, enfrentados al problema de celebrar sus Bodas de Plata, eligieron la fecha del año 1941... pero, hemos encontrado una noticia de prensa del año trágico de 1939 donde los hermanos Del Mayo estuvieron dando informaciones radiales al resto del país, que deseaba recibir noticias del terremoto del mes de enero, que había destruido Chillán y Concepción. En esos momentos eran los radioaficionados de la característica C5 AG, única voz que desde el sur del país llegaba a los atribulados corazones de quienes deseaban recibir detalles de la tragedia.

En verdad, parece que no tuvieron tiempo de advertir lo que estaban haciendo y ni siquiera advirtieron cuando los contratos de avisos y programas pagados, o transmisiones "desde el terreno mismo de los hechos" los había convertido en una radiodifusora comercial.

Sucesivos cambios de domicilio han ido señalando su crecimiento y su mayoría de edad: Claro Solar, Portales 320; Bulnes, frente a la Municipalidad donde pudo disponer de un salón "auditorium" para ofrecer programas vivos con la asistencia de público. La última página de su existencia la está escribiendo en el edificio Plaza, donde el espacio empieza a hacerse insuficiente.

Otras radiodifusoras se han sumado a ésta. Radio Cautín, filial de la Cooperativa Vitalicia de Santiago y ahora último Radio La Im-

perial cuya sintonía empieza a conquistar su propio público (*). Entretanto los aparatos receptores están en todas las viviendas y los pequeños artefactos transistorizados han pasado a erigirse en un sutil instrumento de autoestimación personal, cuya presencia resume las aspiraciones de mucha gente humilde. Incluso los campesinos e indígenas, después de su obligada migración laboral a tierras argentinas, traen como obligado bagaje uno de estos radioreceptores que los pone en contacto con este mundo civilizado, de una ciudad para ellos tan extraña y tan inevitable.

No se puede cerrar este párrafo sin señalar la imagen que, hace algunos días ofrecía una familia mapuche que, ciega y sorda a todo cuanto pasaba a su lado en una céntrica calle de la ciudad, estaba en curiosa actitud de religioso silencio oyendo los avisos comerciales y la música de uno de estos radios que descansaba entre los bultos y paquetes mientras sus dueños le hacían objeto de tan extraña devoción.

● ☆ ●

(*) Recientemente se ha incorporado a la sintonía regional la Radio Ñielol, y se espera para fines del año en curso (1969) que la Red Nacional de Televisión alcance a esta ciudad.

Epílogo – Fuentes para la Historia de Temuco

- ☆ **Criterio historiográfico**
- ☆ **Brevedad y destino de una historia**
- ☆ **Fuentes para la Historia de la Capital de La Frontera**
- ☆ **Dimensión geográfica y cronológica del relato.**

Pudiera ser que al cerrar estas páginas el lector pensase que ellas han quedado truncas y que hubieran podido ser mejores y más hermosas. Sin embargo, al escribir esta frase no puede dejarse de pensar que, del mismo modo, la ciudad misma tampoco es ni será nunca algo totalmente realizado y que siendo lo que es, también constituye algo inconcluso que seguramente podría ser "mejor y más hermoso".

Hay en esto una suerte de precariedad de lo humano, que al reflejarse en la necesidad de representarlo en un conjunto coherente y claro, hace de un relato histórico un trabajo que siempre va a estar incompleto e inconcluso porque la vida humana es inagotable y demasiado rica y compleja como para pretender que ella pueda ser contenida en pocas o en muchas páginas de un trabajo de esta naturaleza.

Todo cuanto ocurre es histórico y aún el hecho más insignificante está incorporado al conjunto dinámico de la existencia de la Humanidad, exhibiendo un significado que a veces tiene una proyección insospechada. No es lícito afirmar que esto pertenece a la historia y que aquello está marginado de ella. Así, quien tiene que escribir una historia está haciendo una obra de arte en cuyas formas se recrea la realidad exhibiéndola de un modo determinado, en forma clara y armónica,

después de haber seleccionado del conjunto aquello que —de acuerdo con su vocación y carácter— le parece más adecuado y representativo. La realidad misma es irreproducible, de tal modo que la historia escrita, como la obra de arte, es siempre una alegoría de algo preexistente en hechos ya pasados.

Imposible, por ello, que existan dos historias iguales porque la personalidad de un autor imprime carácter a cada frase de ella. Si así no fuera, tendríamos que reducirnos a editar interminables tomos de documentos inéditos, bibliografías, autobiografías, índices y epistolarios que sólo tienen el mérito de fuente histórica válida para historiadores y no Historia destinada a llegar al público y ofrecer una imagen inteligible del pasado.

Temuco es una ciudad joven. En el conjunto de las grandes ciudades del país es la más joven de todas y sus 87 años de vida compiten ventajosamente frente a otras que han visto desaparecer la ventaja que les proporciona tener cuatro siglos de existencia histórica. Es ya la cuarta ciudad de Chile y su desarrollo no exhibe ninguna muestra de cansancio al proyectarse en sus límites urbanos a distancias que hasta no hace mucho podrían haberse estimado considerables, pero que hoy empiezan a incluír algunos caseríos vecinos como parte orgánica de su conjunto urbano: Padre Las Casas, Quepe, Labranza y Cajón.

Ahora, como tomando aliento después de haber visto el Plano Regulador que, por disposición de la Ley la Ilustre Municipalidad entregara en manos del arquitecto Enrique Gebhardt, en el cual es posible mirar la ciudad del futuro, Temuco ha sentido la necesidad de mirar su pasado airado, violento, sorpresivo, capaz a veces de contradictoria ternura, sorpresivo y lleno de empuje y esperanzas. Durante esos años, Temuco no tuvo tiempo de pensar en sí mismo ni de escribir su historia. Quienes dejaron algunos testimonios escritos, eso sí, dejaron buenos elementos de juicio en algunas memorias y crónicas que han facilitado el trabajo posterior de hacerlo. Entre estos aportes está la "Crónica de la Araucanía" de Horacio Lara, publicada en 1889, y la "Crónica Militar", de Leandro Navarro, que apareció veinte años después de aquella. Aprovechando sus materiales e informaciones, en 1931 Oscar Arellano publicó la "Guía del Cincuentenario", que en su parte histórica dedicada a los primeros años de vida de la ciudad es inobjetable, pero que a poco andar se extravía lastimosamente en relaciones onomásticas y exhaustivas listas institucionales, confundidas con una abigarrada colección de avisos comerciales que, infortunadamente, terminan por exigir una proeza al que desee enfrentar la unidad del relato histórico. Pero, subsiste el mérito de haber sido la primera obra de cierta madurez y tiene el mérito de haber sido la primera obra de rango historiográfico y de haber constituido, durante muchos años, la fuente de consulta obligada de quienes pretendían conocer algo de la ciudad en sus primeros decenios. Además, es un excelente relato sobre el desarrollo de Cautín y la Región de La Frontera.

Carlos Schmidt Quezada cogió la pluma del memorialista en 1951 y con motivo del aniversario de "El Diario Austral" dio a conocer sabrosos episodios de sus días de estudiante en unos "Recuerdos de Temuco" y últimamente, el 24 de febrero de 1968, el mismo rotativo ha publicado una crónica sobre "La Fundación de Temuco", que en el he-

cho son las "memorias de doña Teresa Schmidt de Montero", publicadas en el diario germanoparlante "El Cóndor" el 8 de agosto de 1959.

Estos documentos proporcionan algunos datos de interés, pero en lo fundamental repiten hechos y antecedentes conocidos y su mérito fundamental reside en las posibilidades de confrontamiento de informaciones y crítica de ellas.

De gran interés y totalmente desconocidas hasta hace muy poco son las páginas de la correspondencia de Gregorio Urrutia, el gran soldado de la Pacificación, documentos que están en poder del distinguido investigador y bibliófilo Ruperto Vargas que las adquirió en un remate en Santiago. Infortunadamente, esos documentos no han podido ser aprovechados porque se tuvo conocimiento de ellos cuando esta historia ya estaba terminada.

En lo estrictamente documental, propio de Archivos oficiales, hemos dispuesto de los libros copiadores de Decretos de la Intendencia, donde se incluyen documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Interior que proporcionan nutrida información. Estos libros copiadores corresponden a dos volúmenes del año 1902, dos del año 1904, uno de 1905 y uno de 1910; actualmente bajo la custodia del Museo Araucano de Temuco.

Junto a ellos, los archivos locales disponen del conjunto de documentos existentes en el Regimiento Tucapel, donde además se conserva el Archivo de la Comandancia General de Armas, pero, infortunadamente esas piezas se encuentran diezmadas por las llamas de varios incendios sufridos por ellos.

Los Archivos Municipales están incompletos porque alguien solicitó alguna vez los primeros volúmenes de Actas y los guardó en su poder hasta el día de hoy, quizás si para escribir una historia que nunca se conoció: ya aparecerán en algún remate y como parte de una colección privada si acaso estas líneas no obran el milagro de avivar la memoria del incógnito aludido y permitiesen que ellos regresaran a su sitio ahora y no más tarde como cláusula testamentaria o conflicto con los herederos.

Ahora bien, entre las fuentes impresas, esta mi "Biografía de una ciudad" o como debe llamarse, Historia de Temuco, ha recurrido de modo preferente a la consulta del periodismo local que se conserva íntegro en la sección Periódicos Chilenos, de la Biblioteca Nacional y, naturalmente a las páginas de El Diario Austral que ininterrumpidamente, y desde 1916 se han constituido en los "anales"...diarios de la ciudad. La colección de periódicos existente en el propio archivo de él, en Temuco, está incompleta y casi como una majadería, el causante del estropicio ha sido un incendio que destruyó los ejemplares que corren entre los años 1916 a 1926. Inexplicablemente desaparecidos están también los ejemplares correspondientes a 1931, fecha del cincuentenario de Temuco, que habrían constituido inmejorable fuente de consulta, a raíz de esa conmemoración que permitía toda clase de crónicas alimentadas por los recuerdos de muchos antiguos vecinos, y por la agilidad de estilo que el diario ofrecía en esos años. ¿Por qué falta precisamente ese año?

Sin embargo, esta omisión se salvó siquiera en forma parcial con los antecedentes proporcionados en una sabrosa crónica publicada en EL SUR de Concepción y que contiene las "Memorias" de don Ricardo Galindo Terán quien había participado como espectador en los primeros días del fuerte Temuco, y en los albores de la ciudad cuando en 1882 se repartieron los sitios para los primeros vecinos, especialmente aquellos soldados dados de baja al terminar con la Pacificación que trajeron a sus familias y empezaron a establecerse en las inmediaciones del recinto militar. Estas "memorias" merecerían un capítulo aparte. En ellas hay recuerdos de aquellos denodados periodistas de antaño, cuyos semanarios alcanzaban una circulación de unos doscientos ejemplares, que vendidos al precio de diez centavos no sólo eran problemático negocio para el editor, sino que frecuentemente terminaban por atraer sobre sus personas las despiadadas iras de despiadados lectores.

Los reporteros de El Diario Austral han sido los fieles mastines de la ciudad dispuestos a salir en defensa de sus intereses cuando la han estimado herida, y a lamer sus heridas cada vez que ha sido necesario. Ellos han expresado su gozo cuando se han vivido horas alegres y han estado con ojo y oído avisor para alimentar sus columnas con todo aquello que es la vida local. Seguramente puede discutirse la intención doctrinaria de sus editoriales y no participar de sus ideas pero, si se sabe leer entre líneas, allí se destila la historia de Temuco, página a página, y día tras día negando aquel aforismo periodístico que supone a las noticias la breve existencia de un solo día. En realidad, la noticia no muere, sino que queda allí dormida hasta que el historiador viene a despertarla.

Por ello, las citas señaladas simplemente entre comillas son responsabilidad de los redactores de este periódico. Cuando la noticia misma no es en sí significativa, frecuentemente nos ha señalado en forma indirecta un derrotero para otra fuente de consulta y a veces, cuando se trataba de alguna efeméride traía las informaciones recogidas por algún acucioso cronista que expresaba su vocación de historiador en esas páginas.

Otros periódicos han merecido un capítulo, o párrafo especial por su tono de pioneros en la historia local y regional. Temuco no los conserva, seguramente porque no se advirtió la importancia que tenían y gracias al imperio previsor de la ley reposan en silencio humilde en los subterráneos de la Biblioteca Nacional, esperando ser consultados. Gracias a la gentileza del jefe de sección, don Mario Medina, los hemos consultado en dos visitas a Santiago y logramos obtener fotocopias de ellos para el Museo Araucano de Temuco. Son "La Conquista", "El Cautín", "La Mañana", "La Libertad", "El Constitucional", "La Cruz del Sur", "Diógenes en Cautín", "La Epoca" y otros periódicos ocasionales en cuyas páginas surgen escenas y cosas ya olvidadas.

Casi sin querer, como un reflejo de su generosa amistad, me han ido permitiendo enfrentar este trabajo muchos amigos que han sabido comprometer mi gratitud. Están aquí Armin Westermeyer con su cordial y exigente estímulo siempre atento a nuestra labor; mi buen amigo de consejo generoso, Guido Rodríguez Letelier, a quien debo más de una página de esta historia; el noble y viejo David Lillo, jun-

to a un buen vaso de fragante vino pipeño haciendo memoria de los "trizanos" y de sus días republicanos en aquel inestable e incierto período de 1932, cuando la Milicia entusiasmaba a muchos jóvenes deseosos de terminar con las aventuras revolucionarias de los días de la crisis; junto a ellos aquella jovencita que en 1916 voceaba entusiasta los primeros ejemplares del Diario Austral, la señorita Felisa Figueroa, que ahora no vocea ese Diario pero cuyo entusiasmo no decae porque ella misma es una apasionada periodista verbal de la ciudad que pasa ante sus ojos. Ahora es Doña Felisa, y quien no la conoce mal podría afirmar que conoce la ciudad. Están la palabra amiga de Francisco Krausse, ex alcalde y noblemente recio adversario ideológico; la generosa y abierta disposición de Germán Krausse, otra caja de los recuerdos; la generosa y espontánea amistad de Hans Kühn, cuyas inquietudes de Bombero voluntario le han enfrentado a la tarea de juntar testimonios de la historia de esa institución en la vida local; a Zenobio Gutiérrez, otro ex alcalde que iniciara el período de los buenos administradores edilicios y organizara porfiadamente las finanzas municipales en medio del reconocimiento ciudadano y al cual sucedieran después Víctor Carmine, Ricardo Ferrando, Francisco Krausse y ahora Germán Becker.

De estos últimos esta historia no habla. No ha querido hacerlo porque los hechos históricos requieren cierta perspectiva para ser apreciados. Aunque ya no se viven los días tremendos de fines del siglo y las pasiones políticas no tienen la violenta saña de otrora; es evidente que no es posible despojarse de la presión moral e intelectiva que supone el hecho de ser protagonista de los hechos. Nos hemos acercado lo más posible a nuestros días y a menudo hubiéramos querido relatar hechos de los cuales nos ha tocado ser testigos; creemos haber eludido el riesgo aunque a veces hemos tocado el límite de la contemporaneidad que termina en la crónica.

En el último decenio, en 1959 por ejemplo nació la Universidad de la Frontera y poco más tarde la Universidad de Chile establecía en Temuco la Sede del primer Colegio Universitario Regional, inaugurándose así una nueva política universitaria, pero son hechos de hoy, que otra historia referirá como testimonio de nuestro tiempo para otras generaciones.

En su extensión geográfica, hemos procurado que esta historia sea específicamente la historia del Temuco Urbano; una historia de la ciudad misma en la cual sólo incidentalmente concurren hechos que acontecen en el horizonte inmediato, o algo más alejado. Una ciudad dije, en alguna página, se proyecta aún más allá de la última de sus viviendas y tiene significado como parte del paisaje regional que integra, motivo por el cual muchas cosas que suceden más allá de su horizonte geográfico integran su diario suceder. Los progresos de la velocidad en la movilización y el transporte la vinculan mucho más seriamente a otras ciudades. El primer record de LAN significó dos horas y media de vuelo entre Santiago y esta ciudad, el avión itinerario hoy día en vuelo directo lo hace en hora y media; el primer microbús demoró "cuatro o cinco días" en una aventura que llamó la atención de los entendidos, y hoy día un pullman bus lo hace por una cinta pavimentada que no le exige más de once horas de raudo trayecto; el mismo internacionalismo de las ideas nos hace solidarios de hechos que trans-

curren más allá de nuestras fronteras y la historia empieza a ser realmente universal porque hay hechos que comprometen a todo el universo. La historia cambia, en 1934 moría Sandino en Nicaragua y ese hecho merecía sólo una noticia del diario local, sin mayor trascendencia que la curiosidad, hoy día la muerte de un guerrillero significa muros rayados con protestas y los habitantes de la ciudad aceptan o rechazan ese hecho como propio. En 1968, la historia de Temuco empieza a integrarse en el ancho cauce de la historia universal.

● ☆ ●

Se terminó de imprimir el día 10 de noviembre de 1969 en los talleres de la Editorial Alianza en la calle Dinamarca 711, en Temuco. Participaron en su elaboración Carlos Inostroza F. y Leotardo Henríquez, en la composición tipográfica; Mario Zurita, en la compaginación; Ernesto Quiñones, en la impresión y en los fotograbados Ilsías Gutiérrez; la corrección de pruebas estuvo a cargo de María de Monsálvez y del autor. Jefe de Taller, René Yáñez

L

A

U

S

D E O